



Annie West  
EN EL PARAÍSO  
CON SU ENEMIGO

\_\_\_\_\_Bianca\_\_\_\_\_

EN EL PARAÍSO  
CON SU ENEMIGO

Annie West



«No saldría contigo ni por un millón de dólares»

«¿Y por dos?»

A Stephanie Logan le habría gustado abofetear a Damen Nicolaides cuando este le hizo la propuesta de que se hiciera pasar por su novia durante un par de meses, pero lo cierto era que necesitaba el dinero para salvar a su familia.

Como el arrogante griego ya la había seducido y olvidado en otra ocasión, Steph exigió que en el contrato especificara que Damen no podía besarla. Pero corría el riesgo de arrepentirse pronto porque, encerrada en el paraíso con su enemigo, la química que había entre ellos podía acabar enloqueciéndola.

## *Capítulo 1*

**N**O PUEDO más, Damen. Tengo ganas de desaparecer.

Damen miró preocupado a Clio. No era propio de ella huir de los problemas.

–No puede ser tan grave.

«Respuesta equivocada, Nicolaides», se dijo.

De su madre y de sus hermanas había aprendido a respetar el temperamento femenino. Era evidente que la situación era seria.

–¿Ah, no? –contestó Clio–. Es el único tema de conversación de mi padre, y ha convencido a mamá. Damen se alarmó al ver a su prima llorar por primera vez en su vida. Eran primos segundos, pero estaban tan unidos como si fueran hermanos.

–Pronto es la boda de Cassie, ¡pero no sé si puedo asistir a la boda de mi propia hermana pequeña! Damen se sintió culpable, Clio estaba pasándolo mal por su culpa.

–Papá no para de decir que yo, siendo la mayor, debería casarme antes. Que tú y yo somos la pareja perfecta y que soy una egoísta por no aceptar a un hombre decente y honesto –Clio se mordió el labio–. Por supuesto, jamás menciona tu fortuna,

El recurso al sarcasmo despejó un poco la nube que había nublado la conciencia de Damen.

Pero no era ninguna broma. Manos era un hombre difícil, y podía convertir la vida de Clio en un suplicio.

–Lo siento –dijo, tomando la mano de su prima–. No debería...

–No te hagas ahora el macho echándote la culpa, Damen Nicolaides. Ya sé que acostumbras a asumir todo tipo de responsabilidades, pero aquí no eres el único culpable –Clio suspiró–. ¿Crees que no he disfrutado de ir

a fiestas contigo y no he aprovechado para hacerme con una lista potencial de clientes para mi negocio?

–La idea fue mía.

Estaba harto de tener que ahuyentar a las mujeres que buscaban en él un marido. Llevar a Clio como su acompañante regular le había facilitado las cosas.

–No has hecho nada malo –dijo Clio, apretándole la mano.

Damen la miró fijamente. Era típico de ella intentar absolverlo de culpa. Siempre lo había apoyado, y no era justo que su vida se complicara de aquella manera.

–Está bien, quedemos en que ninguno de los dos tiene la culpa –eran dos adultos con derecho a salir juntos aunque no fueran amantes–. Eso no resuelve el problema de tu padre. Tenemos que conseguir que se olvide de sus pretensiones sin que te culpe.

Clio se pasó las manos por el vestido.

–Ya te he dicho que voy a huir. A Tierra de Fuego.

–¿Sabes dónde está?

–Vale, no. Pues al Círculo Polar. Abriré un negocio de diseño de iglúes.

Damen no pudo contener una carcajada. Su prima era una diseñadora con mucho talento y sería capaz de superar ese reto. Pero no bastaría su palabra para convencer a Manos de que no eran pareja; y más con el premio de su vasta fortuna formando parte de la ecuación.

Esa era una de las razones por las que había acudido a su prima: un millonario griego soltero era un trofeo para muchas mujeres; y uno que no estuviera calvo y al que no le faltaran dientes era una rareza.

–Olvídate de los iglúes y deja esto en mis manos.

–¿Tienes una idea? –preguntó Clio esperanzada.

Damen asintió.

–Tengo que perfilarla, pero creo que sí. Confía en mí.

El semblante de Clio se relajó.

–Gracias, Damen, sabía que podía contar contigo.

Veinte minutos más tarde, Damen estaba junto a su mejor amigo, Christo, que estaba a punto de casarse. Christo estaba mirando su teléfono,

y Damen, en lugar de contemplar la vista panorámica de la costa de Corfú, aprovechó para estudiar a los invitados reunidos en el jardín de la villa.

Necesitaba a una mujer. Y pronto. Una mujer que interpretara el papel de su amante el bastante tiempo como para que Manos aceptara que Clio y él no tenían un futuro.

Si acudía a la inminente boda de Cassie, la hermana de Clio, con una novia despampanante, Manos perdería la esperanza; y si la mantenía a su lado al menos una par de meses como su acompañante...

Pero ¿quién podía ser esa mujer? Tendría que estar soltera y ser muy atractiva si es que quería convencer a Manos.

Al mismo tiempo, Damen necesitaba a alguien que no pretendiera aprovechar la situación para acabar ganándose un lugar en su vida.

–Relájate –la voz de Christo interrumpió sus reflexiones–. Soy yo el que se casa, no tú.

Damen sonrió.

–Y con la misma mujer por segunda vez. Has batido un récord.

Christo abrió las manos.

–La primera vez no tenía ni idea de cuánto la quería. Esta vez, todo es perfecto. Solo espero que alguna vez encuentres una mujer como Emma, que sea el centro de tu vida y a la que ames por encima de todo.

La sonrisa de Damen se congeló. Él ya no creía en ese cuento de hadas. Había perdido la inocencia una década atrás. Ahuyentó los recuerdos de los acontecimientos que habían cambiado su vida y la de su familia para siempre. Aquel era un día para celebrar, no para pensar en errores del pasado. Damen tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero y le pasó una a su amigo.

–Por ti y por tu encantadora Emma –bebieron y añadió–: Y por que yo encuentre a la mujer perfecta para mí.

Que fuera atractiva, inteligente, complaciente y, sobre todo, prescindible.

–Estás preciosa, Emma –Steph retrocedió un paso para ver a su amiga con el velo. Nunca la había visto tan feliz ni tan guapa.

–Ya conocías el vestido –dijo Emma sonriendo.

Era el mismo con el que se había casado la primera vez con Christo, antes de averiguar que no la amaba y abandonarlo. Desde entonces habían

pasado muchas cosas, pero Emma y el millonario griego habían limado sus diferencias. Estaban tan enamorados que su felicidad casi resultaba irritante.

–¿Estás bien, Steph? –preguntó Emma.

Ya cuando había recogido a su amiga en el aeropuerto de Corfú le había inquietado su semblante de preocupación, pero Steph se resistía a arruinar la felicidad de su amiga. Encontraría una solución a sus problemas, por más que hasta el momento ninguna de las que había buscado hubieran servido de nada. Pero seguiría intentándolo. Sobre todo porque el problema no la afectaba a ella exclusivamente. Contuvo un estremecimiento.

–Claro que estoy bien, solo un poco sentimental al verte tan radiante. Pareces una princesa.

–¡Así es como me siento! –dijo Emma.

Steph la abrazó.

–Te lo mereces, Em.

–No es cuestión de que me lo merezca... –Emma dio un paso atrás como si fuera a añadir algo, pero Steph la detuvo.

–Vamos, Em, tenemos que salir.

Emma se sobresaltó al ver la hora y se volvió precipitadamente hacia la puerta. Steph le recolocó el velo y la siguió al escenario perfecto para una boda: el jardín de la villa con el espectacular azul turquesa del mar al fondo.

Pero lo que convertía aquel día en verdaderamente especial era ver a su amiga casándose con el hombre al que amaba.

Sin embargo, más tarde, mientras saludaba a los demás invitados, no conseguía concentrarse en el presente. Y no por culpa de sus preocupaciones, sino por una incómoda y vibrante energía procedente de él incluso mientras charlaba con cada una de las mujeres presentes de menos de cuarenta años. Steph habría podido identificar su recorrido porque dejaba a su espalda un rastro de mujeres fascinadas.

Ese no sería su caso, porque el hombre que destacaba por encima de los demás por su altura y hombros era Damen Nicolaidis, una serpiente. El hombre que le había hecho actuar como una idiota.

Pero lo que más la irritaba era las facilidades que le había dado. Era impulsiva, pero no confiaba fácilmente en los hombres. Por eso mismo no

podía entender por qué había olvidado toda cautela cuando Damen Nicolaides había acudido a ella.

Quizá porque había cometido el error de creer que Damen era diferente. Que era leal y cariñoso, y lo era, aunque solo con aquellos que pertenecían a su círculo íntimo. Fuera de ese círculo, actuaba con una calculadora y retorcida crueldad.

El recuerdo de aquella tarde en Melbourne todavía la acosaba cada vez que estaba baja de moral o cansada, lo que sucedía a menudo, puesto que la angustia la mantenía despierta la mayoría de las noches.

¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar por otro hombre de aspecto y modales amables después de la experiencia con Damen, el diablo en persona?

Cuando estaba especialmente vulnerable, Steph pensaba que haber sucumbido al encanto de Damen había arrasado con sus defensas y con su sentido común. Que por eso su juicio estaba enturbiado en relación a los hombres.

Así que había decidido no tener nada que ver con el sexo opuesto. Solo así estaría a salvo.

Al menos con Damen solo había sufrido su orgullo... no como la catástrofe que la esperaba cuando volviera a Melbourne. Recordarlo hizo que su ánimo se desplomara y que necesitara estar a solas.

Vio un sendero que partía de la villa y, recogiendo el vestido, lo siguió hasta que el rumor del festejo se acalló. Había llegado a lo alto de un acantilado a cuyos pies había una playa de arena blanca. En la brisa flotaba el olor a cipreses y a mar, y Steph la aspiró profundamente.

Solo necesitaba calmar su mente y recuperar algo de energía.

—¿No lo estás pasando bien?

La voz era como chocolate denso y Steph descubrió, aterrada, que algo se relajaba en su interior... como si hubiera estado esperando aquel momento.

Habría reconocido la voz de Damen Nicolaides en cualquier parte porque todavía la oía en sueños.

Apretó los dientes y se cuadró de hombros.

—Quería respirar y estar sola.



Al contrario de lo que había pretendido, oyó los pasos de Damen aproximarse.

–Tan directa como siempre, Stephanie.

Steph se mordió el labio, irritada por la facilidad con la que aquella voz activaba sus hormonas femeninas. Que Damen fuera la única persona que la llamaba por su nombre completo, sonaba como una invitación al pecado.

–Así entenderás la indirecta y te marcharás.

La respuesta de Damen fue una risa seca. En lugar de irse, se detuvo detrás de ella. Steph no podía verlo, pero sí percibirlo.

–Te he traído una rama de olivo.

Una mano cetrina de dedos largos y uñas perfectas apareció ante Steph. Sujetaba una copa de champán. Antes de que pudiera rechazarla, Damen continuó:

–Brindemos por la feliz pareja.

Siempre tan astuto. Sabía que era una sugerencia a la que no podía negarse.

Tomó la copa evitando tocarle los dedos. La alzó y dijo:

–Por los novios.

Bebió y, al volverse, bebió de nuevo para calmar la súbita sed que sintió.

De cerca, Damen no parecía la serpiente que era. Estaba tan guapo como siempre. Pómulos marcados, mentón firme; nariz larga, unos labios sensuales y unos ojos verdes como un bosque en el que brillara la luz del atardecer. Todo ello coronado por un cabello oscuro que ella sabía lo suave que era.

–Por Emma y Christo –dijo él–. Y por que sean felices el resto de sus vidas.

Bebió y Steph miró fascinada el movimiento de su nuez. Entonces él la miró y ella sintió una sacudida.

«No, no, no. No es atracción. Eso queda en el pasado. Lo rechazas, lo desprecias».

–Gracias por la copa –dijo, esforzándose por tratarlo como a un desconocido–. Será mejor que vuelva junto a Emma.

–Está rodeada de familia y amigos. Puede prescindir de ti un rato.

–Aun así, quiero volver.

–Pensaba que podríamos hablar.

–No tenemos nada de que hablar –dijo Steph con firmeza.

La mirada de Damen se ensombreció y súbitamente Steph intuyó que pasaba algo.

–De Melbourne.

–No hay nada que decir. Forma parte del pasado.

–No lo parece. Me miras con hostilidad, Stephanie.

Ella asió el pie de la copa para reprimir el impulso de tirarle a la cara lo que quedaba de champán.

–¿Te sorprende? –preguntó.

–Me disculpé.

–¿Crees que eso basta? –Steph describió un círculo con la mano y derramó el champán.

–Hice lo necesario para ayudar a un amigo.

–¡Me raptaste! –Steph clavó un dedo en el pecho de Damen.

–Brevemente. Christo estaba desesperado por saber dónde se escondía su novia el día de la boda.

–Eso no es excusa. Emma mandó un mensaje diciendo que estaba bien. Además, no puedes culparla por marcharse cuando descubrió la verdadera razón por la que Christo se casaba con ella.

Damen sacudió la cabeza lentamente.

–Han hecho las paces. Pero aquella semana Christo estaba loco de preocupación. Tenía que ayudarlo a encontrarla. Y tú –Damen le atrapó la mano y se la cerró sobre el pecho– sabías dónde estaba.

–Asumiste que lo sabía –dijo ella, manteniendo la vista fija en su rostro.

–Era evidente que alguien la había ayudado a desaparecer, Stephanie, y tú solo contestabas con evasivas. Por eso pensé que si te tenía a solas podría persuadirte de...

Steph se ruborizó violentamente y liberó su mano de golpe al tiempo que retrocedía.

–¿A eso lo llamas persuadir? –preguntó con la respiración agitada.

Aunque Damen palideció, Steph no sintió ninguna satisfacción en incomodarlo porque estaba demasiado ocupada recordando que ella había dado el primer paso aquella noche.

Exhausta tras una intensa semana de trabajo, no había encontrado ninguna excusa cuando Damen había aparecido diciendo que creía tener una pista sobre dónde estaba Emma. Le había pedido que lo acompañara para convencerla de que volviera junto a Christo. Ella sabía que estaba en Corfú, pero no podía admitirlo, así que había accedido a acompañarlo, y se había quedado dormida durante el viaje fuera de la ciudad.

Al despertar, el coche estaba parado y Damen se inclinaba sobre ella. Adormecida, ella había reaccionado instintivamente, alzando una mano a su rostro. Él se había quedado parado y ella había sentido cómo el aire se cargaba de electricidad. Entonces Damen la había rodeado con sus brazos y la había besado con una intensidad que le había hecho descubrir más sobre el deseo que lo que había sabido hasta entonces. Sus dedos le habían acariciado el cabello con un ansia que evidenció la atracción que había intentado disimular. Durante toda la semana había visto como el guapo y considerado Damen se preocupaba por los amigos y la familia de Emma mientras la buscaba sin descanso.

Solo cuando dejaron el coche y fueron a la aislada casa de la playa, había descubierto la verdad y la burbuja estalló. Damen le dijo que la retendría allí hasta que le dijera dónde estaba Emma. Aun así ella no le creyó y pensó que bromeaba. Hasta que fue a tomar su móvil y Damen le dijo que se lo había quitado. Eso era lo que estaba haciendo cuando ella había despertado en el coche, no robarle un beso. Solo se había aprovechado de su reacción instintiva, asumiendo que seducirla le facilitaría la tarea.

Steph cerró los ojos para bloquear el recuerdo y la humillación de aquella noche.

–¿Stephanie, estás bien? –preguntó Damen, tomándola del codo.

–No me toques.

Steph dio un paso atrás y chocó contra el tronco de un ciprés. Se irguió y miró fijamente a Damen. Era un gran actor. El año anterior, en Australia, le había hecho creer que se sentía atraído por ella.

Lo peor era que para él solo había sido un «breve rapto», puesto que Christo había llamado al poco tiempo anunciando que había localizado a

Emma. Entonces su secuestrador se había disculpado por tomar medidas extremas y la había devuelto amablemente a su casa.

Steph se había sentido tan ninguneada como en todas las ocasiones en las que su padre había incumplido la promesa de ir a verla, porque siempre tenía cosas más importantes que hacer que estar con su hija.

–Quería disculparme –repitió Damen con aparente sinceridad. Pero Steph nunca creería en su palabra.

–Ya lo has hecho.

–Se ve que no ha funcionado –dijo él, alzando un hombro. Al ver la mirada inquisitiva de Steph, añadió–:

No me has perdonado.

Steph apartó la mirada. No estaba dispuesta a absolverlo para que se sintiera mejor.

–No puedes tenerlo todo.

–Sin embargo, no le has contado a Emma lo que pasó.

–No ha valido la pena –Steph se encogió de hombros–. Después de todo, eres el mejor amigo de su esposo. ¿Para qué iba a hacer que le cayeras mal si iba a tener que verte a menudo?

–¿Es eso lo que sientes? ¿Te caigo mal?

Una vez más, Steph creyó percibir algo parecido al sentimiento de culpabilidad en su tono, pero supuso que se trataba más bien de curiosidad. Dada su fortuna y encanto, debía resultarle extraño que alguien lo rechazara.

Tomó aire.

–Me enseñaron a ser educada, Nicolaides, pero está claro que no quieres entenderlo. La respuesta es que sí: me caes mal.

Steph lamentó que no pareciera afectarle en lo más mínimo. Alzó la barbilla y añadió:

–Espero no tener que volver a verte ni a hablarte.

Solo entonces percibió una leve tensión en sus facciones, un temblor en los labios y un brillo transitorio de sorpresa en sus ojos. En una fracción de segundo, todo ello desapareció y Damen volvió a recuperar la expresión de quien no tenía ninguna preocupación en la vida.

–Es una lástima –dijo, desplegando una encantadora sonrisa–, porque confiaba en que pudiéramos pasar un tiempo juntos.

Steph lo miró atónita.

–¿Bromeas? No pasaría tiempo contigo ni aunque me ofrecieras un millón de dólares.

Se produjo un silencio que Steph aprovechó para empezar a caminar hacia a casa, hasta que la voz de Damen la detuvo:

–¿Y por dos millones de dólares?

## *Capítulo 2*

**D**AMEN había hecho la propuesta impulsivamente, pero le satisfizo ver que por fin Stephanie lo miraba con una expresión que no era puro desdén. Y se dijo que quizá su intuición había sido una genialidad. Necesitaba temporalmente una mujer soltera, atractiva e inteligente. Stephanie reunía todas las condiciones. Que sintiera animosidad por él era aún más perfecto, a pesar de que sentirse tratado como si fuera venenoso le causara una mezcla de culpabilidad y de indignación.

Sabía que merecía su enfado y comprendía que la había herido, pero qué otra cosa podía haber hecho cuando su amigo estaba loco de preocupación y Stephanie Logan tenía las clave que necesitaba.

Había hecho todo lo posible para que le diera la información, pero finalmente había tenido que recurrir a tomar medidas drásticas. Su motivación había sido loable: que Christo resolviera sus problemas con su esposa.

Pero también era verdad que nunca se había esforzado en ver las cosas desde la perspectiva de Stephanie hasta que lo había mirado con sus enormes ojos marrones llenos de dolor. Ni siquiera que luego reaccionara con ira había borrado el recuerdo de aquella primera intuición. Damen había sentido emociones que no había experimentado desde la fatídica noche con su padre

Posteriormente, había intentado verla para disculparse, pero una crisis en el trabajo había exigido su atención y había tenido que marcharse.

«O tal vez te resultó más fácil no enfrentarte a lo que te hacía sentir».

–Si es una broma, no tiene gracia.

Stephanie siguió caminando y su cabello negro se balanceó al ritmo de su paso decidido. Era una mujer vibrante, el aire crepitaba con su energía y con una fuerza interior que iluminaba sus facciones, bien estuviera triste, contenta o furiosa.

Y cuando besaba...

–No es ninguna broma.

Eso hizo que se detuviera y se volviera a mirarlo con una ceja arqueada.

Damen la prefería así. Sabía manejar mejor su ira que su dolor.

–¿Cómo vas a pagar dos millones de dólares para...?

–¿Pasar tiempo contigo? –Damen dio un paso hacia ella–. Lo digo en serio.

Ella sacudió la cabeza.

–¿Cuánto has bebido? Damen sonrió.

–Estoy completamente sobrio –en lugar de sentirse insultado, le gustaba que fuera tan directa. Solo su familia y Christo lo trataban así.

–No puede ser una frase para ligar conmigo, porque sé que no tienes el menor interés en mí.

Aunque lo dijo con frialdad, sus mejillas enrojecieron, traicionándola. Damen recordó al instante la noche en Melbourne, la deliciosa sensación de tenerla en sus brazos...

–Así que, ¿qué pretendes? ¿Quieres reírte otra vez de mí? –preguntó ella, cruzándose de brazos y mirándolo airada.

Damen sintió la pulsión del deseo. Con un vestido verde que se pegaba a su cuerpo, parecía una sirena.

Se obligó a concentrarse.

–Vamos, Stephanie. No soy así. Sabes por qué actué como lo hice –ya estaba harto. Podía admitir que la hubiera herido involuntariamente, pero no era el sádico que ella pintaba–. Me he disculpado. Haré lo que quieras para que me perdones.

–Muy bien. Déjame en paz. Eso es lo que quiero.

Stephanie dio media vuelta y la falda del vestido se arremolinó en torno a sus piernas, marcando su estrecha cintura.

–¿No quieres que te cuente lo de los dos millones de dólares? –dijo él incitador.

En su experiencia, nadie despreciaría una oferta así. Al ver que Stephanie se detenía, se dijo que no le desilusionaba que fuera como todo el mundo. Después de todo, la necesitaba.

–Sigo sin creerte.

–Hablo en serio –estaba dispuesto a todo para resolver el problema entre Clio y su familia. –Muy bien –Steph lo miró con suspicacia–. ¿Qué quieres?

–A ti –Damen vio que se tensaba y se apresuró a añadir–. Mejor dicho, tu compañía en público. –¿En público?

¿Qué había pensado, que iba a pagarle para que se acostase con él? Damen apretó los dientes. Luego dijo fríamente:

–Por supuesto. Es una cuestión de imagen. No te estoy proponiendo que seamos amantes. Inexplicablemente, sin embargo, se le contrajo el estómago al ver que Stephanie parecía sentirse insultada.

Le recordó su expresión de dolor después del beso en el coche, cuando había descubierto el engaño.

La manera en la que lo había mirado cuando se había despertado y él intentaba hacerse con su teléfono, había sido de felicidad, de bienvenida, como si no hubiera nada más natural que los dos estuvieran juntos.

Por unos minutos, él había olvidado por qué estaban allí y había caído en su sensual embrujo. Más tarde, le había asombrado hasta qué punto había estado al borde de distraerlo de su objetivo.

Ignorando una punzada de culpabilidad, dijo:

–Necesito una mujer que se haga pasar por mi novia durante unos meses, eso es todo.

–¿Eso es todo? –preguntó ella con ojos desorbitados–. ¿Qué pasa, todas las mujeres de Grecia han visto ya tu verdadero carácter?

Empezaba a poner a prueba su paciencia. Damen alzó la barbilla y ella pareció ser consciente de que lo había insultado, pero no se amilanó.

Damen consiguió dominarse. Que Stephanie tuviera tan mala opinión de él la hacía perfecta para el papel.

–No pienso hablar de mi vida personal, excepto para aclarar que ahora mismo no tengo ninguna amante. No vas a sustituir a nadie. Solo necesito a alguien que finja ser mi novia.

–¿Por qué?

–¿Acaso importa?

–Por supuesto. Ninguna mujer con un mínimo de dignidad haría algo así sin saber por qué. Me estás pidiendo que mienta.



–No sería la primera vez que lo hicieras.

Stephanie le lanzó una mirada incendiaria y Damen tuvo que reprimir una sonrisa.

–Eso es distinto, estaba protegiendo a mi amiga.

–Y yo a mi amigo.

Steph exhaló lentamente.

–Está bien. Explícate.

A pesar de que Damen sabía que debía de estar contento porque no tendría que temer que Stephanie pretendiera ser su novia de verdad, no podía evitar sentirse... ofendido. No estaba acostumbrado a que ninguna mujer lo rechazara, y menos una que... lo intrigara tanto.

También era consciente de que podía ser un error elegir a la mejor amiga de Emma, pero lo cierto era que tenía que actuar con prontitud. La boda de Cassie estaba cerca y la farsa debía resultar plausible. Cuanto antes se filtrara la noticia a la prensa, y Manos la leyera, de que convivía con una mujer, mejor. Nadie que lo conociera habría esperado que esos dos términos, amante y convivencia, pudieran ir unidos.

–Quiero que parezca que tengo una relación estable.

–Pero ¿para qué? –preguntó de nuevo Steph–. ¿Estás teniendo una relación con una mujer casada y quieres despistar a su marido?

–¡No! –¿acaso creía que era así de indigno?–. ¡Jamás he tocado a una mujer casada! –Damen se pasó la mano por el cabello en un gesto de frustración–. Alguien tiene la errónea idea de que voy a casarme con una mujer en concreto. Necesito una amante para convencerle de que no es así.

–Hiciste creer a una pobre chica que...

–¡No! –Damen parpadeó, sorprendido al darse cuenta de que había elevado la voz.

Él nunca gritaba ni daba explicaciones. Stephanie conseguía que hiciera las dos cosas.

–La mujer en cuestión no tiene el menor interés en casarse conmigo –continuó–. Es su familia quien lo quiere, en parte por mi fortuna.

–Eso es esperable.

Stephanie lo dijo como si pensara que nadie querría casarse con él si no fuese por su dinero. Era evidente que pasar un mes con ella iba a ser una cura para su ego. Si es que conseguía convencerla...

–Escucha, esa mujer y yo solo somos amigos. Pero su padre está presionándola.

–¿Para que se case contigo?

Damen asintió.

–Es un hombre testarudo y está convirtiendo la vida de mi amiga en un infierno. Por eso quiero demostrarle que estoy interesado en otra.

–Así que sí quieres una coartada.

–Escucha, Stephanie, esta farsa no perjudica a nadie. Al contrario, mejorará la vida de mi amiga. Stephanie lo miró en silencio y Damen se preguntó qué pensaba. ¿Cedería? ¿Le pediría más dinero? –Nadie creería que estamos juntos.

–¿Porque nos movemos en distintos círculos sociales? –preguntó él.

–¿Quieres decir que estás por encima de mí? –replicó Stephanie. Y Damen supo que la había ofendido–.

De hecho, mis amigos piensan que tengo mejor gusto respecto a los hombres.

La mirada retadora que le dirigió hizo que Damen tuviera que reprimir una sonrisa al preguntarse qué sucedería si invirtiese toda aquella energía en algo distinto, algo mucho más físico.

–¿Por qué yo? –preguntó ella, finalmente.

Damen se encogió de hombros.

–Estás soltera; tienes tiempo libre, porque Emma me ha dicho que estás de vacaciones. Y sé que no intentarías convertir esto en algo permanente. Que te caiga mal es un punto a tu favor.

Stephanie entornó los ojos.

–¿Porque cualquier otra intentaría hacerse un hueco en tu vida?

–Es posible.

Stephanie masculló algo de lo que Damen solo oyó «ego», y se tensó. ¿Era una buena idea atarse a una mujer que lo despreciaba? ¿Sería capaz de representar el papel de enamorada? La respuesta era afirmativa. Stephanie Logan era la candidata ideal. Era forastera, no la conocían ni sus amigos ni su familia y no tenía la menor intención de seducirlo.

En cuanto a interpretar el papel... siempre se decía que el odio y el amor eran dos caras de una misma moneda. La forma en que el ambiente

se electrificaba cuando estaban juntos convencería a cualquiera de que estaban juntos.

–¿Y no quieres asentarte porque estás ocupado siendo un soltero de oro? –preguntó ella con desaprobación.

–Algo así.

Damen no pensaba explicar que no pensaba casarse ni tener hijos. Sus sobrinos heredarían sus negocios. Entre otras cosas, porque no quería preguntarse siempre si su mujer se había casado con él por amor o por dinero.

–Sigo sin entender por qué me lo propones a mí, pero la respuesta es «no». No me gusta mentir y tú eres el último hombre con el que quiero pasar tiempo.

Damen observó a Stephanie, su rostro encendido, su actitud airada, su respiración agitada... y supo que no debía presionarla. Era una mujer apasionada y, enfadada, era capaz de atacar aun cuando ello supusiera dejar pasar una magnífica oportunidad.

Necesitaba tiempo para evaluar las ventajas de su proposición. Tenía margen de tiempo. Iba a alojarse en la villa mientras Emma y Christo iban de luna de miel. Y él tenía su yate atracado en la orilla.

–No decidas ahora, Stephanie. Esperaré a que me des tu respuesta –dijo.

Y tomando la copa de la mano de Stephanie, se encaminó de vuelta a la fiesta.

«¡No decidas ahora!» Damen era tan arrogante que no estaba dispuesto a aceptar una negativa.

Pensar en él hacía que le hirviera la sangre. ¡Así que era perfecta para su plan porque no intentaría conquistarlo! ¡Quién querría conquistar a semejante gusano!

En cualquier caso, se dijo Stephanie reclinándose en una hamaca junto a la piscina, no tenía de qué preocuparse. Como era de esperar, Damen no había aparecido, así que debía de haberse tratado de una broma de mal gusto.

Era evidente que no iba en serio. Ni siquiera un magnate de la industria naviera se gastaba dos millones de dólares en semejante farsa.

Damen la enfurecía hasta el punto de que le había dicho que estar con él sería rebajarse. Eso sí tenía gracia. Su gusto respecto a los hombres era deplorable.

No había visto a Damen desde la noche anterior, cuando los invitados a la boda se habían despedido de los recién casados.

Por lo que Emma había insinuado, Steph sospechaba que habían ido a Islandia a ver la Aurora Boreal.

Era un destino al que ella ansiaba ir, pero como el resto de su vida, tendría que ponerlo en espera.

Aquellos días en Corfú iban a ser sus últimas vacaciones en mucho tiempo.

Tomó un bolígrafo y se concentró en el listado de posibles empleadores, pero estaba desanimada. Ya había contactado a las mejores agencias y no tenían nada que ofrecer. Y aunque consiguiera un trabajo, sus problemas continuarían. Tenía que recuperar todo el dinero, y la justicia procedía con lentitud. Para cuando las autoridades atraparan a Jared, su dinero habría desaparecido. Y el de su abuela.

Se le contrajo el estómago al pensar en esta, tan ansiosa por apoyar a su nieta que había invertido todos sus ahorros en su primera aventura empresarial.

De haberlo sabido, Steph no lo habría permitido. No le habría presentado a Jared. Pero ya no había vuelta atrás. Su exjefe y casi socio, había abandonado el país dejándola sumida en una deuda que no podía afrontar. Y a su abuela sin capital para la residencia a la que planeaba retirarse.

Steph dejó el cuaderno. Un salario fijo no resolvería sus problemas económicos. Una vez volviera a Australia solo le quedaba dinero para pagar una semana de un hostel.

Tenía una solución clara: decírselo a Emma. Tanto ella como su marido eran ricos y Emma no dudaría en ayudarla. Pero la idea le horrorizaba. No podía ser un parásito. Solo ella era culpable de su error y tenía que resolverlo sola. Había confiado en Jared cuando este le dijo que iba a poner el dinero como depósito del local.

Además, no era buena idea mezclar el dinero y la amistad, y no estaba dispuesta a arriesgar la relación que la unía a Emma desde el colegio.

Se le revolvió el estómago al recordar cómo, cuando vivía con su madre, los hijos de los vecinos tenían prohibido ir a su casa; la evitaban y les oía murmurar cosas que, aun sin llegar a comprender porque era pequeña, la avergonzaban. Su madre, que las mantenía a duras penas con su salario de limpiadora, había pedido dinero prestado a los vecinos y no

había podido devolvérselo. La amistad se había roto y se habían tenido que mudar a un piso más pequeño.

Su madre había trabajado mucho, pero no ahorra. Finalmente había tenido que mandarla a ella a vivir con su abuela.

Steph hizo una mueca. Se negaba a ser como su madre. Desde que había tenido su primer sueldo, había ahorrado para poder contribuir a los gastos de su abuela.

Había estado tan orgullosa de sí misma y de su aventura empresarial con Jared, una compañía de viajes personalizada... Y se había convertido en polvo.

Se puso de pie. Necesitaba un plan para rescatar los ahorros de su abuela. Una manera de ganar dinero rápido, no en veinte años.

«Dos millones de dólares».

La descabellada proposición casi sonaba razonable.

Con dos millones de dólares podría comprar a su abuela una casa en la residencia. Tendría dinero para empezar de nuevo y no caer en la pobreza. Sería económicamente independiente y ningún hombre podría decepcionarla. Al contrario que su irresponsable padre, que nunca le había proporcionado apoyo, ni sentimental ni económico, y había acabado desapareciendo para siempre.

Steph rio con amargura y se encaminó hacia la playa. Al volver la esquina de la villa, se chocó contra una inesperada pared de músculos que olía a aire fresco y a hombre.

–Stephanie, venía a verte.

Aquella perfecta sonrisa hizo que se le contrajeran las entrañas. ¿Había algo en Damen que no fuera perfecto?

Damen miró aquellos ojos chispeantes y sintió un golpe en el plexo solar aún más fuerte que cuando el día anterior había visto a Stephanie en su sensual vestido, tan femenina, tan seductora. Pero entonces había pensado que su reacción se debía a la sorpresa.

¿En aquel momento?

La sujetó por los brazos. El bañador rojo que llevaba, supuestamente recatado, sobre sus delicadas curvas resultaba...

Damen alzó la mirada a su rostro. Y vio en ellos algo distinto al desdén del que había hecho gala el día anterior. ¿Angustia?

Miró por detrás de ella, buscando a la persona que la había incomodado, pero no había nadie. Bajo su mano, la sintió tensa, como un cable estirado al máximo.

–¿Qué te ha pasado?

–Nada –Stephanie tomó aire, poniendo a prueba la determinación de Damen de no mirarle el pecho–.

Solo que invades mi privacidad.

Aunque a Damen casi le alivió que reaccionara con sarcasmo, algo seguía sin convencerlo.

Era extraño que una mujer que lo desdeñaba despertara su instinto protector y, sin embargo...

La soltó y tras un leve balanceo, Stephanie se estabilizó.

–He venido por una respuesta –dijo él, cruzándose de brazos y asombrándose de lo rápido que le latía el corazón.

–¿Hablabas en serio?

Damen la miró fijamente.

–Desde luego. Dos millones por un par de meses de tu tiempo.

Vio que Stephanie tragaba saliva y decidió presionarla.

–Piensa en todo lo que podrías hacer con ese dinero.

Cualquier otra mujer habría aceptado sin pestañear. Stephanie Logan tenía tendencia a llevar la contraria. Pero eso no era malo.

Stephanie parpadeó, ocultando sus ojos momentáneamente y mordisqueándose unos labios que él sabía lo dulces y suaves que eran. Estaba tan concentrado en ellos que tardó un momento en darse cuenta de que ella lo estaba mirando.

–De acuerdo. Seré tu novia ficticia por dos millones de dólares.

## *Capítulo 3*

UNA SENSACIÓN de triunfo recorrió a Damen al tiempo que se aligeraba el peso que llevaba sobre los hombros. No soportaba complicar la vida o hacer daño a quienes amaba, como Clio y su madre en aquel momento.

Pensó por un instante en el terrible episodio del que había sido responsable cuando la tragedia golpeó a su familia, pero se obligó a bloquear el recuerdo.

Stephanie estaba a su lado, sexy, provocativa, misteriosa... Lo que solo importaba porque la convertía en la perfecta amante virtual.

Se detuvo en la palabra «amante» y volvió a recordarse que aquello solo era un trato.

–Pero pongo condiciones.

–¿Cuáles? –Damen frunció el ceño. ¿Iba a pedirle más dinero?

Stephanie se cruzó de brazos y la mirada de Damen se dirigió instintivamente a sus senos, al tiempo que se reprendía por dejarse distraer en medio de una negociación.

–Quiero que redactes un contrato.

Damen suspiró aliviado.

–¿Eso es todo?

Esa era su intención. Incluyendo una cláusula de confidencialidad que le prohibiera vender información a la prensa.

–No. Quiero la mitad del dinero a la firma del contrato.

Damen vio que se ruborizaba y que le palpitaba un nervio en la base de la garganta. ¿Estaba en dificultades económicas? Cuando iba a preguntárselo se dijo que no debía interesarse por sus motivaciones. Solo se trataba de un acuerdo.

–Hecho.

Stephanie abrió los ojos de sorpresa y algo más... ¿Nervios? ¿Temía que se echara atrás? ¿Los dos millones eran tan tentadores que se había dejado convencer a su pesar?

–Una cosa más.

Miró a Damen a los ojos, despertando aún más su curiosidad. Se puso alerta.

–Los besos quedan prohibidos.

–¿Perdón? –preguntó él desconcertado.

–Me has oído –Stephanie descruzó y volvió a cruzar los brazos–. Haré de tu novia en público, pero no te besaré... ni tú a mí. Lo quiero en el contrato.

Damen arqueó una ceja.

–La gente esperará que nos mostremos cariñosos.

La curiosidad de Damen aumentó al ver que Stephanie se ruborizaba aún más violentamente.

–Hay maneras de mostrar afecto sin necesidad de besarse.

Damen metió las manos en los bolsillos.

–Te voy a pagar una fortuna. Puedo exigir que resultes convincente.

–Y lo seré. Solo que sin besarte.

–¿Por cuestiones religiosas, de salud...?

Stephanie extendió las manos al tiempo que se encogía de hombros.

–Porque no quiero, ¿vale? Con una vez me basta. No voy a repetir ese error.

Damen fue a decir que para él no había sido un error. Que, de hecho, aquel beso lo había impactado de una manera a la que no estaba acostumbrado. Pero por eso mismo guardó silencio.

–¿Y cómo piensas persuadir a la gente de que somos amantes? –preguntó, en cambio.

Stephanie hizo un gesto vago.

–Estando pendiente de cada una de tus palabras; mirándote a los ojos, pegándome a ti... –Entonces el contacto físico sí está permitido.



Vio que Stephanie apretaba los labios como si evitara maldecir.

–No seas sarcástico, no te pega –sacudió la cabeza y su melena rizada le acarició el rostro–. Hay maneras de mostrar atracción e intimidad sin...

–Que ponga mis labios en los tuyos.

Damen se preguntó si aquella mujer era consciente de hasta qué punto lo estaba provocando, si se daba cuenta de lo peligroso que era lanzar un ultimátum como aquel, y más, a un hombre que iba a pagar una fortuna por su compañía.

No solo era un ultimátum, sino un reto, y él jamás rechazaba un reto: se limitaba a ganarlo. –Demuéstrame que puedes resultar convincente o cancelamos el trato

Damen vio que titubeaba y por un instante pensó, desilusionado, que iba a echarse atrás.

Por cómo había defendido a Emma, enfrentándose a Christo y a él para guardarle el secreto, y cómo se había revuelto contra él después de que la secuestrara, había tenido la convicción de que aquella mujer no se arredraba ante nada. Pero en aquel momento...

Stephanie se aproximó lo bastante como para que pudiera oler su perfume a vainilla y recordara el instante en el que la había tenido en sus brazos y lo había besado con una pasión que había estado a punto de hacerle perder el control.

Estaba todavía sumido en ese recuerdo cuando ella posó una mano en su pecho y su cabello le acarició el brazo, despertando en él una perturbadora sensación de placer que reverberó por su cuerpo.

Stephanie se inclinó y lo miró con una expresión dulce y amorosa en sus ojos marrones, en lugar de suspicaz y desconfiada. A Damen le encantó esa mirada. Como le gustó la forma en que entreabrió los labios, como si estar tan cerca de él le alterara la respiración.

Entonces ella dio otro paso más, sus senos quedaron a un milímetro del brazo de Damen y se puso de puntillas. Estaba tan cerca que Damen podía sentir el calor de su aliento en el rostro; sus labios se redondearon en una invitación a ser besados. Él no inclinó la cabeza, expectante. Stephanie posó la otra mano sobre su corazón y extendió los dedos, sosteniéndole la mirada. Y cuando Damen pensó que retrocedería, susurró con voz aterciopelada:

–Damen –subió las manos hasta su cuello y él tuvo que recordarse que solo era un juego. Stephanie se inclinó aún más, apretando sus senos contra su brazo–. No tienes ni idea de hasta qué punto me resulta tentador... –le susurró al oído.

Damen inclinó a cabeza, atraído por aquellos luminosos ojos y convencido de que, finalmente, Stephanie había aceptado la atracción que había entre ellos. Los dedos que ella posó en sus labios lo detuvieron en el momento que le oyó añadir:

–... que me des dos millones.

Y se separó de él bruscamente.

Damen se quedó helado. Debía de haber sabido que Stephanie Logan aceptaría el reto y no debía haberle permitido que lo distrajera de su objetivo. Stephanie no era de las que se echaba atrás... o, por lo visto, de las que dejaría pasar dos millones de dólares.

Apretó los dientes diciéndose que no debía olvidarlo. Por muy dulce que la encontrara o que respetara la lealtad que había mostrado hacia su amiga, solo había aceptado aquel acuerdo por el dinero, y era evidente que podía resultar totalmente convincente.

Pero también le asaltó la duda. Stephanie solo había hecho lo que le había pedido: demostrar que sabía fingir. Sin embargo, al ver aquel bonito rostro iluminado por la satisfacción, no pudo evitar pensar en otra mujer, que también había sido extremadamente convincente al aparentar un intenso amor; una mujer que había estado a punto de destruirlo y que había sido la razón del mayor arrepentimiento de su vida

–¿Qué tal lo he hecho? –preguntó ella poniendo los brazos en jarras.

¿Esperaba que la aplaudiera? Quizá se lo merecía. Había sido él quien había insistido en una prueba de interpretación; no tenía sentido que se sintiera traicionado por lo bien que lo había hecho.

–Bastante bien.

No estaba dispuesto a alabarla más por mentir, pero tenía que admitir que al menos estaba siendo sincera respecto a su motivación. Aun así, no podía sacudirse la desilusión de que Stephanie volviera a mirarlo con desdeñosa indiferencia.

–Entonces ¿tenemos un acuerdo?

–Haré que redacten el contrato con las especificaciones que pides.

Bien fuera porque estaba de un humor inestable, por los recuerdos negativos que le había despertado o por la irritación de que pareciera inmune a él cuando meses atrás había buscado sus caricias, Damen añadió un apunte mental al acuerdo: cumpliría la cláusula, pero conseguiría que Stephanie Logan se arrepintiera de haberla incluido; de hecho se aseguraría de que sintiera la insatisfacción de que su romance no fuera real. Conseguiría que volviera a desearlo.

«Estás loca, odias mentir, y más aún por un hombre que no te cae bien, o todavía peor, un hombre al que rechazas pero por el que te sigues sintiendo atraída».

–¿Stephanie?

–Perdona –volvió la mirada hacia el hombre de presencia imponente. El sol barría el despacho de la villa de Emma, iluminando su rostro y los documentos que ella tenía ante sí.

–Decía que lo he hecho redactar en inglés para que no necesitaras a un traductor.

–Gracias –dijo ella, sonriendo a pesar de los nervios.

Conteniendo un escalofrío, fue con paso titubeante hacia el escritorio. Llegado el momento definitivo, albergaba dudas. Excepto que Damen transferiría el dinero a su cuenta cuando firmara, y con ese dinero podría comprar una casa para su abuela. No podía rechazar la oferta.

Aun así, se sentó con lentitud ante el contrato y la pluma preparada para firmarlo. Respiró profundamente, pero en lugar de tener un efecto calmante, con la inspiración le llegó la fragancia a madera que identificaba a Damen, densa, cálida, demasiado seductora para su propio bien.

Cerró los ojos y se sintió transportada de inmediato al día anterior en el jardín, cuando Damen le había retado a demostrar que podía ser una amante convincente en público. Al sentirse retada había experimentado por un instante una seguridad en sí misma que le había permitido actuar de manera decidida y pragmática... Hasta que se había aproximado tanto a él como para poder besarle, y entonces se había sentido como un ratón entre las garras de un gato. El calor en la mirada de Damen le había hecho darse cuenta de que jugaba con fuego. Se había separado de él y al volver a mirarlo, se había dado cuenta de que había estado equivocada, de que no había ni ardor ni deseo en sus ojos.

Tal y como había dejado claro en Melbourne, Damen Nicolaides no la deseaba. Lo que había visto en su mirada era rabia al comprobar que ella

podía interpretar el papel de mujer enamorada a la vez que permanecía inmune a él. Aunque no lo fuera y aunque tuviera que hacer lo que fuera necesario para ocultárselo a Damen.

–¿Has acabado de leerlo? –la voz de Damen le llegó por encima del hombro y ella abrió los ojos.

–Me gusta tomarme mi tiempo con documentos legales.

Eso no había impedido que Jared se fuera con su dinero.

Steph apretó los dientes. Aquel contrato era la única manera de recuperar lo que había perdido, no ya solo el dinero, sino el control de su vida.

Y por más que sintiera que era un error y que asumía un gran riesgo al pasar tiempo con un hombre al que era vulnerable, se dijo que no tenía nada que temer, puesto que Damen Nicolaides no la deseaba.

Leyó el contrato detenidamente, asombrándose de las penalizaciones en caso de que vendiera la noticia a la prensa pero, dado que no tenía la menor intención de hacerlo, eso no sería un problema. Todavía le quedaba decidir qué le diría a Emma, pero ya lo pensaría.

Suspiró al llegar a la cifra del pago; la mitad aquel mismo día; la otra mitad en ocho semanas. Y la última cláusula:

No se besarán en los labios a no ser que la señorita Logan haga un invitación expresa.

¡Cómo si tuviera la intención de pedirle que la besara! ¿Y por qué especificaba «en los labios»?

–¿Hay algún problema?

Steph miró a Damen, que la miraba con lo que ella interpretó como hastío. No había en él el menor atisbo de sentirse atraído por ella. Solo quería convencer a la gente de que tenía una novia.

No valía la pena discutir por detalles tan nimios. Sonriendo, tomó la pluma y firmó.

–Excelente –Damen sacó el teléfono–. Voy a ordenar la transferencia de fondos.

Así de sencillo. Su abuela tendría su casa y su dinero, y ella saldaría sus deudas.

¿Por qué entonces tenía la premonición de que no iba a ser tan fácil?

## *Capítulo 4*

**D**AMEN se asomó a la cubierta del yate y se detuvo al ver a Stephanie descalza, con unos vaqueros blancos y una camiseta de rayas rojas y blancas.

Habitualmente, sus novias llevaban ropa de diseño y estaban siempre maquilladas. Stephanie no se molestaba ni con la ropa ni con el maquillaje. Y, sin embargo, Damen no podía dejar de mirarla.

No sabía por qué la encontraba tan fascinante. Era más atractiva que guapa; interesante, única. En ese momento, se inclinaba sobre la barandilla, absorbiendo la vista de Atenas, la brisa alborotándole el cabello y una sonrisa en el rostro que jamás le dedicaba a él.

Una conocida frustración anidó en Damen. Aunque le había dado tiempo a adaptarse, eligiendo navegar en lugar de volar desde Corfú, Stephanie seguía manteniéndose distante. Y eso no iba a contribuir a que Manos creyera que eran amantes.

Además, su frialdad empezaba a irritarlo. Estaba acostumbrado a protegerse de las mujeres, no a intentar atraerlas. Quizá Stephanie Logan era una buena cura para su ego. Según Clio, le resultaba demasiado fácil conquistar a las mujeres. Pero ese no era el caso con aquella en concreto. Al menos, no mostraba el menor interés en atraer su atención.

Tendrían que encontrar un término medio.

En un par de ocasiones inolvidables, había bajado sus defensas. Como cuando, haciendo submarinismo, se le había acercado una tortuga marina. Stephanie le había tirado del brazo con una sonrisa de entusiasmo. El resto de esa jornada, Damen había disfrutado de su calidez y su alegría mientras compartía con ella información sobre las especies marinas y los esfuerzos realizados para protegerlas.

Así era como Stephanie debía comportarse si querían convencer a los demás de que tenían una relación.

Ya le había dado suficiente tiempo para adaptarse.

En cuanto puso un pie en cubierta, Stephanie se volvió, como si estuviera sincronizada con él. Sus ojos lo devoraron y Damen sintió una reacción instantánea en la ingle. Como de costumbre, ella ocultó el primer impacto de verlo tras una máscara de indiferencia, pero Damen supo que, por mucho que lo rechazara, se sentía atraída por él. Y eso era en lo que tenía que concentrarse.

–¡Kopela mou! Por fin te encuentro –fue hasta ella y le rodeó la cintura por detrás, estrechándola contra sí.

–¿Qué estás haciendo? –susurró ella irritada.

–Practicando, cariño –posó la mano en sus caderas y al sentir el temblor de Stephanie sonrió para sí–. Estamos casi en Atenas y cualquiera de los barcos con los que nos cruzamos puede ser de un amigo. El Amphitrite es muy conocido. Y una fotografía mía con una amante se vende bien.

Steph abrió los ojos de asombro.

–¿Quieres decir que los paparazis hacen guardia?

–No tienes de qué preocuparte. No nos acosarán. Sobre todo si les dejamos sacar algunas fotografías. Damen la hizo volverse y, tomándola por la barbilla, le hizo alzar el rostro hacia él. Stephanie no desvió la mirada, pero tampoco lo miró con afecto. Si un fotógrafo los veía a través de un teleobjetivo percibiría que parecía más inquieta que contenta, y Damen se dijo que tenía que poner remedio a eso cuanto antes.

Steph se dijo que, a plena luz del día y en mar abierto, no tenía nada que temer. Pero la idea de que hubiera fotógrafos cerca y la forma en la que Damen la miró no la tranquilizaron.

A pesar de que apenas la estaba tocando, sentía sus dedos como una caricia íntima. Ningún otro hombre tocaba así.

Ella no había tenido amantes. Su experiencia personal, con una madre inestable y un padre ausente, le había hecho rehuir la intimidad emocional. De adolescente, mientras sus amigos lo pasaban bien, ella había tenido que trabajar. La única ocasión en la que había estado a punto de bajar sus defensas y entregarse a la pasión, había sido con Damen Nicolaidis.

¡Cómo alimentaría su ego llegar a saberlo!

–¿Qué estás haciendo? –preguntó con voz temblorosa.

–Proporcionarles una toma –dijo Damen, mirándola con una provocativa media sonrisa.

Steph exhaló lentamente para calmarse. La idea de que Damen pareciera tener ojos solo para ella era ridícula. Solo actuaba así de cara al público.

–¿De verdad crees que hay paparazis?

Damen se encogió de hombros.

–Probablemente. En cualquier caso, vale la pena actuar con cautela y como se espera de nosotros.

«Como amantes», se dijo Steph.

Tragó saliva. Podía hacerlo. Damen le había pagado y su dinero iba a comprar la nueva casa de su abuela... Sin embargo, llegado el momento, al tener a Damen tan cerca y sentir su aliento en su rostro, la voz de alarma que había ignorado los últimos días adquirió un tono estridente.

–¿Qué pasa, Stephanie?

Que Damen sonara preocupado le hizo preguntarse qué veía en su semblante. Intentó suavizarlo.

–Es más difícil de lo que esperaba.

Porque la proximidad de Damen le hacía sentir cosas que se había prohibido. Aun sabiendo que se trataba de una farsa, era imposible no reaccionar a su tono dulce y a la ternura de su tacto, que incluía una convincente posesividad.

Y eso le daba miedo. Steph no quería que la poseyera ningún hombre. Ella era independiente y no iba a olvidar las lecciones aprendidas.

–¿Te estás acobardando? –Damen clavó los dedos en sus caderas y frunció el ceño–. Es demasiado tarde.

Has firmado un contrato.

Su tono contradijo la sonrisa que permaneció en sus labios y el contraste produjo un escalofrío en Steph, porque demostraba que las apariencias podían engañar. No sería la primera vez con aquel hombre.

–Y lo cumpliré –dijo con firmeza.

–Sabía que podía contar contigo –dijo él con voz ronca de deseo.

También eso era mentira, pero aun así, la parte más femenina de Steph vibró de alegría.

Tragó saliva. Estaba metida en un lío... del que no tenía escapada.

Damen ladeó la cabeza y le pasó los dedos por la mejilla y por el cabello alborotado. Había estado demasiado ocupada antes de ir a Grecia y la peluquería era un gasto del que había decidido prescindir. Al sentir los dedos de Damen abriéndose camino por su cuero cabelludo sintió su sangre fluir y se descubrió cediendo a esa caricia involuntariamente. No en beneficio por posibles observadores, sino por la magia que Damen ejercía sobre ella: lenta, firme, sensual.

Ni siquiera saber que en el pasado había fingido sentir una inexistente atracción por ella, la impulsó a separarse de él. No quería que Damen supiera hasta qué punto la perturbaba.

Abrió la boca para decir algo que lo distrajera, pero él la atrajo hacia sí con el brazo con el que le rodeaba a cintura e inclinó aún más la cabeza.

Por un instante, Steph se quedó paralizada. Luego alzó las manos a su pecho para mantenerlo a distancia. Pero no tenía de qué preocuparse. Damen se detuvo a unos milímetros de su sien, y susurró:

–No pongas cara de susto. Recuerda que somos amantes.

¿Cómo olvidarlo?

Haciendo un esfuerzo que le costó alarmantemente poco, Steph subió las manos hasta abrazarse al cuello de Damen y acariciarle la piel firme y cálida de la nuca, y actuó como cuando le había exigido una prueba de que podía actuar. Como entonces, se movió con determinación, hasta que llegó un momento en que su cuerpo reaccionó como si llevara tiempo anhelando estar cerca del de él.

–Mucho mejor –ronroneó él contra la frente de ella.

–Se supone que no puedes besarme –protestó Steph débilmente. Necesitaba decir con palabras lo que su cuerpo, pegándose al de Damen, contradecía.

–Yo no lo llamaría un beso, kopela mou –tras una pausa Damen añadió con voz ronca–. Si te hubiera besado, lo sabrías.

Desde luego que sí. Steph recordaba a la perfección su beso. Había sido maravilloso y catastrófico a un tiempo, y había arrasado las defensas que había erigido a lo largo de los años.

–Pero, dado nuestro contrato, no lo haré –continuó Damen–. A no ser que me invites a hacerlo.



Steph estuvo a punto de decirle que jamás haría esa invitación, pero decidió no provocarlo.

–¿Hasta cuándo tenemos que permanecer así? –preguntó, en cambio.

El torso de Damen, a unos milímetros del suyo, le quemaba los pezones. Estaba ardiendo, y aunque se dijo que era por que hacía un día caluroso, sabía que se trataba de un calor interno, procedente de su núcleo femenino, el mismo que había despertado en el pasado en brazos de Damen. Saber que albergaba en sí a aquella mujer espontánea y osada la aterrizzaba. No podía dejarla suelta; debía mantenerla bajo control.

–Haces que suene como un castigo, Stephanie –dijo él, pronunciando de nuevo su nombre en un tono que la hizo vibrar.

Tomó aire, pero se detuvo al entrar en contacto su pecho con Damen. ¿Se imaginaba que a él se le alteraba la respiración, que se le agarrotaba la mano que posaba en la cintura?

No tuvo tiempo de decidirlo porque Damen retrocedió lo justo para mirarla con expresión enigmática. Por un instante, Steph se sintió confusa. Entonces él le dedicó una de aquellas medio sonrisas que tanto empezaban a gustarle.

–Pero no hay nada como practicar, y en Atenas tendremos numerosas ocasiones.

–¿Ah, sí?

–Claro, tendré trabajo, pero también saldremos a socializar.

Steph pensó que era un oportuno recordatorio de que todo aquello, las miradas, las caricias, solo eran parte de una interpretación.

–¿Estará en Atenas la mujer con la que tenías una relación?

Al margen de la explicación de Damen, era evidente que era una mujer importante en su vida, y Steph no podía evitar sentir cierta reserva hacia ella... ¿Por qué a Damen le importaba tanto como para organizar aquel disparatado plan?

–De eso no te preocupes.

Así que estaba en Atenas. ¿Iría Damen a verla? ¿Se la presentaría? Steph se cruzó de brazos y miró sus verdes ojos.

–Esto no va a funcionar si te encuentras a escondidas con una amante. Alguien os descubrirá.

Damen sacudió la cabeza y dijo algo en griego que Steph interpretó como un juramento.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no es mi amante? –preguntó él, elevando la voz–. Tú eres la única novia que tengo.

Era la segunda vez que provocaba una respuesta desabrida de Damen. Se dijo que no debía alegrarse de conseguir alterarlo, de hacer prender una llama en sus ojos, pero lo cierto era que se alegraba. Le hacía sentirse menos frágil.

–Cuidado, Damen –le señaló con el dedo–. ¿Qué van a pensar los paparazis si ven que me gritas? Damen tardó en reaccionar y cuando lo hizo, la desconcertó al estallar en una gran carcajada. –Pensarán que nos hemos enfadado, pero eso nos dará la oportunidad de reconciliarnos.

Sus ojos brillaron risueños y Steph sintió un hormiguelo de anticipación que la obligó a poner freno a las imágenes de cómo sería esa reconciliación.

Había creído que unos días con él en el yate cimentarían su animadversión, pero sus sentimientos eran cada vez más ambiguos. La alteraba como ningún otro hombre; incluso la forma en que pronunciaba su nombre, como si lo saboreara, debilitaba sus defensas.

Se inclinó sobre la barandilla, necesitando desviar la mirada de Damen, y contempló el puerto, en el que atracaban lujosos yates.

–¿Vamos a permanecer a bordo?

–No, iremos a mi apartamento.

–¿No tienes una casa con jardín? –preguntó con sarcasmo.

–Siento desilusionarte –dijo él, impertérrito–. En Atenas es mejor tener un apartamento. Y estoy seguro de que lo encontrarás confortable.

–Yo también –dijo Steph. Si podía tomar el yate como referencia, estaba segura de que sería amplio y lujoso.

–Y está muy céntrico para ir de compras. He hecho una lista con las principales boutiques.

–Gracias –dijo Steph, aunque el comentario la desconcertara–, pero dudo que vaya a ir de compras.

Si disponía de tiempo en Atenas, pretendía ir a conocer la ciudad y sus monumentos. Además, la primera entrega del dinero ya estaba invertida entre su abuela y la deuda que le había dejado Jared.

Damen arqueó las cejas.

–Necesitarás ropa nueva.

Ella se cuadró de hombros.

–¿Quieres decir que no estoy a la altura de tus expectativas?

Damen vio el resplandor en sus ojos que lo fascinaba. Cada vez que discutían o se tocaban, saltaban chispas. El orgullo y la testarudez de Stephanie eran irritantes. Sin embargo, gozaba con cada enfrentamiento, disfrutaba cada vez que ella compartía sus emociones y pensamientos en lugar de mantenerse distante.

En esos momentos se sentía cerca de la mujer apasionada que tanto lo intrigaba. La lógica le advertía de que podía acarrearle problemas, pero Damen estaba harto de ser siempre tan sensato y se preguntaba qué mal había en explorar aquella atracción.

Sacudió la cabeza.

–Por muy bien que te quede esa ropa tan informal, si vas a hacer de mi novia, necesitas tener un aire más sofisticado.

Aunque, de haber sido sincero, le habría dicho que le encantaba su estilo: aquel top que apenas le llegaba a la cintura le daba un aire juvenil y atrevido. La tentación de deslizar las manos desde su cintura, por dentro de la camiseta, era casi irresistible. En su opinión, Stephanie no necesitaba cambiar de estilo porque estaba deliciosa con lo que se pusiera; pero toda aquella operación era precisamente cuestión de imagen.

Como era de esperar, Stephanie puso los brazos en jarras y le espetó:

–¿Porque los esnobs de tus amigos no creerán que te atraigo tal y como soy? ¿Te avergüenzas de mi aspecto?

–En absoluto, Stephanie.

Dudaba de que se sintiera tan segura de sí misma rodeada de gente vestida de alta costura. En el fondo, la estaba protegiendo, no de su familia y amigos, a los que esas cosas les resultaban indiferentes, sino de aquellos que juzgaban exclusivamente por las apariencias.

Suspiró. Por otro lado, ¿por qué tenía Stephanie que hacer todo tan complicado? ¿No estaba ansiosa por gastar dinero?

–¿Tienes un vestido para una boda?

Stephanie frunció el ceño y pareció repasar los contenidos de su maleta.

–El de dama de honor era muy bonito –continuó Damen, recordando el efecto que había tenido en su libido–, pero necesitas otro para acudir como mi novia a una boda la semana que viene.

Stephanie negó con la cabeza.

–No tengo nada. Vine a Corfú de vacaciones.

–Entonces, te sentirás más cómoda con un nuevo vestuario. Además de la boda, habrá otros actos sociales.

Stephanie se ruborizó y dijo:

–No puedo permitirme comprar ropa de diseño.

Damen la miró en silencio. Acababa de depositar un millón de dólares en su cuenta. ¿Cómo no iba a poder comprarse un par de vestidos?

El silencio se prolongó al tiempo que se agotaba su paciencia. Entendía que Stephanie aceptara el papel por dinero, pero, ¿qué pretendía? ¿Exprimirlo al máximo?

Lo asaltó el recuerdo de una mujer que ya había obtenido todo el dinero posible de él aprovechándose de que era joven y estaba loco por ella. Apretó los dientes y se le dilataron las aletas nasales.

Stephanie desvió la mirada.

¡Qué ingenuo había sido al creer que era fundamentalmente honesta! Por lo visto, también era codiciosa.

Hizo una reverencia burlona, disimulando su desilusión tras una sonrisa tensa.

–Permite que sea yo quien te compre la ropa. Pero me reservo el derecho de opinar –amplió la sonrisa–.

Vestirte será un placer.

## *Capítulo 5*

**S**TEPHANIE se sentía como un objeto. Damen hablaba de vestirla, pero su mirada insinuaba la acción contraria. Tragó saliva. Pretendía atacarla porque había conseguido molestarlo. Afortunadamente, sabía que su pretendida atracción hacia ella era fingida. Aunque eso no sirviera para tranquilizarla.

No había que ser un genio para saber que Damen pensaba que quería sacar el mayor provecho de la situación. Abrió la boca para defenderse, pero la cerró. No pensaba explicarle las dificultades a las que se enfrentaba. El orgullo acudió en su auxilio.

–Gracias, Damen, pero puedo elegir un vestido para una boda yo sola, aunque puedes tener derecho a veto –una soterrada inquietud la invadió al pensar en tener que moverse en círculos tan sofisticados–. Aparte de eso, me bastará con lo que he traído.

Quizá resultara vulgar entre gente tan glamurosa, pero después de todo, no tenía por qué volver a verlos, y si la imagen les importaba tanto, ni siquiera tenía interés en conocerlos.

Damen entornó los ojos como si sus palabras lo desconcertaran.

–Si no te vistes como mi novia, despertarás sospechas.

Steph enarcó una ceja.

–¿Quieres que aparezca en negligé en público?

En lugar de enfadarse, Damen le dedicó una de aquellas sonrisas que la dejaban temblorosa.

–Prefiero que mis mujeres sean discretas en público. En privado es distinto, claro.

Steph intentó encontrar una respuesta apropiada, pero Damen se le adelantó:

–Lleguemos a un acuerdo: en la intimidad, ponte lo que quieras; pero cuando salgamos, llevarás la ropa que te compre. ¿Vale?

Steph habría querido negarse. Aceptar equivalía a confirmar que era codiciosa. Pero si no accedía, se sentiría socialmente incómoda.

–Vale. Un par de conjuntos –aceptó a regañadientes.

La salida de compras no empezó bien. A Steph se le encogió el corazón cuando la limusina se detuvo delante de una exclusiva tienda de alta costura, tan distinta a las cadenas en las que ella solía comprar.

Pisó el abrasador pavimento de Atenas, diciéndose que no debía sentirse intimidada, pero toda una vida aprovechando ropa de segunda mano y siendo el hazmerreír de sus compañeras de colegio, no se olvidaba de un día para otro.

–Disculpa, Stephanie, tengo que contestar esta llamada –dijo Damen, mirando su teléfono–. Empieza tú.

Ahora entro.

Steph alzó la barbilla, consciente de que su vestido de algodón rosa y las sandalias planas estaban fuera de lugar, pero se recordó que hacía mucho tiempo que había tomado la decisión de no permitir que nadie le hiciera sentir incómoda por su limitado poder adquisitivo.

Aun así, nada más entrar en la atmósfera lujosa del local se le desplomó el corazón. Incluso el aire olía a dinero.

Dos dependientas elegantes se volvieron con una sonrisa en los labios que se borró en cuanto la observaron. El «kalimera» de Steph fue recibido con una inclinación de cabeza de la mayor y una mirada de indiferencia de la más joven.

Se aproximó a un perchero en un rincón, pero, antes de que lo alcanzara, la dependienta mayor se adelantó y se plantó entre ella y las prendas.

–¿Puedo ayudarla? –preguntó en inglés, asumiendo que era extranjera.

Steph se dijo que no debía ser susceptible y que se imaginaba el aire despectivo de la mujer.

–Gracias, quiero un vestido, pero prefiero mirar primero.

La mujer se echó a un lado, pero permaneció pegada a Steph mientras esta deslizaba las perchas.

Eso fue solo el comienzo. Cada vez que daba un paso, una de las dependientas la seguía. Cuando se detuvo cerca de unos bolsos con un logo muy famoso, la más joven le bloqueó el paso deliberadamente.

Steph abrió los ojos desmesuradamente: creían que iba a robar. Le ardieron las mejillas y se debatió entre la vergüenza y la indignación. Venció la indignación. Abrió la boca, pero una voz grave le hizo volverse:

–¿Stephanie? ¿Va todo bien?

Damen estaba en el umbral de la puerta. Su silueta recortada contra la luz exterior, pero su rostro quedaba lo bastante iluminado como para que fuera evidente que estaba contrariado.

–¿Qué está pasando? –preguntó.

Steph vio que las dos dependientas se erguían ante una mirada que podría haberlas congelado.

–No pasa nada –dijo Steph, alzando la voz. No tenía la menor intención de comprar en aquella tienda–.

No veo nada que me guste.

Damen cruzó el local, desviando la mirada de las mujeres hacia ella, y Steph sintió un calor interior. Él entrelazó sus dedos con los de ella, en un gesto íntimo que hizo que un hormigueo le recorriera todo el cuerpo.

–¿Estás segura? Si quieres algo... –Damen indicó los bolsos con un ademán.

La dependienta joven se echó de inmediato a un lado con una sonrisa radiante.

–Se trata de una colección muy exclusiva –dijo precipitadamente–. Estoy segura de que la señora...

Steph la interrumpió, odiando su hipocresía.

–No, gracias. No son mi estilo.

Damen alternó la mirada entre ella, las dos mujeres y los bolsos, y comentó:

–Tienes razón; son demasiado vulgares. Tú no necesitas el nombre de una marca en el bolso para llamar la atención, agapi mou.

Steph tuvo que tragar para no reírse al ver la expresión de las dos mujeres. Pero Damen tenía razón: por muy exclusivos que fueran, los bolsos eran un anuncio para la marca que los diseñaba.

Damen la llevó a exterior, manteniendo la voz elevada al decir que irían a otra tienda con una selección mejor.

–No hace falta que me aprietes tanto –murmuró Steph cuando caminaban por la calle. –Perdona –Damen relajó la fuerza con la que la llevaba del brazo–. Esas dos...

–Olvídalas. No vale la pena pensar en ellas. Estaba a punto de irme cuando has entrado. No había nada que me gustara.

Aun así, tenía que admitir que, a pesar de que no sintiera la necesidad de que la rescatara, la actitud protectora de Damen la había conmovido.

Afortunadamente, en la siguiente boutique a la que entraron, de una decoración minimalista y tan exclusiva como la anterior, la recibió una mujer con una sonrisa genuina. Además, aparte de los vestidos en tonos pálidos que habían dominado en la tienda anterior, había también una selección de colores más vivos.

Steph se acercó a ellos y acarició un vestido de seda turquesa.

–¿Qué te parece este? –Damen le mostró uno en una elegante gama de marrones.

La negativa de Steph fue simultánea a la de la dependienta, que comentó que no era el color apropiado para ella.

Damen reprimió una sonrisa de satisfacción cuando vio que el semblante de Stephanie se iluminó ante la sugerencia de que debía usar colores animados. Pronto las dos mujeres asentían, coincidiendo en los cortes y los colores más favorecedores, al tiempo que recorrían los percheros.

Tal y como él había supuesto, Stephanie parecía haber superado su incomodidad ante la idea de que le comprara un vestuario nuevo. Aun así, seguía sintiendo curiosidad por la discusión en el yate. Había intuido que las protestas de Steph respecto a ir de compras no eran fingidas, sino que verdaderamente parecía haberse sentido herida en su orgullo.

Se sentó en un sillón y miró los mensajes de su teléfono, pero no llegó a leerlos porque estaba concentrado en Stephanie.

Cuando había visto su expresión de desmayo al entrar en la primera tienda, le había hervido la sangre y habría querido destrozar a la mujer que le había hecho sentir así, al mismo tiempo que había tenido el impulso de ir a abrazar y reconfortar a Stephanie.



Pero la rigidez de su semblante le había recordado a la que había visto en Melbourne después de que se besaran, como si se hubiera sentido traicionada por él, como si la hubiera herido.

Y Damen sentía que había vuelto a hacerlo. ¿Por qué? ¿Porque le había pagado para que interpretara un papel o porque la había dejado sola con aquellas dos brujas esnobs?

Stephanie no necesitaba nadie que la defendiera. Damen recordaba que Emma había dicho que su amiga era fuerte e independiente, que, de niñas, siempre había sido su protectora.

Aun así, Damen no tenía la conciencia tranquila. Se sentía... culpable.

Fuera o no su responsabilidad, no quería volver a verla angustiada. Podía enfrentarse a ella arisca, casi le divertía; pero aquel gesto congelado de profundo dolor le atravesaba el pecho.

Un movimiento en la parte trasera de la tienda lo sacó de aquellos perturbadores pensamientos. La dependienta salió del probador con expresión satisfecha, seguida de...

Damen tomó aire para contener el peculiar sobresalto que le aceleró el pulso. Stephanie llevaba un vestido destinado a la seducción.

Él había tenido su cuota de mujeres seductoras como amantes. Sin embargo, ver a Stephanie con aquella prenda lo dejó sin respiración. Se trataba de un vestido de seda de un rosa intenso con escote halter y una abertura en el centro que dejaba atisbar su escote. La tela se ajustaba la cintura y luego caían en amplios pliegues hasta los pies, que realzaban unas sandalias de tacón alto.

Estaba espectacular, sofisticada y sexy. Pero el ángulo que describía su barbilla, que Damen empezaba a conocer bien, indicaba que estaba enfadada o indecisa.

Se puso en pie y el teléfono se le cayó al suelo.

—¿No te gusta? —preguntó.

Steph giró sobre sí misma dando un gran suspiro que alzó sus senos y Damen sintió algo removerse en su interior. La miró a los ojos y le pareció preocupada.

Ella se mordió el labio. Era absurdo, excepto por los hombros y los brazos, estaba cubierta de pies a cabeza y, sin embargo, Damen la encontró más sensual que si hubiera estado en bikini.

–No estoy segura –Steph se miró en el espejo, indecisa.

–Parece hecho para usted –dijo la dependienta–. El color es perfecto.

Damen carraspeó.

–A mí me gusta –de hecho, demasiado, se dijo–: ¿A ti no?

–No sé. Es precioso pero... –dijo ella dubitativa–, pero creo que es para alguien más... Damen no estaba acostumbrado a verla tan titubeante.

–¿Más qué? –preguntó con voz ronca–: Estás elegante y sexy a un tiempo.

–¿De verdad? –preguntó ella, abriendo los ojos como platos.

Tras mirar a Damen, la dependienta los dejó solos.

Él miró a Stephanie a través del espejo. Un par de horas antes, estaba enfadado con ella porque parecía querer sacarle todo el dinero posible. ¿Dónde había quedado ese enfado? Stephanie no se había hecho la víctima, en todo caso, había quitado importancia a lo sucedido en la primera boutique. Sin embargo, su nerviosismo le hacía dudar.

¿Era posible que Stephanie se sintiera insegura con aquel vestido? Le parecía inconcebible. Fue hacia ella

–¿Qué sucede? ¿Es incómodo?

Ella negó con la cabeza.

–¡Qué va! ¡Es una delicia!

Damen se aproximó aún más.

–Entonces nos lo llevamos.

–¿No es demasiado...? –Stephanie hizo un gesto vago.

De hecho, Damen lo encontraba demasiado sexy. No quería que otros hombres la vieran tan guapa. Pero se limitó a preguntar:

–¿Demasiado qué?

–Nunca he llevado una prenda de alta costura. Se necesita cierto estilo para lucirla, cierta sofisticación y... –Stephanie se encogió de hombros–. Temo que, como no es mi caso, parezca que estoy jugando a disfraces.

Damen sintió una presión en el pecho. ¿Era posible que Stephanie, siempre tan segura de sí misma, se sintiera vulnerable?

–Lo que pareces, Stephanie, es una mujer atractiva y deseable. Pero también estás espectacular en vaqueros y camiseta.

Steph lo miró entonces fijamente antes de dedicarle una espléndida sonrisa.

–Me habías hecho pensar que no estaba a la altura, señor Nicolaides.

Damen sacudió la cabeza, aturdido por el impacto que aquella sonrisa tenía en él y por cuánto habría deseado que esa fuera la forma habitual en la que lo mirara.

–Yo no he dicho eso. Solo quería que tuvieses la ropa adecuada a la ocasión.

Ella ladeó la cabeza como si intentara leer entre líneas. Finalmente asintió y desapareció de su rostro la calidez para ser sustituida por un gesto práctico.

–Muy bien. ¿Cuántos conjuntos necesito?

Steph se alegró de que Damen hubiera insistido en que necesitaba un vestuario nuevo por más que odiara que tuviera que comprárselo él. Había algo perturbador en ello, como si junto con la ropa, estuviera comprándola a ella.

Pero en aquel momento, mientras se refrescaba en el servicio, era consciente de hasta qué punto había estado en lo cierto. Entre aquella gente tan bien vestida, estaba mucho más cómoda con lo que consideraba su «camuflaje».

Al menos, no parecía una pordiosera.

Se lavó las manos recordándose que Damen le pagaba por interpretar un papel, no la compraba a ella, aunque en algunas ocasiones, como en aquella situación, en una fiesta en la espectacular casa de uno de sus amigos, tuviera la sensación contraria.

Damen cumplió su palabra y no la besaba, pero cada mirada, cada roce, incluso la inflexión de su voz cuando le hablaba en público, indicaba que eran amantes.

Y lo hacía tan bien que Steph tenía que recordarse en ocasiones que solo era una interpretación.

La primera noche, en la inauguración del ala nueva de un museo, la había desconcertado la actitud íntima de Damen, y había tenido que esforzarse para reaccionar apropiadamente.

Pero lo que la preocupaba en aquel instante, transcurrida una semana, era lo fácil que se había habituado a ello.

Se concentró en pintarse los labios. Damen estaba cumpliendo su parte del acuerdo y ella disfrutaba visitando Atenas a diario. Pero cuanto más tiempo pasaba con él, menos motivos le daba para seguir enfadada. El día anterior incluso había vuelto pronto a casa para llevarla a ver el atardecer en Cape Sounion. Y aunque sabía que lo había hecho para que los vieran en público, le había conmovido que recordara que ella había comentado cuánto le gustaría ir a aquel templo.

Pasaban las tardes juntos y Damen no solo era atento y considerado, sino que desplegaba un humor ácido que le encantaba. Era el tipo de hombre hacia el que podía sentirse atraída.

Por eso se decía que era demasiado buen actor, recordándose que ya antes había fingido estar interesado en ella cuando solo quería obtener información.

Retrocedió para mirarse de cuerpo entero. Llevaba el vestido que habían comprado el primer día. La seda se pegaba a sus senos y sus caderas y se deslizaba por sus piernas como una caricia.

Por un instante había vuelto a ser la niña acomplejada que tanto había luchado por dejar atrás. Con esfuerzo y determinación, había enterrado sus temores de no dar la talla y había llegado a creer que podía construir su propio futuro y ser la mujer que se propusiera.

Pero al probarse un vestido solo apto para ricos, se había sentido desplazada. Había dudado no ya de su capacidad para participar en aquella farsa, sino de sí misma. Hasta que la mirada y las palabras de Damen le habían devuelto la calma.

Y aunque se decía que no necesitaba la aprobación de un hombre para sentirse bien, ni la de nadie que juzgara por las apariencias, la mirada de deseo y aprobación de Damen había hecho maravillas para su ego.

Esa debía de ser la razón de que le gustara tanto que la mirara así, no porque quisiera gustarle.

Se cuadró de hombros y volvió al salón donde se reunían los invitados, charlando y riendo. En una sala contigua, bailaban algunas parejas. Las joyas centelleaban y el aire estaba impregnado de perfumes caros.

El anfitrión la vio y dijo:

–¿Estás buscando a Damen? Está en la terraza –sonrió–. A no ser que quieras bailar.

–Gracias, pero no –Steph suavizó la negativa con una sonrisa.

La idea de bailar sobre los tacones que llevaba le daba pánico. Estaba segura de que se rompería un tobillo.

Se abrió paso entre la gente hacia las puertas de cristal que se abrían a la terraza y a los jardines. Encontró a Damen al instante, y aunque se dijo que era por su altura, sabía que los dos tenían la asombrosa capacidad de localizarse donde quiera que estuvieran. En más de una ocasión había alzado la mirada y lo había descubierto mirándola desde el otro extremo de una habitación.

En aquella ocasión, sin embargo, él no la vio. Estaba en el extremo contrario y escuchaba atentamente a su acompañante. Steph fue hacia él, pero se detuvo. Aunque no se tocaban, había algo en su lenguaje corporal que indicaba una intimidad compartida.

Aun en la penumbra, podía intuir que la mujer era extremadamente bella. Alta y delgada, de una elegancia natural, llevaba el cabello rubio recogido en un moño y un vestido que dejaba a la vista unas piernas interminables. Mirándola, Steph se sintió de pronto inadecuada y le irritó no haberse cortado su indómito cabello, tal y como había planeado hacer, porque Damen le había dicho que le gustaba así.

Reaccionando, se recordó que aquello no era una competición y que Damen se limitaba a hablar con una mujer... aunque parecieran estar compartiendo secretos. ¿Sería la mujer por la que Damen se había tomado tanto trabajo? ¿La mujer que, según él, no era su amante?

Con un regusto amargo en la boca, siguió hacia adelante. Damen giró la cabeza y clavó los ojos en ella, y Steph se irritó consigo misma por cómo le afectaba aquella mirada. Ningún otro hombre le había hecho sentirse nunca tan femenina ni ser tan consciente de su cuerpo. Le avergonzaba ser tan débil en torno a él.

Cuando llegó hasta ellos, no fue Damen sino la mujer quien la saludó con una espléndida sonrisa. –¡Steph, cómo me alegro de volver a verte!

Steph inhaló la esencia a canela y rosas del cabello de la mujer cuando esta la besó.

–¿Clio? –dijo, parpadeando.

Se habían conocido la semana anterior en Corfú. Clio era amiga de Emma y de Christo, y le había caído maravillosamente.

El corazón se le desplomó.

Se había dicho que le daba lo mismo quién fuera la mujer a la que Damen intentaba proteger tan vehementemente, pero estaba equivocado.

Clio no era solo preciosa y sofisticada. Por Emma sabía que era buena, inteligente y amable; el tipo de mujer con la que un hombre querría pasar su vida.

Y aunque Damen no quisiera casarse por el momento, Clio era la mujer que encajaría en su mundo y lo haría feliz. Era perfecta para él.

Lo que Steph no comprendía era por qué sentía un dolor tan profundo en el pecho que prácticamente no podía respirar.

## *Capítulo 6*

**D**AMEN podía sentir la tensión irradiar de Stephanie en el camino a casa. Siempre podía interpretar su estado de ánimo, y estaba así desde el encuentro con Clio.

Suspiró desanimado. Con lo bien que habían ido las cosas hasta entonces...

De hecho, Stephanie se había relajado, había depuesto su actitud beligerante y resultaba sencillo interpretar el papel de enamorados con ella.

El único problema era la frustración que él sentía por no poder besar aquella tentadora boca y deleitarse con su sabor. Pero había prometido no besarla... hasta que ella se lo pidiera.

Y viendo el gesto crispado con el que entró en el apartamento, aquel no iba a ser el día que lo hiciera.

Aun antes de que se cerrara la puerta, Stephanie se volvió y preguntó como si disparara:

–¿Es Clio?

Damen fue hacia el salón y preguntó a su vez:

–¿Quieres beber algo?

Se sirvió un ouzo sin diluirlo con agua. Necesitaba el anisado alcohol para contener el impulso de hacer algo irreparable.

–Quiero una respuesta.

Stephanie se cruzó de brazos, airada. A la luz de la lámpara, la seda era como una llama lamiendo su cuerpo convirtiéndola en una amazona feroz y sexy. Damen bebió la copa de un trago, pero el fuego que le recorrió la garganta no hizo nada por saciar la sed de su cuerpo.

–¿Qué has preguntado?

Ella enarcó las cejas.

–¿Es Clio la amante a la que estás protegiendo?

–No necesitas saber quién es. Es irrelevante.

Los rizos negros del cabello de Stephanie se removieron cuando sacudió la cabeza con un rictus.

–No quiero formar parte de un plan que la hiera. Clio me cae bien.

–Te he dicho que nadie sale perjudicado –dijo Damen con creciente impaciencia.

Ella volvió a sacudir a cabeza.

–¿No entiendes que no puedo creerte? Eres un mentiroso –la acusación enfureció a Damen, pero Steph no se arredró–: ¡No me mires así! Sabes que es verdad. Uno no se hace millonario siendo amable. Habrá que ver qué sórdidos acuerdos has tenido que alcanzar para hacerte rico.

Damen la miró perplejo. ¿De dónde salía ese ataque? ¿Qué tenía Stephanie contra los hombres de negocio exitosos?

–Me sacaste de Melbourne para averiguar dónde estaba Emma... – Para que me dijeras la verdad.

–Y cuando vuelvo a verte me ofreces dinero para mentir a tus amigos y a tu familia, a todo el mundo – Stephanie tomó aire–. ¿Cómo voy a creerte? Necesito saber qué está pasando. Llevo toda la semana preguntándome si cada mujer que conozco es «ella». No quiero participar en un plan para engañar a ninguna mujer. No debía de haber accedido a hacerlo.

La respuesta indignada de Damen se ahogó en su boca. La desazón de Stephanie era tan sincera, que una sospecha se revolvió en su mente.

–¿Es que alguien te ha engañado a ti y te ha hecho daño?

Stephanie alzó la barbilla y se irguió. Pero la verdad estaba en sus ojos, y Damen sintió que le costaba respirar al pensar en el hombre que le había provocado aquella mirada de dolor.

Entonces supo también que Stephanie tenía derecho a saber más, especialmente teniendo en cuenta que estaban a punto de ir a visitar a la familia de Clio.

No podía permitir que Stephanie lo considerara un hombre sin principios y, por otro lado, quería averiguar quién la había herido.

Respiró profundamente.

–Siéntate, Stephanie.



Ella se acomodó en un sofá. No comprendía por qué ver a Clio y a Damen juntos la había desequilibrado hasta tal punto. Lo cierto era que la posibilidad de que hubieran estado o estuvieran todavía juntos, lo cambiaba todo.

–¿Es Clio? –insistió.

Damen se sentó frente a ella y, apoyando los codos en las rodillas, se inclinó hacia adelante. Tras observarla con gesto enigmático, asintió con la cabeza. Steph sintió que se le desplomaba el corazón.

–No me mires así –dijo él–. No es lo que piensas. Clio no ha sido jamás mi amante. Es como una hermana, de hecho, me siento más cerca de ella que de mis propias hermanas.

–¿Tienes hermanas?

Steph no se había molestado en buscar información en internet porque había preferido saber lo menos posible sobre él.

–Dos. Las dos viven en Estados Unidos –hizo una pausa–. Pero mi madre está en Grecia. La conocerás en la boda.

–¿Y tu padre?

Damen frunció el ceño.

–Murió hace mucho tiempo.

–Lo siento –replicó Steph automáticamente. Por el semblante de Damen dedujo que la pérdida de su padre todavía le causaba dolor.

–Clio y yo somos parientes. Su padre es primo de mi madre. Manos es un hombre decente. Incluso fue mi mentor cuando yo ocupé el puesto de mi padre.

Steph vio que le temblaba un nervio, como si el recuerdo de aquel periodo lo perturbara.

–Quizá eso ha creado en él expectativas injustificadas, y es muy obstinado. Una vez se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo quite

Steph pensó que en eso se parecía a él, pero se guardó el comentario.

–Ahora ha decidido que Clio y yo deberíamos casarnos. Es muy tradicional y Clio es la mayor, sin embargo, quien se casa este fin de semana, es su hermana pequeña. Manos quiere que Clio se case lo antes posible. Además –Damen alzó las manos en gesto de resignación–, estrechar el vínculo con los Nicolaidés, beneficiaría a su familia. Y cree que me ha llegado la edad de encontrar esposa.

Steph sintió una presión en el pecho que se dijo que no tenía nada que ver con la idea de que Damen encontrara esposa.

–Eso no explica por qué cree que Clio y tú deberíais casaros.

Damen hizo girar los hombros para librarse de tensión.

–Clio y yo tenemos un acuerdo informal.

A Steph se le hizo un nudo en la boca del estómago al imaginar en qué consistía ese arreglo y se echó hacia atrás.

–No es ese tipo de arreglo –dijo Damen.

–No tienes ni idea de en qué estoy pensando.

–Cuando estás enfadada u ofendida frunces los labios y dilatas la nariz. A pesar de lo que te he dicho, de que has visto que Clio te ha recibido sin un ápice de celos, has decidido creer que tenemos una aventura. Te equivocas.

Damen le retó con la mirada a que lo contradijera, pero Steph guardó silencio, alarmada por la facilidad con la que leía su mente.

–Clio ha abierto un estudio de decoración de interiores. Acompañarme le da acceso a numerosos clientes potenciales. Además, nos llevamos bien y yo puedo reír y relajarme con ella.

¿Y no con otras mujeres? Por primera vez Steph se preguntó si ser rico dificultaba tener relaciones sinceras. Era una desventaja de ser rico que nunca se había planteado.

–¿Clio sabe que solo soy una novia de pacotilla?

–No se lo he dicho y no me lo ha preguntado. Pero puesto que hace una semana me suplicó que la librara de su padre, supongo que lo ha adivinado. Tú eres el medio para ayudarla –Damen hizo una pausa–. Puedo darte su teléfono si quieres, aunque dudo que le apetezca hablar de sus problemas familiares con alguien a quien apenas conoce.

Steph tragó saliva. Aunque pareciera improbable, lo cierto era que sonaba... plausible. –Entiendo...

A Damen no le preocupaba que hablara con Clio y esta no parecía haberse alterado lo más mínimo al verlos juntos. Tenían que tener una relación de amistad muy profunda.

–¿Pero no tienes reparo en mentir a todos los demás, incluida tu madre?

Damen la miró con gesto altivo.

–No voy a mentir a mi madre. No quiero que piense que voy a casarme cuando no tengo la menor intención de hacerlo. Le diré lo que precise saber.

Steph se debatió entre la curiosidad por saber por qué Damen estaba en contra del matrimonio y la humillación de que su familia la considerara alguien prescindible. Sabrían que no era más que una actriz, alguien que no merecería ser tenida en cuenta.

Pero le habían pagado bien para hacer ese papel. No podía darse el lujo de sentirse ofendida o avergonzada.

–¿Satisfecha? –preguntó Damen con una sensual media sonrisa.

Steph asintió con desgana.

–Muy bien –continuó Damen–. Ahora dime por qué estás decidida a pensar tan mal de mí. Reconozco que en Melbourne empezamos mal. Pero hay algo más. Eres muy desconfiada.

Steph sostuvo la penetrante mirada de Damen preguntándose hasta dónde llegaba su intuición. La mayoría de la gente la consideraba alegre y despreocupada. Casi nadie percibía su desconfianza, especialmente hacia los hombres.

–¿Es por culpa de un hombre?

Steph no pudo contener un estremecimiento, pero lo disimuló con un encogimiento de hombros.

–Que cuestione tus intenciones no significa que no confíe en la gente –al ver que Damen enarcaba las cejas, Steph añadió–: En cualquier caso, no es asunto tuyo.

–Así que se trata de un hombre. ¿Qué pasó? ¿Te dejó por otra o estaba casado y no lo sabías?

Steph se tensó. ¡Típico de un hombre pensar que la traición tenía que ser sexual! ¿Qué pensaría Damen si supiera que nunca había tenido relaciones, que no había tenido ni la tentación ni el tiempo de salir con nadie porque dedicaba su tiempo a trabajar para poder ser independiente?

–Te equivocas.

–¿Ah, sí?

Damen se inclinó de nuevo hacia adelante y Steph tuvo la absurda sensación de que podía leer en la profundidad de su alma.

–Digamos que he conocido unas cuantas personas sin escrúpulos, dispuestas a cualquier cosa por medrar.

Damen se tomó él comentario como un insulto y su expresión se ensombreció. Steph estuvo a punto de decirle que no se refería a él, pero supo que eso conduciría a más preguntas y no quería dar lugar a más especulaciones.

Ya había vivido demasiadas emociones por un día. Que creyera la explicación de Damen sobre Clio no simplificaba la situación. Cada hora que pasaban juntos le parecía más peligrosa.

Se puso en pie.

–Estoy cansada. Hasta mañana.

Damen se levantó a su vez y dio un paso hacia ella. Una vez más, Steph sintió un instantáneo hormigueo y, horrorizada, notó que se le endurecían los pezones.

Aunque Damen la miraba a los ojos, tuvo la sensación de que también él lo notaba. Su mirada se deslizó hacia sus labios como una caricia. Llevaba toda la noche mirándole la boca de una manera que la hacía estremecer de anhelo.

Retrocedió abruptamente y se giró hacia la puerta con el corazón desbocado.

–Buenas noches, Damen.

¿La detendría? ¿Olvidaría el contrato y la besaría?

Ella lo deseaba con un poder de autodestrucción que la asustaba. Contuvo el aliento.

Pero Damen no se movió. Y ella estaba ya en el pasillo cuando le oyó decir:

–No olvides que mañana salimos temprano.

–Lo sé.

¡Cómo iba a olvidarlo! Llevaban diez días comportándose como amantes y estaban a punto de ir a una boda en la que tenían que interpretar el papel a la perfección. Lo peor de todo era que cada vez deseaba más que no fuera solo una ficción.

Ya no odiaba a Damen ni podía usar su rabia para defenderse de él. Aquella noche él le había hecho confidencias que dudaba que compartiera a menudo. Además, lo había hecho porque había puesto las necesidades de

ella por delante de su propio deseo de intimidad. Y eso significaba mucho y cambiaba la dinámica de su relación.

Lo preocupante era que la atracción que sentía por él, lejos de disminuir, aumentaba cuanto más lo conocía.

–Estás de broma, ¿no? la idea era venir en el yate para poder retirarnos a él discretamente.

Habían llegado al final del sendero y Steph se volvió hacia Damen con ojos centelleantes.

Damen sabía que debía concentrarse en la amistosa pero suspicaz bienvenida de Manos, o en cómo su madre, aun sabiendo la verdad, los había mirado con aprobación durante la fiesta familiar, como si pensara que hacían buena pareja; incluso en resolver el misterio de quién había herido a Stephanie tan profundamente. Pero en lo único en lo que conseguía pensar era en su cabello, que la brisa alborotaba, y en su cuerpo, al que se le pegaba el vestido. Sus dedos ansiaban tocar aquella piel bronceada y, tal y como recordaba, suave como la seda...

–Damen, ¿estás escuchándome?

–Sí.

Y mirándola y oliéndola, porque junto con la brisa marina le llegaba su fragancia a vainilla.

Metió las manos en los bolsillos y miró la casa de invitados que había a la espalda de Stephanie.

Separada de la mansión principal, estaba situada sobre un acantilado que coronaba una playa.

–Seguro que es muy cómoda. Clio la ha redecorado.

–No me preocupa la comodidad, sino el tamaño. Parece pequeña.

Y lo era. Se trataba de una cabaña tradicional de las islas Cícladas, blanca, con puertas y contraventanas azules, una terraza y geranios rosas a la entrada. Encantadora y... muy pequeña.

–Manos ha sido muy generoso ofreciéndonosla –comentó Damen–. No podía rechazarla. –Claro que podías. ¡Eres Damen Nicolaides, el magnate de los negocios! Damen rio.

–No se trata de negocios, sino de familia y, por tanto, es mucho más complicado.

Pensó en el comportamiento jactancioso de Manos como anfitrión durante la fiesta prenupcial que había celebrado para la familia extendida; en Clio y su actitud tensa, y en el rostro apagado de la madre de esta. La única que parecía contenta era Cassie.

Rechazando la invitación de Manos lo habría insultado. Manos había sido su mentor cuando había heredado inesperadamente la naviera. Durante ese tiempo, él y su familia habían sido su principal apoyo. Durante los últimos años, su compañía había ido peor que la de Damen, y que un pariente más joven y más rico, el joven al que había ayudado en un momento de crisis, rechazara su invitación habría...

Además, sospechaba que Clio había sugerido la idea para convencer a su padre de que la relación entre Damen y Stephanie iba en serio. Y no podía negarse que aquella casita estaba hecha para la intimidad.

Stephanie estaba esperando una explicación.

–Yo también preferiría alojarme en el yate, pero no puedo insultar a Manos rechazando su hospitalidad, –¿Porque heriría su orgullo?

–Algo así –Damen se adelantó hacia la puerta y la abrió–. Veámosla.

Era peor de lo que esperaba. O mejor, según el punto de vista.

El suelo de madera se extendía hasta una pared de cristal que enmarcaba cielo y mar. Un techo alto y el espacio diáfano, decorado con mobiliario sencillo pero lujoso, incrementaba la sensación de amplitud.

La zona de estar coincidía con la parte curva del acantilado; en una alcoba semicircular había una enorme bañera para dos, con una plataforma contigua con un mueble con toallas. En el extremo contrario, también con vistas panorámicas, había una gran cama en tonos turquesa y azul.

Damen oyó que Stephanie ahogaba una exclamación mientras exploraba el espacio. Abrió una puerta, pero solo encontró un vestidor; y tras otra, un servicio con dos lavabos.

–¡La bañera está a la vista!

Damen sonrió para sí.

–Los espacios abiertos están de moda.

–Y la ausencia de intimidad también –Stephanie palpó los sofás–. Ninguno se convierte en cama.

Damen vio que estaba sinceramente agobiada.

–No te preocupes. Solo son dos noches.

Ella se volvió con los brazos en jarras

–No tiene gracia. ¡No pienso compartir la cama contigo!

–Claro que no –dijo Damen, alzando las manos. No podía admitir que era lo primero en lo que había pensado al ver aquella enorme cama: Stephanie en sus brazos, sonriendo, anhelante.

Reprimió un golpe de deseo y mantuvo el semblante impassible.

–Esto no es una trampa.

Stephanie le sostuvo la mirada unos segundos antes de asentir y darle la espalda. Damen se sorprendió de hasta qué punto se alegraba de que lo creyera. En Atenas le había preocupado la profunda desconfianza que sentía por lo general.

En cuanto a compartir la cama... Haría lo que fuera para conseguirlo, pero sin recurrir a ninguna estratagema.

–Puedo dormir yo en el sofá –ofreció ella.

¿Qué clase de hombre creía que era?

–Tú te quedas la cama. Yo, el sofá –al ver que iba a replicar, Damen continuó–: No admito discusión. Stephanie finalmente asintió y se volvió hacia la cama

–Han traído nuestras maletas del yate. Será mejor que nos arreglemos para la cena.

Damen vio que miraba la bañera con melancolía.

Había actuado maravillosamente todo el día, esquivando las preguntas de su familia, actuando como su devota novia, atenta pero no dependiente. Había superado la prueba de conocer a su madre y a docenas de familiares llenos de curiosidad porque era la primera vez que él acudía con una mujer a una reunión de familia.

Pero mientras que él se había relajado con el transcurso del día, ella se había ido tensando.

–¿Por qué no te das un baño? Hay tiempo y yo tengo que hacer unas llamadas. Iré a la playa.

–Eso sería magnífico –contestó ella con una sonrisa tímida pero sincera que le hizo sentirse victorioso.

Stephanie abrió la maleta y sacó algo de espaldas a Damen, pero este logró atisbar de qué se trataba: un sujetador negro de encaje casi transparente, seguido de unas bragas a juego, que le hicieron imaginársela

posando para él tal y como había hecho en la boutique. La imagen hizo que lo invadiera un instantáneo calor y un dolor en el pecho. De pronto no le resultó tan divertido el enfado de Stephanie por alojarse en la casita, y se dio cuenta de que también él habría agradecido que hubiera alguna barrera de separación entre ellos.

Compartir aquel espacio iba a ser una tortura, porque por más que quisiera seducir a Stephanie, no pensaba aprovecharse de una situación que la inquietaba.

Tenía por delante una noche larga y frustrante.



## *Capítulo 7*

**L**LA MÚSICA cesó, pero el corazón de Steph continuó palpitando a un ritmo acelerado. La composición tradicional había comenzado con lentitud y había ido acelerándose mientras las mujeres bailaban, entrelazando sus manos con la novia.

Desde la mesa, había seguido con fascinación lo que parecía simultáneamente un baile sencillo y complicado. Mujeres de todas las edades iban sumándose a la fila. Y, de repente, sin darle tiempo a reaccionar, Clio la había levantado de su silla y le había hecho unirse al grupo. Tras un momento inicial de torpeza, había encontrado el ritmo y a partir de ese instante había disfrutado tanto que habría podido seguir indefinidamente.

Apenas se había fijado en los hombres que ocupaban las mesas. No era un baile para atraerlos, sino para celebrar con la novia y la amistad entre las mujeres, que hicieron a Steph sentirse bienvenida.

Solo algunas de ellas la habían mirado con recelo a su llegada, pero Steph ya se había acostumbrado a recibir ese tipo de miradas en Atenas. Era lo que conllevaba ser la «mujer» de Damen.

Saber que eso era lo que pensaban le pesaba en el corazón, como lo había hecho la ansiedad que le había impedido dormir la noche anterior.

En algún momento debió descansar algo, porque se despertó con los ojos arenosos y sola. Luego supo que Damen había ido a nadar. Pero había pasado horas en vela pensando en él y en lo cerca que estaba, anhelando estar en sus brazos.

El continuo flirteo, las leves caricias y miradas incendiarias estaban erosionando su resistencia. La razón le decía que solo era una actuación, pero algo más profundo le susurraba que la electricidad que había entre ellos no era ninguna ficción.

Pero no tenía bastante experiencia como para estar segura. Aun así, tenía que aceptar la verdad: deseaba a Damen. Y si la atracción era mutua...

Suspiró profundamente y miró alrededor, buscándolo con la mirada. Al ver que estaba concentrado en una conversación con varios hombres, se sintió desilusionada. ¿Qué había esperado, que observara fascinado cómo se hacía con los pasos de un baile tradicional griego?

Damen había pasado la tarde a su lado. Su aliento le había acariciado la mejilla en la iglesia, mientras le susurraba explicaciones sobre la ceremonia. Había dedicado el día a interpretar el papel de amante devoto para dejar claro a Manos que era su nueva novia. Era lógico que dejara de prestarle atención en cuanto se le presentaba la oportunidad.

–¿Puedo?

Steph se volvió y encontró unos enormes ojos negros. El hombre le sonreía, pero Steph no sintió la corriente que solía recorrerla con Damen.

Además, había algo de depredador en su mirada. Por la mañana, al verla con su precioso vestido, Damen le había dicho que estaba perfecta, pero no había deslizado su mirada por ella como aquel desconocido.

–¿Quieres bailar? Me llamo Vassili. Ven –le tendió la mano, acentuando la sonrisa–. Divirtámonos.

Steph no recordaba la última vez que se había divertido... Reprimiendo el impulso de mirar a Damen, sonrió y tomó la mano de Vassili.

–Yo soy Steph.

–Lo sé, Stephanie. La mujer más hermosa de todas las presentes.

La sonrisa de Vassili hizo sentir a Steph más ligera que hacía años; y rio al tiempo que él la atraía hacia sí.

Damen miró a Stephanie con ojos entornados mientras bailaba. Aunque la pista se había llenado, podía seguir su vestido turquesa, sus rizos rebotando al ritmo de la música y una maravillosa sonrisa que jamás le había dedicado a él desde lo que había pasado en Melbourne.

Se le secó la garganta. Cuando había vuelto del baño la había encontrado ataviada para la boda con un vestido que dejaba su espalda desnuda. En cuanto la vio, sintió un hormigueo en los dedos con el impulso

de tocarla. Era un vestido diseñado para volver loco a un hombre. Stephanie estaba volviéndolo loco.

Llevaba todo el día en tensión, su cuerpo en permanente alerta mientras interpretaban el papel de pareja enamorada; al explicarle los pasos de la ceremonias, cuando había visto las miradas que le dirigían los curiosos, había llegado un momento en el que había olvidado por qué, deseándola como la deseaba, había convertido en cuestión de honor no seducirla. Y más, puesto que Stephanie lo deseaba a él. Lo sabía por sus suspiros, por el calor en sus ojos cada vez que la tocaba y el pulso alterado que ocasionalmente la delataba.

Damen se reclinó en el respaldo de la silla, escuchando a medias la conversación sobre mercados globales, recuperación económica y deuda nacional. No podía cruzar la pista y reclamar a Stephanie.

Nadie creería que estaba tan loco por ella como para necesitarla a su lado todo el tiempo. Solo conseguiría despertar las sospechas de Manos.

Entonces, se abrió un hueco y pudo verla mejor, sonriendo a su pareja, que se acercó para decirle algo que la hizo reír.

Damen se incorporó y masculló entre dientes. Conocía a aquel tipo, se creía irresistible y procuraba demostrarlo siempre que podía.

–Damen ¿no crees...?

–Disculpa, Manos. Luego seguimos hablando. Stephanie me necesita –dijo, dirigiéndose hacia la pista. Sin dejar de mirarla, se desvió para hacer una petición al DJ. La música animada paró bruscamente, y los bailarines giraron la cabeza hacia la cabina, sorprendidos.

También Stephanie, cuya mirada se cruzó con la de él mientras Damen avanzaba hacia ella, y abrió la boca como si le faltara el aire.

Se oyeron las primeras notas de una balada. Damen llegó a su lado y dijo:

–Este es mi baile.

Por el rabillo del ojo vio que el acompañante de Stephanie hacia ademán de ir a protestar, pero optó por marcharse.

Damen hizo lo que llevaba deseando hacer todo el día. Rodeó la cintura de Stephanie y posó la mano en la piel desnuda de su espalda. La atrajo hasta que sus muslos se rozaron y le tomó la otra mano. Así estaba mucho mejor.

–¿Qué pasa? ¿Crees que Manos no te creerá si pasamos media hora separados? –preguntó ella con una voz ronca que aceleró el pulso de Damen.

–Te estoy rescatando de un playboy que cree que puede seducir a mi mujer.

Bailaron al ritmo de la música lenta, sin moverse a penas del sitio.

–No era necesario, sabes que no me dejaría seducir.

«En eso te equivocas».

Porque ver a Stephanie bailando con otro había removido algo en su interior a lo que no quería poner nombre. Pero era un hombre práctico y había tomado la decisión de que el tiempo de resistirse había pasado. Eso era todo.

La estrechó contra sí y su cuerpo se amoldó al de él a pesar de que abrió los ojos de sorpresa.

Sí. La seduciría aquella noche. Empezando en ese momento.

Steph se sentía flotar mientras recorrían el sendero. La música les llegaba amortiguada. Damen le había dicho que, tras marcharse los novios, no había motivo para quedarse en la fiesta.

A ella le habría gustados seguir bailando bajo las estrellas, en sus brazos, donde por primera vez desde que había comenzado aquella farsa, había tenido la sensación de que no lo era.

Pero no era tan ingenua. Sabía que la atmósfera romántica, un compañero de baile tan guapo como Damen y su actitud posesiva, que en lugar de irritarla la había halagado, habían creado aquel extraño ambiente... Sumado a un intenso deseo reprimido.

Suspiró. En cuanto estuvieran dentro de casa, ocultos a las miradas ajenas, el espejismo se desvanecería.

La luna llena pendía sobre el mar y su luz plateada dotaba la mágica escena de una belleza sobrenatural.

–Gracias por un día precioso –dijo Steph al tiempo que hacía ademán de soltarse de la mano de Damen cuando llegaron al porche.

–Gracias a ti, Stephanie –la voz grave de Damen le acarició la piel–. No había contado con pasarlo tan bien.

Ella se encogió de hombros. Había sido una ceremonia encantadora con gente cordial. Incluso Manos, cuya actitud inicial había sido sombría, se había ido dulcificando con el paso de las horas.

Steph avanzó hacia la puerta, pero Damen le bloqueó el paso.

–¿Damen?

Él le rodeo la cintura con un brazo, sin soltarle la otra mano.

Steph se estremeció y se puso alerta. Una cosa era disfrutar del placer ilícito de estar en sus brazos en público, y otra, cuando estaban solos.

–¿Qué pasa? ¿Hay alguien mirándonos? –preguntó.

Él inclinó la cabeza y por una fracción de segundo, Steph creyó que iba a besarla, pero se limitó a susurrarle al oído:

–No veo a nadie, pero eso no significa que no puedan vernos. Abrázame, Stephanie.

Steph parpadeó, intentando descifrar una nota peculiar en su voz. No se trataba ni de una orden ni de una petición. Había algo de anhelo en aquella voz profunda que...

Apretó los labios. Era su imaginación. Solo un hombre hablando quedamente para que no se le oyera. Tentativamente, pero disfrutando plenamente de la sensación aun sabiendo que no debía, Steph deslizó las manos por el pecho de Damen y se abrazó a su cuello.

Era una sensación deliciosa enredar los dedos en su cabello, aspirar su fragancia mientras se decía que solo era una actuación.

Damen dejó escapar un suspiro tembloroso que encontró eco en ella cuando le acarició con los labios la barbilla y el cuello. No fue propiamente un beso. Solo un roce acompañado de unas palabras musitadas en griego. Pero el sonido abrió un canal de anhelo en Steph, debilitándola.

–Damen, será mejor que entremos –dijo. Ya no podía seguir fingiendo. No cuando se sentía tan...

–Gran idea, kopela mou.

Pero, en lugar de retroceder, Damen la tomó en brazos. El mundo giró a su alrededor. Nadie la había sujetado así. Se abrazó con fuerza a su cuello. Pero no porque temiera caerse, sino por el remolino de excitación y anticipación que la invadió, por más que se dijera que Damen actuaba en beneficio de posibles observadores.

–¿Crees que esto es imprescin...?

–Desde luego –contestó Damen, en un tono tan tenso como ella sentía los nervios.

Damen empujó la puerta y entró mientras a Steph la bombardeaban distintas sensaciones: sus cuerpos en contacto, el corazón de Damen palpitando bajo su cabeza, la proximidad de sus labios... Y, por encima de todo, la sensación entre maravillosa e inquietante de saber que dependía de su fuerza.

Al ver que no la soltaba, dijo:

–¿Damen? Nadie puede vernos. Puedes soltarme.

En lugar de dejarla en el suelo, él la asió con más fuerza.

–Quizá no quiera. Quizá lleve toda la noche queriendo tenerte así.

A Steph se le aceleró el corazón.

–Déjalo ya. Puedes dejar de mentir.

–¿Y si no mintiera? –Damen curvó los labios en una sonrisa que se convirtió en mueca. –¿Qué quieres decir, Damen, que llevas horas queriendo tenerme así?

Era absurdo, pero le pareció intuir un temblor en la voz de Damen, como si quisiera creer que pudiera estar diciendo la verdad.

–Sí. Pero sobre todo, ansío sentir tus labios en los míos, tus besos. Y no solo hoy. Hace semanas que me vuelves loco.

Súbitamente Steph le empujó por los hombros y pataleó para incorporarse, hasta que Damen cedió y la dejó en el suelo. Ella retrocedió para mirarlo a los ojos, y lo que descubrió le golpeó el pecho, porque creyó percibir en ellos el mismo anhelo que ella sentía. Pero eso no era posible.

–Para ya. No tenemos espectadores. No sigas fingiendo.

Damen negó con la cabeza lentamente.

–No finjo. En ese sentido, nunca he fingido contigo, Stephanie.

Ella puso los brazos en jarras.

–Te recuerdo Melbourne, en el coche...

–¿Cuando nos besamos? –Damen sonrió en tensión—. No lo planeé. Pero ¿cómo habría podido evitarlo si estabas tan sexy y tentadora, y llevaba toda la semana intentado mantener las distancias? Besarnos fue como si llegara la primavera tras un largo invierno –Damen sacudió la

cabeza—. No, fue más como si un volcán entrara súbitamente en erupción, como si el fuego de Santorini abrasara la tierra.

La imagen alcanzó aquel lugar de Steph donde escondía sus emociones. Ella había sentido exactamente eso, pero solo ella. Él se había limitado a aprovecharse de su fragilidad.

—¿Qué pasa, Damen? —dijo, adoptando un tono sarcástico—. ¿Te aburres? ¿Te cuesta tanto pasar unas semanas sin una mujer en tu cama que hasta estás dispuesto a que sea yo?

A pesar del dolor que sentía, consiguió mantener el semblante impassible. No podía permitir que Damen supiera cómo se sentía en realidad. Pero si creyó que su acusación lo detendría, se equivocó.

—Lo cierto es que soy muy selectivo respecto a con quién me acuesto. A base de golpes he aprendido a serlo.

¿A base de golpes? Steph se preguntó a qué se refería.

—Entonces ¿qué soy? ¿Un reto? ¿La mujer que se resiste a tus encantos?

Damen se cruzó de brazos y Steph se irritó consigo misma por fijarse en su magnífico torso.

—Un reto, sin duda, Stephanie. Pero ese es otro asunto. Te he deseado desde que te conocí. Si no te seduje aquella noche fue porque tenía la obligación de localizar a Emma. Y después —abrió los brazos—, te había hecho daño y se había pasado la ocasión.

A Steph le sorprendió percibir vergüenza e incluso arrepentimiento en su gesto.

—¿Y crees que ahora las circunstancias son distintas porque me pagas?

—Son muy distintas, pero no por ese motivo. Jamás he pagado ni pagaré a una mujer para atraerla a mi cama. Lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con dinero.

Steph se cruzó de brazos para contener su corazón desbocado.

—Entonces ¿qué ha cambiado?

—Tú —dijo Damen, mirándola fijamente—. Has dejado de mirarme con expresión herida, como si fuera el Lobo Feroz, y me miras como cuando una mujer desea a un hombre.

Steph inhaló bruscamente, perpleja.

–No lo niegas –musitó él con voz acariciadora.

–No necesito negarlo. Me has pagado una fortuna para que finja ser tu amante. Claro que te miro... cariñosamente. Tengo que resultar convincente.

–¿Cariñosamente? –Damen negó de nuevo lentamente con la cabeza. Es más que eso. No eres tan buena actriz.

Steph alzó la barbilla.

–Tienes un ego desmesurado, Damen Nicolaides.

–No es cuestión de ego, Stephanie, sino de admitir la verdad. Te deseo y he dejado de fingir lo contrario.

Tú también me deseas.

–Ni en sueños.

–En mis sueños siempre te muestras anhelante y ansiosa, Stephanie.

Una oleada de calor la recorrió de arriba abajo. ¿Damen soñaba con ella igual que ella lo hacía con él? También había pasado la noche anterior en vela, imaginando que compartían aquella gigantesca cama al borde del acantilado.

–¿No tienes nada que decir, Stephanie?

Intentar refutarlo era demasiado peligroso. Cada palabra se abría paso por el túnel de deseo que intentaba bloquear.

Damen dio un paso adelante y ella alzó la barbilla para sostenerle la mirada.

–No se consigue nada en la vida siendo cauto, Stephanie.

–Pero evitas quemarte.

Steph había decidido no contestarle, pero las palabras escaparon de su boca, revelando aquello que intentaba ocultar: su anhelo, su ardiente deseo, su vulnerabilidad.

Pero en la mirada de Damen no hubo triunfo, sino comprensión.

–A veces, jugar con fuego tiene sus compensaciones –musitó.

Hizo una pausa, observándola. Stephanie casi deseó que la tocara y borrara sus dudas, que derruyera sus defensas. Pero no lo hizo. La miró sin pretender ocultar su deseo, pero como si no fuera a presionarla.

–Si eres lo bastante valiente para asumir riesgos –concluyó.



Steph intentó sentirse indignada, irritarse por que Damen la considerara una cobarde. Pero no funcionó porque la presión no procedía de Damen, sino de sí misma.

Había sido cautelosa toda su vida, trabajando, ahorrando, planeando el futuro. Protegiéndose en lugar de entregarse a las pasiones a las que se aventuraban sus conocidas. No había tenido novios ni amantes. Solo un hombre que la había engañado para ganarse su confianza y robarle todo lo que tenía.

Y Damen, que la perturbaba de tal manera que ya no se reconocía a sí misma.

Había probado a ser juiciosa y no había funcionado.

¿Qué tenía que perder?

Al tiempo que tuvo ese pensamiento, la voz de la razón le enumeraba todos los motivos que le recordaban el peligro que corría. Por una vez, Stephanie la ignoró.

–Quiero una cosa –su voz sonó mate, como si su corazón no latiera violentamente ni le faltara el aire. –¿Algo en lo que te pueda ayudar?

Aunque no se acercó, Steph lo sintió más cerca; el aire se cargó a su alrededor.

Steph descruzó los brazos y los dejó caer.

–Quiero que me beses. En los labios.

## *Capítulo 8*

**D**AMEN inspiró profundamente y al tiempo sintió que se quedaba sin oxígeno.

Llevaba esperando aquel momento días y, sin embargo, al ver el rostro serio de Stephanie alzado y con los labios entreabiertos, en lugar de una sensación de triunfo, sintió algo parecido al temor. Pero no vaciló.

Acercándose hasta pegarse a ella, notar sus pezones hizo que lo atravesara un alambre ardiente desde el pecho hasta la ingle, elevando la temperatura de su cuerpo, enrollándose en su interior.

Posó una mano en la espalda desnuda de Stephanie, sobre su piel de seda mientras hundía la otra en su cabello y la asía por la nuca para inclinarle la cabeza. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Estaba demasiado oscuro como para ver sus pintas doradas, pero no como para percibir su inquietud, como si esperara ser defraudada.

Y decidió tomarse su tiempo, aunque lo que habría querido era besarla hasta hacerle perder el sentido. Presionó los labios contra la comisura de sus labios provocativamente, ella tembló y Damen sintió que algo en él se dulcificaba. Recorrió su mejilla con los labios, dejando un rastro de delicados besos por la línea de la mandíbula hasta la oreja

Sus delgados dedos se cerraron en torno a sus brazos y Damen la oyó suspirar.

Entonces desapareció su paciencia a pesar de decirse que debía ir despacio. Volvió a sus labios y le mordisqueó el labio inferior, luego se lo lamió y creyó probar el paraíso. Iba a volver a los besos en el mentón cuando ella le pasó la lengua entre los labios. Un segundo más tarde le mordisqueó el labio y lo succionó.

Un cúmulo de sensaciones lo recorrieron. Toda idea de una seducción lenta se diluyó y la estrechó con fuerza contra sus músculos de acero. Los juegos de seducción se transformaron en besos ardientes,

lenguas entrelazadas en un anhelante éxtasis. Stephanie se estremeció, aferrándose a sus brazos como si quisiera trepar sobre él, devorarlo. Y aunque Damen la inclinó hacia atrás gracias a su fuerza y su mayor altura, no hubo en ello nada de sometimiento ni sumisión.

Stephanie era todo menos sumisa. No besaba solo con los labios, sino con todo el cuerpo. Se ondulaba contra él en una sinfonía de exquisita feminidad al tiempo que su lengua bailaba en su boca eróticamente.

Pero seguía sin ser suficiente; la estrechó con fuerza contra su sexo endurecido y tomándola por las nalgas la levantó del suelo.

Seguía sin ser bastante, y menos con el sabor a miel de Stephanie en sus labios y su ansioso cuerpo pegado al de él.

Oyó un murmullo sordo y tardó un instante en darse cuenta de que lo había emitido él. Aquel beso era extraordinario. Asumía que le daría placer, que lo excitaría. Incluso había mencionado una erupción volcánica y, sin embargo, hasta que sus labios se juntaron no recordó lo devastadores que eran los besos de Stephanie Logan.

Era algo primario, una reacción química combustible, tan inevitable como que la noche siguiera al día. Damen se entregó completamente, dejando que aquella fuerza lo arrastrara, sabiendo que no tenía sentido intentar resistirse.

Un rato más tarde, no supo cuánto, alzó la cabeza para tomar aire. Sus pulmones sonaban como fuelles y su cerebro solo repetía: «mía, mía, mía».

Parpadeó para centrarse, perplejo ante su falta de control. Miró los ojos que se abrían lentamente para mirarlo, los labios enrojecidos e hinchados, y confirmó con asombro que por primera vez en su vida no tenía el dominio de sí mismo. Y que no le importaba.

Quería más. Lo quería todo. Stephanie lo detuvo posando la mano en su pecho cuando fue a besarla de nuevo.

–Espera. Para.

Damen se detuvo con el pecho agitado.

–¿Sí?

–Esto es peligroso.

Damen reprimió una sonrisa.

–Peligroso, no, agapi mou. Solo un poco temerario.

¿A quién quería engañar? Decir eso era como describir un incendio como solo un poco peligroso. Eran una bomba de relojería.

–No puedo pensar cuando nos besamos –dijo ella, jadeante.

Y Damen habría querido tranquilizarla, decirle que podía confiar en su capacidad de detenerlo a tiempo. Pero habría mentido. Besar a Stephanie era como ir en un tren de alta velocidad del que no quería bajarse.

–Tienes razón –dijo–, cuando nos besamos...

Pero se calló. El hombre del presente había aprendido de sus errores del pasado y no admitía ninguna debilidad. No cedía a una mujer el poder de saber la verdad. Sería fácil retractarse, referirse al acuerdo firmado. No, fácil no, pero mejor que aceptar la verdad.

–¿Cuando nos besamos...? –le instó ella con los ojos muy abiertos.

Damen podía mentir, quitarle importancia y retirarse. Pero ¿volvería a tenerla en sus brazos? La idea de no volver a besarla lo dejaba desolado.

–Cuando nos besamos no quiero parar –dijo con voz ronca–. Te deseo, Stephanie. Quiero verte entregada y salvaje. Quiero venerarte con mi cuerpo hasta oírte gritar de placer. Y quiero hacerte el amor hasta que caigamos extenuados.

Hizo una mueca. ¡Bonita manera de no decirle la verdad, de no cederle el poder!

Steph sintió un estremecimiento irradiar desde su vientre. Damen la observaba con una expresión ardiente, como si librara una batalla interior, como si se debatiera entre pelearse con ella o besarla. Entonces, procesó su comentario y la recorrió un escalofrío de anticipación por las promesas que contenía: «no quiero parar».

Aunque no fuera una experta en Damen, sabía que era muy reservado; sin embargo, ni en ese comentario ni en la forma en que la miraba había en aquel instante la menor ocultación. Como si el beso que se habían dado hubiera dejado desnuda la verdad, su deseo mutuo los igualaba. El propio Damen lo había admitido. No sería apacible, sino salvaje y tórrido. Pero quizá por una vez en la vida debía experimentar algo así, dejarse ir, perderse. La decisión era suya.

Se humedeció los labios y la forma en que Damen siguió el gesto con la mirada le hizo sentir una espiral de calor.

–No tengo experiencia.

Damen echo hacia atrás la cabeza y la miró fijamente.

–¿No tienes experiencia? –repitió.

Steph se dijo que si el hecho de que fuera virgen suponía un problema, él se lo perdía. Alzó la barbilla y desvió la mirada.

–Da lo mismo. Olvídalo –dijo.

Damen le tomó la barbilla para mirarla a los ojos.

–Sí importa, kopela mou –respiró profundamente–. Gracias por decírmelo. Es una... responsabilidad inesperada.

Steph fue a decir que no era una responsabilidad, sino una circunstancia física, pero Damen la enmudeció, cubriendo con sus labios los de ella.

Fue un beso diferente, lento pero igualmente apasionado, cargado de promesas de placer, embriagador. Steph sintió que la sangre se le calentaba y que los huesos se le ablandaban; apoyó su peso en Damen, necesitando su fuerza para sujetarse, y él la estrechó contra sí.

Cuando alzó la cabeza, jadeante, la miró fijamente y Steph sintió que podía ver en ella lo que nadie había visto; y en lugar de asustarla, la tranquilizó.

Damen le pasó los dedos por la frente, suavizando su ceño.

–No tienes nada de qué preocuparte, Stephanie. Te lo prometo.

Steph no necesitó contestarle mientras él la conducía a la cama.

–Desnúdame –su voz acariciadora resonó en Steph.

Con dedos temblorosos le deshizo el nudo de la pajarita mientras él se quitaba los gemelos. Dejando caer el lazo de seda, le desabrochó los primeros botones de la camisa y, fascinada con la piel cetrina que quedaba al descubierto, deslizó los dedos por su clavícula y los bajó hacia la zona donde crecía un suave vello que le cosquilleó las yemas. Entonas extendió las palmas sobre sus pezones y notó que los músculos de Damen se contraían.

Alzó la mirada y vio que él clavaba la suya en ella. Acabó de quitarse la camisa y cuando se llevó las manos al cinturón, Steph sintió el corazón en la garganta. Siguiendo con la mirada sus manos, vio que se bajaba los pantalones y los calzoncillos y se quedaba desnudo y orgullosamente erecto ante ella.

Steph se quedó sin aliento al verlo tan bello y sintió una pulsante y húmeda sensación entre las piernas.

Damen permaneció inmóvil, con los brazos a los lados, a la espera.

Steph posó una mano en su pecho y bajó la otra por su vientre hasta tocar su sexo. Sorprendida por la suavidad de la piel que lo envolvía, cerró los dedos tentativamente a su alrededor y los deslizó hasta la punta.

Damen exhaló de placer y entornó los ojos. Steph repitió el movimiento, sintiéndose poderosa; y, en esa ocasión, él acudió a su caricia, basculando las caderas.

–Te gusta –dijo ella, diciéndose que era un comentario tonto. Pero Damen no se rio. Parecía estar concentrado en mantenerse inmóvil.

–Sí. Cuando me tocas...

Damen apretó los dientes mientras ella seguía con su exploración y veía cómo los músculos se le tensaban y tenía que tragar como si la garganta le ardiera. Intuyó que se quedaba inmóvil porque sabía que estaba nerviosa y quería darle tiempo. Pero de pronto, Steph perdió todo nerviosismo y se arrodilló ante él y lo ayudó a quitarse los zapatos y terminar de quitarse la ropa. Alzó la mirada y se encontró con su magnífica erección, pero Damen le tomó la mano y la levantó.

Sin mediar palabra, le bajó la cremallera de la espalda del vestido y esperó. Ella entonces se lo bajó, dejando que se deslizara por sus senos y su vientre hasta caer suavemente a sus pies.

El pecho de Damen se alzó antes de hundirse, al tiempo que él levantaba las manos para acariciar los senos de Steph. Bastó un leve roce de sus pezones para que ella sintiera un dardo de calor alcanzar el anhelante hueco entre sus piernas.

–Tus zapatos –dijo él con voz apenas audible.

Steph se asió a su brazo para quitárselos y luego se irguió, desnuda excepto por las bragas de encaje. Respiró profundamente y percibió un olor distinto al que siempre identificaba con Damen, una esencia más intensa, a almizcle.

Era el olor de la excitación sexual que cargaba el aire, era lo mismo que sentía recorriéndole la sangre y calentándole el cuerpo hasta hacerla sentir como si irradiara luz.

Sin apartar la mirada de Damen, se bajó las bragas lentamente. Él bajó la mirada hasta clavarla en su monte de Venus, y esbozó una sonrisa.

Alzó la mano y Steph se la tomó. Ella sintió el calor expandirse por su brazo y bajar hasta su vientre. Damen la condujo hasta la cama y se sentó a su lado. Ella se quedó desconcertada porque había asumido que, ya desnudos, se echarían en brazos uno del otro, besándose y dejando que la naturaleza tomara las riendas de su urgente deseo. En lugar de eso, el semblante de Damen a la luz de la luna parecía casi sombrío.

–Quiero que esto sea especial para ti, Stephanie. Tienes que decirme lo que te gusta y lo que no.

–No lo sé –dijo Steph, cohibida.

Damen sacudió la cabeza.

–Pronto lo sabrás. Prométeme que si algo te incomoda, me lo dirás.

Ella asintió, súbitamente alarmada por lo que Damen pudiera esperar de ella.

–No te preocupes, koritsi mou. Solo tienes que disfrutar, ¿vale?

Steph asintió. Alzando una mano a su hombro, dijo con voz ronca:

–Lo que de verdad quiero es que nos besemos, tumbados, piel contra piel.

El gesto serio de Damen se transformó en una pícaro sonrisa.

–Si insistes...

Y antes de que Steph se diera cuenta, estaba echada sobre la espalda con él a medias sobre ella y sus anchos hombros recortados contra la luz de la luna.

Steph contuvo la respiración y al alzarse sus senos y rozar el pecho de Damen, la sensación le resultó tan maravillosa que sintió que el tiempo se detenía. Pero además estaba la fricción entre sus piernas, los dedos de Damen en su cabello, sujetándole la cabeza mientras se inclinaba a besarla.

El beso la dejó sin aliento. Nunca había estado tan íntimamente cerca de nadie; la cueva que creaba sobre ella al descansar parte de su peso en sus codos, su duro cuerpo contra el de ella, sus manos, su boca... Oh, su boca. Steph se removió, buscando más. Él le tomó las manos y le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

–¿Qué...?

–Tranquila, tenemos que ir despacio. Tengo pocos preservativos y tiene que durar toda la noche –dijo él, haciéndole gritar de gusto al morderle el cuello.

–Eso no es...

Pero Steph calló con un suspiro al seguir Damen un recorrido ascendente hasta su oreja. Y antes de que pudiera recobrar el aliento, él se había acomodado entre sus muslos y atrapaba sus senos en sus manos. Primero le hizo sentir su aliento caliente en uno, luego en el otro, y sopló, observando cómo se endurecían.

–Por favor, Damen.

Él alzó la cabeza.

–¿No te gusta?

Steph sacudió la cabeza.

–Demasiado.

–Entonces relájate, y verás lo maravilloso que puede ser.

Ese fue el comienzo de una deliciosa tortura. Damen recorrió su cuerpo, despertando reacciones enfebrecidas con las más leves caricias. Y durante todo el tiempo, Steph le oía susurrar y preguntarle si le gustaba...

Hasta que finalmente, con un brillo provocativo en los ojos, Damen ocultó la cabeza entre sus muslos y, pasándole la lengua una sola vez, hizo estallar a Steph de placer. La luz explotó tras sus párpados en un arcoíris; el aire se detuvo en sus pulmones y su cuerpo se contrajo, sacudido por ondas que fueron disminuyendo hasta dejarla aturdida y laxa.

Cuando abrió los ojos, Damen la miraba fijamente, como si no hubiera nada más importante que darle placer. Ella sonrió.

–Antes de que me lo preguntes: me ha encantado.

Él sonrió sensualmente.

–Me alegro. Repitémoslo –dijo.

Steph se incorporó sobre un codo para decir que estaba saciada, pero Damen parecía conocerla mejor que ella a sí misma.

Sin dejar de mirarla, usó sus labios, su lengua y sus dedos y cuando Steph alcanzó el clímax, se asió a su cabello y sus miradas se encontraron. Sus gemidos tardaron en remitir y se transformaron en una especie de sollozo que culminó cuando él subió hasta poder abrazarla y estrecharla contra sí.

Steph se abrazó a su cuello y ocultó el rostro en su hombro, aspirando su aroma más íntimo. En el pulsante silencio, todo pareció



ralentizarse. Steph se sentía como si hubiera descubierto un mundo nuevo... Gracias a Damen.

Eventualmente, rodaron hasta quedar Steph colocada encima de él, laxa. Al cabo de unos minutos, Damen le acarició la espalda, y Steph se arqueó contra él instintivamente.

–¿Estás lista para más, Stephanie?

–¿Más? –preguntó ella. Y entendió a lo que se refería al sentir contra el sexo, el miembro de Damen endureciéndose.

Claro que quedaba más. Damen la había llevado al orgasmo más de una vez y le tocaba a él. En cuanto Damen basculó las caderas, haciéndole sentir su sexo de acero envuelto en terciopelo entre las piernas, pasó del agotamiento a la excitación. Se frotó contra él y la sacudió una descarga eléctrica.

–Eso me gusta –gimió él–. ¿A ti?

Su voz grave, en la que se percibía el esfuerzo de la contención, hizo sentirse a Steph poderosa. A modo de respuesta, repitió el movimiento, apoyándose en los hombros de Damen y concentrándose en las partes de su cuerpo en contacto.

En la penumbra, vio que su semblante se contraía entre la sonrisa y la mueca.

–Sí –dijo ella.

–Me alegro. Tómame.

Steph tardó unos segundos en entender. Había supuesto que Damen volvería a asumir el control y marcaría el ritmo. Pero él ya le había dedicado una eternidad para asegurarse de que su primera vez fuera excepcional, tal y como demostraba su sexo húmedo y caliente. Una vez la había llevado al orgasmo, le cedía la iniciativa. Steph estaba segura de que si sentía algún dolor, sería pasajero, y lo cierto era que Damen le había dejado un vacío interior que solo podía llenar él.

Se elevó sobre las rodillas y lo buscó con la mano. Damen ya se había protegido.

–¿Así? –se centró sobre él y vio que él apretaba los labios en un rictus a la vez que ella se deslizaba hacia abajo.

Al expandirse para acogerlo, una sensación desconocida la obligó a detenerse, jadeante.

Esperó a que Damen le dijera que siguiera, a que la empujara hacia sí por las caderas, pero él esperó, observándola, hasta que la leve incomodidad cedió. Basculó las caderas y, en respuesta, Damen levantó la cabeza y la miró fijamente.

–Más.

Steph parpadeó. ¿Había más? Continuó deslizándose hasta que Damen quedó cobijado plenamente en su interior.

Le asombró lo fácil que había sido y la extraordinaria sensación que le producía. Pero Damen la impulsó hacia arriba por las caderas. Ella siguió el movimiento, y parpadeó cuando la volvió a bajar al tiempo que alzaba la pelvis contra ella.

La sensación fue increíble. Steph contuvo el aliento con la repetición del movimiento, más lento en esa ocasión, y buscó el mejor ángulo para salir al encuentro del embate de Damen. Un temblor la recorrió como la suave réplica de un terremoto.

–Damen, por favor...

Su cuerpo se sacudió con un creciente placer, distinto al anterior. Era aún mayor, más profundo, resonaba tanto en su cuerpo como en su alma. Se mecieron al unísono y a contratiempo, creando la más maravillosa magia. Solo esa palabra podía describirlo. Steph sintió que formaba parte de algo increíble, más grande que ella misma. Quizá era por cómo la miraba Damen, o por la forma posesiva con la que le sujetaba las caderas y cómo su cuerpo describía círculos dentro de ella, haciendo estallar una lluvia de chispas en la oscuridad de sus párpados.

Entonces oyó una voz. Era la de Damen, pero no lo era. Un profundo gemido de triunfo y asombro al tiempo que decía su nombre y la embestía con fuerza. Y súbitamente, Steph se desplomó sobre él, al tiempo que el mundo estallaba en llamas, consumiéndola, estrechándola en un fiero abrazo que era el de Damen, sus brazos apretándola con fuerza, su respiración acariciándole la mejilla, atrayéndola hacia sí al tiempo que alcanzaban el éxtasis juntos.

## *Capítulo 9*

**D**AMEN la observó mientras dormía. Cuando finalmente colapsaron, en una maraña de sábanas, era tarde. Después, él había permanecido horas despierto, con la mente acelerada mientras contemplaba a la mujer que yacía plenamente confiada entre sus brazos. Él no acostumbraba a abrazarse tras el sexo; no invitaba a sus amantes a pasar la noche desde hacía diez años. Desde Ingrid.

Pero sentía que aquella noche se había marcado una inflexión y llevaba dos horas intentando explicarse por qué. Porque Stephanie era virgen. Porque la había deseado más que ninguna otra mujer. Porque, aunque pagaba por su compañía, había dejado claro que le entregaba su cuerpo como un regalo, y no como parte de un contrato.

Porque su inocencia y su determinación eran una combinación tan embriagadora que la hacía diferente a todas las mujeres de su vida; porque era a la única a la que le había dado cabida en ella. Él, que nunca daba explicaciones a nadie, le había explicado las razones de aquella farsa, su relación con Manos y Clio.

Intuyó que esa era la verdad: sin darse cuenta había dejado que Stephanie atravesara los muros de su resistencia. En aquel instante, mientras el sol se elevaba sobre el mar Egeo, en lugar de concentrarse en el trabajo que tenía que hacer en el yate o en su reunión con Manos, estaba pensando en cuándo podría volver a tenerla. En si estaría dolorida por el sexo y en si debía dejarla descansar por un día; en si sería capaz de darle ese espacio; en si le gustaría que la penetrara por detrás o si le gustaría pasar el día desnuda en la cama con él.

Se pasó la mano por el rostro para borrar las fantasías eróticas que lo asaltaban. Cada vez que pensaba en los siguientes días veía a Stephanie a su lado, bajo él, sobre él. Stephanie acariciándolo. ¿Le gustaría tomarlo en su boca?

Ella suspiró y se despezó voluptuosamente, sus labios rozando suavemente su piel; sus piernas deslizándose sobre las de él y elevándole la temperatura y la libido. Damen esperó expectante a que se despertara, pero Stephanie cayó de nuevo en un profundo sueño. La visión de su pezón, que se movía provocativamente al ritmo de su respiración era una tentación irresistible. Con cuidado, Damen salió de la cama, colocando una almohada bajo el brazo y la mejilla de Stephanie, y diciéndose que no quería enfrentarse a las preguntas que pudiera querer hacerle. Por ejemplo, sobre en qué cambiaba su relación por haberse hecho amantes.

Damen apretó los dientes yendo hacia el armario. La respuesta era sencilla: en nada. Seguirían como hasta el momento, excepto que, a solas, podrían dar rienda suelta a su pasión. Stephanie no era su novia, ni su relación sería duradera por más excepcional que fuera el sexo.

Sacó un bañador y una toalla. Se daría un baño y le proporcionaría espacio. Sería una señal también de que nada había cambiado. Stephanie era lista. Entendería que no pensaba hacer promesas que no podía cumplir. Estaba seguro de que no tenía nada que temer. Stephanie había dejado claro que estaba allí solo por el dinero. No empezaría a soñar con un anillo de boda solo porque se hubieran acostado.

Lo que la convertía en la mujer perfecta: sexy, apasionada y pasajera. Sonriendo, se asomó a la calurosa mañana. Iba a ser un día magnífico.

¿Dónde estaba? Damen fue hacia la casa principal contrariado. El porche en el que se había celebrado la fiesta el día anterior estaba limpio y recogido. Stephanie tenía que estar allí.

Al volver a la casa de invitados, la había encontrado vacía; la cama hecha y la bolsa de viaje de Stephanie preparada. La única señal de su presencia era el aroma de café en el aire.

Él había vuelto inquieto. Después de disfrutar de un baño y de trabajar un par de horas en el yate, había empezado a preguntarse si Stephanie vería las circunstancias desde su mismo punto de vista. Las mujeres tendían a ser emocionales y no sería extraño que a la mañana siguiente de perder la virginidad, Stephanie se sintiera más dependiente. Por eso había vuelto a la casa temiendo enfrentarse a un campo de batalla emocional.

¡Pero en lugar de estar pendiente de su vuelta, Stephanie se había marchado!

Apretó los dientes. Una cosa era que no quisiera que se hiciera una idea errónea y otra, que desapareciera. ¿Y si él quería discutir la nueva situación y poner nuevas normas? ¿Acaso no tenía consideración?

Abrió la puerta de la casa de Manos y siguió el murmullo de unas voces.

Steph levantó la mirada del ordenador cuando Clio le ofreció otro delicioso bocado: una baklava con un dulce sirope.

–No puedo comer nada más.

–¡Qué tontería! ¡Con todo lo que has trabajado a pesar de ser una invitada, tienes que reponer fuerzas!

–Lo he hecho encantada.

Había llegado cuando Clio, su madre y la de Damen terminaban de recoger, y había sido un alivio que Clio le diera la bienvenida y la invitaran a desayunar con ellas.

Se había sentido muy sola al despertar. No había esperado que Damen la esperara con el desayuno listo, o que la tomara en sus brazos, como la noche anterior y le susurrara palabras cariñosas en griego; era estúpido anhelar la sensación de completitud que había sentido con él y que había transformado un acto físico en algo maravilloso.

Debería de sentirse agradecida de que la dejara sola para evitar una conversación tensa. Había podido darse un baño pausado y hacerse un café con el que borrar las últimas ensoñaciones. Porque no había sido más que una fantasía, una noche de deliciosa pasión en brazos del amante perfecto.

Pero era un nuevo día. La pasión se había evaporado y con ella su amante. Ni Damen ni ella eran perfectos. Ella había cometido el terrible error de ceder al deseo, diciéndose que solo era sexo. Pero había descubierto que el sexo simple no existía. Al menos no para ella, y no con Damen.

–Pruébala –insistió Clio–. La ha hecho mamá.

Steph tomó una cucharada y sintió una deliciosa explosión de sabores en la boca.

–Es espectacular.

–Me alegro de que te guste –dijo la madre de Clio desde el otro lado de la cocina–. Es lo menos que puedo hacer por el favor que me haces. Si pudiera irme unos días; incluso persuadir a Manos... –se encogió de hombros–. No sabes cuánto significaría para mí.

Steph observó las arrugas de preocupación de la mujer y recordó la mirada incendiaria de Manos al contener su rabia el día anterior. Damen había dicho que Manos haría de la vida de su familia un infierno si no se salía con la suya. Por lo que parecía, ya estaba haciéndolo. Incluso la hermosa Clio parecía cansada y abatida. Y de pronto, Steph se alegró de formar parte del plan para rescatarla; incluso de poder hacer más por ella.

–He encontrado el sitio perfecto para tus vacaciones. Está en Italia; es precioso y no está plagado de turistas.

Giró el ordenador para enseñárselo.

Las mujeres se asomaron a mirar.

–¿Es un convento?

–Sí, pero lo han transformado en un alojamiento de lujo, con vistas al mar y un patio bordeado de rosales –dijo Steph, deslizando la pantalla para enseñar imágenes–. Además, está a un paseo del pueblo, donde hay restaurantes y supermercados por si quieres cocinar tú misma.

Aunque Manos fuera rico, a su esposa le gustaba cocinar.

–Las comodidades de un hogar, pero sin ninguna de las tensiones –musitó Clio.

Su madre asintió.

–¿Cómo lo has encontrado?

–Es a lo que me dedicaba: vacaciones de lujo personalizadas.

–¿En pasado? –preguntó Clio–. ¿Lo has dejado?

–Las cosas están difíciles para las agencias. La gente cree que con internet tienen lo que necesitan.

–¿Pero el mercado del lujo no...?

Steph la miró y finalmente asintió.

–No fue tanto un problema de falta de clientela como de un socio estafador.

Se volvió justo cuando Manos y Damen entraban en la cocina y a Steph se le puso la piel de gallina al cruzar la mirada con este.

Se irguió. ¿Sería evidente para los demás...? ¿Sabrían que él y ella...?

Puso freno a esos pensamientos: nadie sabía que había perdido la virginidad la noche anterior. De cara al mundo, ya eran amantes.

Tomó aire y saludó:

–Buenos días. ¿Queréis un café?

Damen estaba a punto de perder la paciencia. Quería estar con Stephanie a solas. Se había dicho que era para aclarar las cosas entre ellos y evitar que se creara falsas expectativas. Pero con cierta desilusión comprobó que no era necesario, que lo trataba con una amistosa indiferencia que debería de agradarle, pero que, extrañamente, lo irritaba.

O tal vez quería estar a solas con ella para repetir los momentos que habían experimentado por la noche. No conseguía concentrarse del todo en nada porque tenía la memoria ocupada por su piel de terciopelo y sus gemidos de placer.

Pero todos sus esfuerzos para tenerla para sí fueron boicoteados por Clio y su madre ofreciendo comida o café; por Manos para hablar de negocios; por la mirada de curiosidad de su madre alternando entre Stephanie y él... Estaba claro que también ella percibía el leve sonrojo de Stephanie cada vez que sus miradas se cruzaban, la única señal de que algo había cambiado entre ellos.

Cada vez que Damen recordaba que la había desvirgado se le aceleraba el pulso. Se consideraba un hombre moderno y, sin embargo, saber que había sido el primer amante de Stephanie le hacía sentirse vinculado a ella para siempre, posesivo, protector.

Cuando finalmente se despidieron y se encaminaron hacia el yate, su paciencia pendía de un hilo.

Una vez más, se dijo que debía alegrarse de que Stephanie no hiciera ningún intento de hablar, que no batiera las pestañas coquetamente o lo tomara del brazo para susurrarle al oído; que no usara ninguna de las tácticas habituales para intentar crear un ambiente íntimo. Al contrario, parecía más interesada en cualquier cosa que en él: el color del agua, la vista, el brillo plateado de los bancos de peces. Incluso su teléfono, como si estuviera pendiente de asuntos importantes.

Lo que llevó a Damen a pensar en el socio al que había oído mencionar cuando entró en la cocina.

¿Quién era? Estaba claro que no era un amante, pero aun así, quería saber más de él.

Cuando subieron al barco, Damen la condujo al salón. Una vez cerraron la puerta, preguntó:

–¿Estás bien?

No era lo que había pensado decir, y se sorprendió tanto como ella.

–Claro que sí. ¿No lo parece? –preguntó ella con gesto altivo.

–De hecho, tienes muy buen aspecto –contestó él, recorriéndola con la mirada–. Tenemos que hablar.

¿Se lo imaginó o Stephanie se tensó?

–Adelante –dijo ella, apretando los labios.

No sabía cómo empezar. ¿Debía preguntarle cómo se sentía físicamente o decirle directamente que su acuerdo no había cambiado a pesar de lo sucedido?

Abrió la boca y se oyó decir:

–Háblame de tu socio.

–¿Perdón?

Que se pusiera a la defensiva confirmó a Damen que era alguien importante para ella.

–Te he oído mencionar a un socio. Quiero que me hables de él.

–¿Por qué? No tiene nada que ver con... esto –dijo ella, describiendo un arco con el brazo.

–No quiero que haya ningún cabo suelto que pueda complicar las cosas. Todavía nos quedan seis semanas y no quiero sorpresas incómodas.

Steph se mordió el labio. Esa era una buena manera de describir a Jared. Pero tampoco estaba dispuesta a abrir la puerta a su vida privada, y menos cuando Damen lo exigía como si fuera un gran señor, dueño de todo lo que lo rodeaba.

Sintió una punzada de desilusión. ¿Había esperado que, tras la noche anterior, Damen la tratara con afecto, incluso con dulzura? ¿Que hubiera querido hacerle de nuevo el amor porque, como ella, incluso en compañía de otros sentía la fuerza que los atraía?

Aunque no era hacer el amor, solo sexo.

Y aun así, cada vez que sus miradas se habían cruzado, había sentido un golpe de emoción y un intenso calor envolverla, como si hubiera entre ellos una conexión profunda.



Pero estaba equivocada. Tal conexión no existía, y no pensaba humillarse revelando cuánto había significado para ella lo que había pasado.

–No tienes que preocuparte. Ya no forma parte de mi vida.

–Aun así, debo saberlo.

Era evidente que su palabra no le bastaba. Steph se mordió el labio, pero la actitud de Damen le indicó que no se daría por vencido. Por otro lado, ¿qué más daba lo que pensara de ella? Se había entregado a él, tanto física como emocionalmente, pero a Damen le daba lo mismo.

Y de pronto, pensó que aquella insensibilidad era una bendición, porque la liberaba de sus propios sentimientos.

–¿Qué quieres saber? –preguntó bruscamente.

A Damen pareció desconcertarle su súbito cambio de actitud, pero solo por un instante.

–Todo: quién es, qué significa para ti, qué hizo.

Steph tragó para disolver el nudo de su garganta. Fue hacia el ventanal y vio la isla alejarse en la distancia.

–Se llama Jared. Era mi jefe y el encargado de la agencia de viajes de Melbourne en la que trabajaba. –¿Solo era tu jefe?

Steph frunció el ceño, pero no se molestó en mirarlo, mantuvo la mirada fija en el centelleante mar.

–Lo consideraba mi mentor. Luego nos hicimos socios –añadió con amargura.

–¿Montasteis un negocio?

¿Por qué sonaba tan sorprendido?

–Soy excelente en mi trabajo. Conseguía más clientes que nadie del equipo. Viajar es mi pasión... bueno, los viajes de otros. Yo apenas he viajado.

–¿Eres agente de viajes y no has viajado?

–Por Australia sí. Pero no por el mundo. Siempre tenía trabajo –necesitaba el dinero para tener un futuro seguro–. Mi sueño era explorar el mundo. Estuve a punto de ir a Sudamérica, pero la abuela enfermó...

Calló bruscamente. No tenía por qué hablar del cáncer de su abuela.

–¿Así que os hicisteis socios para abrir una nueva agencia?

–Sí. Dedicada a los viajes personalizados de lujo.

Damen guardó silencio, esperando a que continuara. Steph quiso acabar lo antes posible.

–Firmamos un acuerdo, juntamos nuestro capital, conseguimos un préstamo y... –Steph apoyó las manos en el cristal–. Jared dijo que iba a dar el depósito para el local, pero en lugar de eso, desapareció.

–¿Sufrió un accidente?

Steph oyó la voz de Damen a su espalda. Al volverse, vio que la miraba fijamente.

–No. Se esfumó con todo el dinero... –Steph se encogió de hombros. Le estaba resultando catártico contarle, así que continuó–: Le había presentado a mi abuela, pero no sabía que le había convencido de que invirtiera sus ahorros –suspiró profundamente–. La policía lo está buscando.

Los verdes ojos de Damen taladraron los de ella.

–¿Por eso querías el dinero por adelantado?

Sonó severo, desaprobador, como si ella tuviera la culpa de lo sucedido.

Steph se cruzó de brazos.

–¿Te parece mal?

Damen frunció el ceño.

–Deberías habérmelo dicho.

–¿Para qué? ¿Para qué me dedicaras un sermón sobre riesgos financieros? ¿Cómo podía saber que iba a timarme? –Steph sacudió la cabeza–. No contestes. Me dirás que debía de haber hecho averiguaciones sobre su pasado o haber intuido que era un sinvergüenza aunque no tuviera antecedentes.

Miró de nuevo por la ventana, preguntándose si volvería a pasar los días sola en Atenas hasta que, llegada la noche, Damen la sacara para mostrarla como un trofeo. Se estremeció.

–¿Algo más? Si no, me gustaría echarme un rato. Estoy... cansada.

Podía sentir el calor de Damen a su espalda y tuvo la fantasía de que la rodeaba con sus brazos y le decía cuánto sentía lo que le había pasado, que lamentaba no haber pasado el día a solas con ella porque lo que había pasado la noche anterior había sido especial, porque ella era especial...

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

–Stephanie, yo...

–¡No! –esas dos palabras no contenían el menor atisbo de la ternura que anhelaba–. Ahora, no. Necesito descansar.

Fue hacia la puerta. Estaba harta de hombres, y de Damen Nicolaides en particular. Necesitaba estar sola.

## *Capítulo 10*

**D**AMEN golpeó el saco de boxeo. Izquierda, izquierda, derecha. Necesitaba relajar la tensión de sus hombros, pero llevaba cuarenta minutos en el gimnasio y no lo conseguía.

Se quitó los guantes y se secó la cara con la toalla.

El problema era Stephanie y la incómoda sensación de haber actuado erróneamente.

Se había equivocado al marcar distancias. Estaba claro que Stephanie no quería nada con él y que había perdido la oportunidad de experimentar una mayor intimidad con ella. Pero eso no era lo peor. Lo peor era saber que estaba sufriendo y que él era en parte responsable de ello.

Clio le habría dicho que se sentía así por su tendencia a sentirse responsable desde que, desde muy joven, había tenido que asumir el control de su familia y de su imperio empresarial. Pero él no estaba seguro. Stephanie no formaba parte de su familia y, sin embargo...

Sacudió la cabeza. Era mejor atenerse a los hechos y no a los sentimientos.

Primero: la noche anterior había sido fabulosa, pero en lugar de dar las gracias a Stephanie y cuidar de ella cuando probablemente se sentía especialmente sensible, la había dejado a primera hora.

Segundo: Stephanie había cumplido con creces su parte del acuerdo. No solo en público, sino incluso ayudando a Clio y a su madre a encontrar un lugar de vacaciones. No recordaba haber visto a su tía tan contenta en años.

Tercero: Stephanie no era una cazafortunas. Necesitaba dinero para reponer el que les habían robado a ella y a su abuela.

Imaginaba lo devastador que tenía que haber sido descubrir que su socio era un ladrón.

Recordó cuánto lo había irritado tener que pagar por su vestuario, y se le encogió el estómago. Estaba tan habituado a asumir que la gente era codiciosa que no se le había ocurrido que hubiera ningún otro motivo.

Por lo menos eso lo había rectificado. Había ordenado que se transfiriera a su cuenta el millón restante, y había hecho averiguaciones discretas para asegurarse que el préstamo quedaba liquidado. Técnicamente, no le correspondía pagarlo, pero sentía que se lo debía a Stephanie.

No estaba acostumbrado a sentirse culpable, y estaba seguro de que podía hacer algo para compensar a Stephanie.

Se colocó la toalla al cuello al tiempo que una idea empezaba a tomar fuerza.

Stephanie quería viajar; había dedicado todo su tiempo libre a explorar la ciudad, y supuso que pensaba hacer lo mismo las seis semanas restantes. A no ser que él cambiara de planes. Una sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que tomaba el teléfono interno del barco.

A la mañana siguiente, Steph se despertó sola. ¡Claro que no echaba de menos a Damen! El día anterior había esperado alcanzar algún tipo de intimidad con él, pero en lugar de eso, la había interrogado, más preocupado por su pasado que por su relación.

Aun así, no podía dejar de pensar en él... Hasta que descorrió la cortina y al contemplar la vista se quedó boquiabierto. Era imposible no reconocer los acantilados que se elevaban desde el mar lapislázuli, ocres y grises, coronados por una hilera de edificios blancos.

Santorini.

Steph parpadeó y tomó aire. Podía atisbar el camino empedrado que ascendía en zigzag por la ladera, que tanto gustaba ascender en burro a los turistas. Steph pensó en las numerosas lunas de miel que había contratado en hoteles de lujo que pendían sobre esos acantilados, desde los que se divisaban espectaculares puestas de sol.

Steph prácticamente saltó de alegría al tiempo que se vestía para salir de la habitación. Se paró en seco al coincidir con Damen, que salía del salón.

—Tienes buen aspecto. ¿Has dormido bien?

Aunque supiera que no significaba nada, la voz grave y la mirada penetrante de Damen turbaron a Steph.

–Muy bien, gracias.

Él asintió, pero no se movió y Steph tuvo la extraña sensación de que titubeaba. La noción era tan sorprendente, que esperó con el corazón acelerado. Él alargó la mano hacia ella, pero la dejó caer.

–Quiero disculparme por ayer –dijo. Steph arqueó las cejas y él continuó–: Debería de haber esperado a que despertaras. Lo que compartimos fue... –Steph contuvo el aliento–. Espectacular. Y ni siquiera te he dado las gracias.

Volvió a levantar la mano, pero se la llevó a la nuca, como si tuviera los músculos en tensión, pero Steph dudaba que estuvieran más tensos que los de ella. No quería hacer el post mortem de la noche que había compartido si iba a ser en aquel tono desapegado.

–No necesito que me des las gracias –dijo, girándose para esquivar su mirada.

–Stephanie –en esa ocasión la voz de Damen sonó suplicante–. Por favor, escúchame.

Ella se volvió a su pesar.

–Estoy disculpándome, aunque lo haga mal. Lo que compartimos fue muy especial; tanto que me desconcertó. Ayer no actué correctamente. Debería de haberme asegurado de que estabas bien y...

–Claro que estaba bien. Solo fue sexo –dijo ella en un tono estridente, como si intentara convencerse a sí misma.

–Aun así. Lamento haberme marchado.

Steph habría querido que se la tragara la tierra. No sabía qué era más grave, si que Damen la considerara una frágil damisela que necesitaba su protección después de haberle entregado su virginidad, o la excitación que sintió al oírle admitir que habían compartido algo especial. Lo último era tanto como admitir que quería más, y eso la aterrorizaba.

–Disculpa aceptada.

Damen permaneció callado unos segundos, sin dejar de mirarla.

–¿Por qué estamos en Santorini? –preguntó entonces ella–. Creía que volvíamos a Atenas.

Damen le tomó la mano y la entrelazó a su brazo al tiempo que la conducía a cubierta.

–He decidido que puedo trabajar desde el Amphitrite y así visitar las islas griegas contigo.

Steph se paró en seco.

–¿Has venido aquí por mí? –preguntó con incredulidad–. ¿Qué quieres de mí? –se soltó de él lentamente–. ¿Por qué haces esto?

«Porque quiere más sexo. Y deberías de alegrarte, porque tú también».

Steph hizo callar aquella voz en su cabeza. Ella tenía más dignidad que entregarse a él porque hubiese tenido un detalle así; aunque fuera un detalle maravilloso.

Damenladeó la cabeza.

–Estás ayudándome muchísimo interpretando tu papel, incluso ayudaste ayer a Clio y a su madre, que necesitan desesperadamente unos días de vacaciones.

Steph se encogió de hombros.

–No fue ningún esfuerzo.

–Pero no tenías por qué haberlo hecho. Lo hiciste porque eres una buena persona.

A Steph le sorprendió que aquellas sencillas palabras sonaran como el mayor de los elogios.

–He querido hacer algo por ti. Y me pareció egoísta volver a Atenas sin darte la oportunidad de conocer algunas de las islas.

Steph alzó la mirada hacia el bello rostro de Damen. Cada vez que creía conocerlo, hacía algo que la desconcertaba.

–Vamos –él la tomó por el codo y la guio por el corredor–. Cuanto antes comamos antes podremos ir de excursión.

Permanecieron dos días en Santorini y, para sorpresa de Steph, Damen dedicó tiempo libre para recorrer con ella sus estrechas calles y hacer visitas turísticas.

Desde Santorini fueron a Astypalaia, Kos y Symi. Steph exploró los pintorescos pueblos, las ruinas y museos, y nadó en aguas cristalinas. Nunca había estado tan relajada. Cada día era una sorpresa, llena de vistas espectaculares, gente amable y lugares fascinantes.

También pasó tiempo con Damen, no en fiestas públicas, sino de la mano, callejeando, tomando café bajo las pérgolas emparradas, aprendiendo de la historia de su país.

Lo que más la sorprendió fue que parecía más cómodo en aquel ambiente que en los exclusivos círculos en los que se movía.

De vuelta al yate, cenaban en cubierta mientras contemplaban la puesta de sol. Con cada noche que pasaban a la luz de las vela, más le costaba recordar por qué estaba enfadada con Damen.

Especialmente, después de descubrir que había hecho el segundo pago de su contrato porque, según él, confiaba plenamente en que lo cumpliría y quería que se librara de la deuda que le había dejado Jared.

Ese gesto la emocionó porque no había esperado tal generosidad de él, ni que confiara en ella hasta tal punto.

Nadie antes, excepto su abuela y Emma, había tenido tanta fe en ella, y por eso se sentía confusa. Le hacía sentir emociones que no sabía cómo digerir ni qué hacer con ellas.

Habría sido más sencillo si Damen intentara seducirla, asumiendo que ella respondería por gratitud. Pero la trataba como si fuese una invitada de honor. Actuaba con encanto y amabilidad, pero no buscaba la intimidad con ella. En público, interpretaba el papel de amante, tomándola de la cintura, dándole comida a la boca, susurrándole al oído. Pero en cuanto llegaban al yate, dejaba caer el brazo y no hacía el menor gesto afectuoso.

Había pasado una semana desde que se habían acostado y cada noche se iba a la cama con las imágenes eróticas de su encuentro, y se despertaba anhelante y ansiosa. Aquella noche había abierto la caja de Pandora de su deseo. Había elegido a Damen para su satisfacción sexual y tenía que sufrir las consecuencias. El que fuera un amante excepcional y generoso, aumentaba el problema. De haber sido egoísta, de haberla desilusionado, todo habría sido más fácil.

En lugar de eso, los recuerdos la asediaban, la volvían loca. Deseaba a Damen desesperadamente. Era mucho peor desde que sabía lo que se perdía, especialmente desde que había visto la mejor parte de su personalidad y disfrutaba con él cada día. El menor roce de su brazo prendía la llama del deseo en su interior.

Salieron de la oscuridad a la luz y Steph se volvió para echar una última mirada a los torreones.

–Es mi primera visita a un castillo.



–Ya me he dado cuenta –dijo Damen con ojos chispeantes–. No has dejado ni un centímetro sin recorrer.

Especialmente los mosaicos.

Steph sonrió.

–Tienes razón y has sido muy paciente. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Al instante, el gesto risueño de Damen y sus ojos brillaron con un destello que aceleró la sangre de Steph. Conocía aquella mirada; la había visto la noche que habían pasado juntos. Se humedeció los labios y la mirada de Damen siguió el movimiento de su lengua.

La observaba tan... íntimamente, que se sintió como si sus dedos le acariciaran los labios.

Súbitamente Damen desvió la mirada hacia las calles que conducían desde el castillo hacia el centro de la vieja ciudad de Rodas. Fue la indicación de que estaban en público. Steph vio varios teléfonos y cámaras dirigidas hacia ellos.

¿Había sido aquella mirada de Damen un gesto a la galería? Steph no lo creía. En público le sonreía, pero jamás la había mirado con tanto ardor, con un anhelo que la derretía por dentro.

–Necesito una bebida refrescante –dijo Damen, tomándole la mano.

En lugar de la vía principal tomaron una callejuela en sombra, con edificios de piedra a ambos lados. Damen la guio por una bocacalle hacia una calle tan estrecha que podían tocar las dos paredes. A la izquierda encontraron una puerta pequeña que se abría a un patio con sillas y mesas.

En cuestión de minutos, Steph disfrutaba de un granizado de limón, pero la fría bebida no consiguió apagar el calor que había hecho emerger la posesiva mirada de Damen al salir del castillo.

Dejó el vaso y miró a Damen. Este la observaba con semblante inexpresivo.

–¿Qué pasa? ¿Ya no estás pasándolo bien?

Damen era demasiado perceptivo. Veía cosas que ella habría preferido ocultarle.

No. Ya no podía seguir mintiéndose. Le gustaba la sintonía que había entre ellos. Una sola mirada bastaba para entenderse. Cada vez sucedía más a menudo. Damen era mucho más que un empresario autoritario, era un hombre con sentido del humor, paciente y con numerosas virtudes.

–No es eso. Visitar Rodas era un sueño. Y ha sido tan maravilloso como lo imaginaba.

–¿Pero...?

El corazón de Steph se aceleró al sostener la mirada de Damen.

Podía posponerlo.

O seguir su instinto.

–Puede que haya algo que te apetezca aún más que visitar una ciudad medieval –dijo Damen, sus ojos brillando como dos preciosas gemas–. En mi caso, desde luego que sí.

–¿Qué quieres, Damen?

Él se inclinó sobre la mesa.

–Besarte en los labios. Abrazarte. Hacerte el amor.

Steph exhaló un suspiro.

–Yo también.

Apenas las palabras dejaron sus labios, Damen se puso en pie, tirando a la vez de ella para levantarla y dejó dinero sobre la mesa.

Dedicándole una sonrisa que hizo que le temblaran las piernas, dijo:

–Entonces ¿a qué estamos esperando, agapi mou?

Llegaron al yate como dos ansiosos adolescentes, aunque Damen intuía que bajo aquel deseo desaforado había otras emociones, una atracción y una admiración profundas.

Solo cuando entraron en el dormitorio, Damen soltó la mano de Steph y se volvió a mirarla. Sus senos se alzaban al ritmo de su agitada respiración; sus ojos lo miraban con un anhelante deseo que hizo arder la ingle de Damen.

–Querías besarme –le recordó ella.

–Sí.

–Date prisa. Hace días que lo espero.

Los pezones de Stephanie se marcaban invitadores contra su top. Los músculos de Damen se tensaron. –Quiero más que eso –no sabía cómo conseguía contenerse, excepto por que necesitaba asegurarse de que ella estaba tan decidida como él–. Quiero todo. Una vez te toque... Stephanie esbozó una sonrisa sensual y lo miró con expresión ardiente.

Damen le tomó el rostro entre las manos y la besó. Su sabor era tan delicioso como lo recordaba. Fue haciéndola retroceder hasta que las piernas de Stephanie chocaron contra la cama y ambos se dejaron caer sobre ella.

Stephanie era todo brazos y piernas de satén, labios ardientes, cuerpo anhelante. Sus dedos le tiraron de la camisa mientras Damen le subía la falda.

Los siguientes minutos fueron una neblina de creciente excitación.

Su camisa cayó al suelo seguida del cinturón. La ropa interior de encaje de Stephanie se rasgó cuando tiró de ella.

–Preservativo –dijo con la respiración agitada.

Stephanie le desabrochó el pantalón mientras él se desplazaba hacia la mesilla y abría el paquete con los dientes. Unos segundos más tarde, protegido, se colocó entre sus piernas y ella lo miró con los párpados pesados. Estaba preciosa.

Damen se obligó a hacer una pausa. Respiró profundamente y bajó la mano a la ingle de Stephanie para asegurarse de que estaba lista. Entonces, le levantó una pierna y ella alzó la otra para entrelazar ambas a sus caderas.

Damen agachó la cabeza para besarla, regodeándose en la deliciosa sensación de que ella se abriera así a él, como una flor al sol.

Basculó las caderas para buscar el ángulo preciso, antes de empujar suavemente, esperando a cualquier señal de incomodidad por parte de Stephanie.

Stephanie exhaló contra los labios de él, estrechando el abrazo de sus piernas, apretando a Damen contra sí. Él se concentró en la perfección de esa unión, pero necesitó moverse, deslizarse fuera y dentro, más deprisa, con más fuerza.

Ella se asió a sus hombros, jadeante. Un nuevo empuje encontró el choque perfecto con las caderas de Stephanie, que propagó una onda intensa desde su sexo a su columna vertebral.

–Stephanie –gimió él, excitándose aún más al pronunciar su nombre.

Ella posó las manos en su rostro y le mordió el labio inferior.

Un calor líquido lo recorrió y arrasó con su control. La estrechó en sus brazos y embistió repetidamente, hasta que Stephanie se deshizo en sus brazos y ambos fueron arrollados por una masiva oleada de éxtasis.

Cuando Damen se recompuso, rodó sobre su espalda, arrastrando consigo a Stephanie hasta que quedó sobre él.

Su cerebro tardó en despejarse, y cuando lo hizo, se sintió entre la satisfacción y la consternación, porque tuvo una certeza: quería más tiempo con Stephanie que las seis semanas que quedaban.

Su mente entonces saltó inevitablemente a Ingrid, que lo había seducido con sexo y un despliegue de afecto tan falso como sus promesas.

Ingrid, que lo había manejado a su antojo hasta casi conducirlo al altar.

Como siempre, sus pensamientos huyeron de ese rincón. Para él no habría nunca altar. Esa era su única certeza. Solo pensarlo rompía a sudar porque estaba vinculado al recuerdo de la tragedia de la que había sido causante y que había afectado a toda su familia.

No estaba seguro de qué significada la conexión que sentía con Stephanie en su ordenada vida, pero no era tan estúpido como para negar que existía. Y lo placentera que era.

Sonrió para sí al tiempo que acariciaba la sudada espalda de Stephanie, que se arqueó instintivamente contra él, saciada y aun así, receptiva.

Estaba claro: mantendría a Stephanie consigo más allá de lo estipulado por el contrato. Lo hablarían más tarde. En cuanto pensara en un nuevo acuerdo que los satisficiera a ambos.

## *Capítulo 11*

**L**AS MANOS de Stephanie temblaban. Estaba más nerviosa que en toda su vida. Tomó aire profundamente una vez. Otra.

No sirvió de nada.

Nada iba a librarla de la inquietante sospecha que la asediaba desde hacía unos días.

Había dejado Rodas en una mágica nebulosa. Ni siquiera el anuncio de Damen de que necesitaba volver a Atenas para una reunión había enturbiado su felicidad. Navegaron varios días, pasando el mayor tiempo posible juntos. Cuando Damen trabajaba, ella aprovechaba para recuperar sueño... porque Damen la despertaba a menudo con mirada sensual y manos seductoras.

Steph no podía evitar preguntarse a qué conduciría su relación, porque, aparte del sexo, era evidente que estaban construyendo una relación. Charlaban, compartían información personal, anécdotas, de manera que iba conociendo mejor a aquel hombre complejo. Damen incluso le hablaba de sus hermanas, de las que claramente se sentía orgulloso.

Reían y disfrutaban juntos, incluso cuando estaban demasiado cansados como para hacer el amor. Steph sonrió en tensión mientras recorría con la mirada el salón del ático de Damen, decorado con una sencilla elegancia y con una gloriosa vista de Atenas.

Lo que Damen y ella compartían era tan maravilloso que no quería ponerle nombre; como si no quisiera tentar a la suerte. Sin embargo, bajo la cruda luz del día, habría dicho que Damen había comprado su compañía.

Se le hizo un nudo en el estómago y sintió náuseas. ¡No! ¡Esa no era toda la verdad!

En su relación había atracción mutua y respeto. Aparte del dinero que le había pagado para actuar en aquella farsa, en su verdadera relación

eran iguales. Se entregaban libremente el uno al otro; sin esperar ni exigir nada a largo plazo.

El largo plazo...

Volvió a sentir náuseas.

Steph se irguió. Había llegado el momento de aplacar la ansiedad que sentía desde que se le había retrasado el periodo.

Miró la prueba de embarazo que había comprado en la farmacia a primera hora. Solo era por precaución. Las probabilidades eran mínimas, puesto que Damen había usado preservativo todas las veces. Tenía que ser una falsa alarma.

–Supongo que tengo que darte la enhorabuena –el tono de Christo no sonaba en absoluto congratulatorio, sino crispado.

–¿Perdón? –Damen dio la espalda a la mesa de la sala de conferencias, ya vacía, y se volvió hacia el ventanal, tras el que se ponía el sol. Las oficinas centrales de Nicolaidis Shipping daban al puerto del Pireo—. ¿Habéis vuelto de la luna de miel?

–No, pero Emma se inquietará al conocer las noticias y quería oírlas directamente de ti.

Damen frunció el ceño.

–No te entiendo.

–¿No sabes a qué me refiero?

–Christo, deja de jugar a las adivinanzas. Estoy inmerso en unas complicadas negociaciones.

Damen hizo girar los hombros para descargar tensión. La última reunión había sido agotadora, pero había conseguido que parte de la industria naviera, que se había trasladado al extranjero para reducir costes, volviera al país. Era su contribución a mejorar la economía local.

–Stephanie y tú estáis en la prensa.

–¿Eso es todo? –Damen sonrió.

Gracias a ella, Manos se había relajado y Clio estaba encantada. Pero lo mejor de todo era Stephanie en sí misma. Había sabido desde el principio que era especial. Era lista y divertida; y el sexo con ella era espectacular. Quería que permaneciera en Atenas, aunque no fuera tan

ingenuo como para creer que lo suyo fuera duradero. Pero por el momento...

–No sueñas preocupado.

–Claro que no. Stephanie accedió a hacerse pasar por mi novia un par de meses. Estaba recibiendo presiones para casarme, y ya sabes que eso es imposible.

–¿Ah, sí?

Damen frunció el ceño. Christo era una de las pocas personas que conocía detalles de su pasado; y ni siquiera él lo sabía todo.

–Ya sabes que no pienso casarme nunca.

Christo masculló algo entre dientes.

–¿Quieres decir que las noticias son falsas? ¿Puedo decírselo a Emma?

–Stephanie y yo lo pasamos bien juntos y...

–Y os acostáis. Eso lo sabe todo el mundo menos Emma. Cuando lo sepa, se alegrará. Pero el nuevo rumor...

–¿Qué nuevo rumor? –Damen frunció el ceño.

–¿De verdad que no lo sabes? Entonces debe de ser falso. Sabía que tú nunca... –¿Nunca qué? –Damen empezaba a impacientarse.

–Nunca la dejarías embarazada. Han publicado la noticia de que esperáis un hijo.

Damen se quedó atónito, pero al instante rio, asegurando a su amigo que tenían que habérselo inventando.

Su buen humor duró hasta que, repasando las noticias, vio una foto de Stephanie, sonriendo a cámara al lado del apartamento, con un pie que decía: Una entusiasmada Stephanie Logan, novia de Damen Nicolaides, anunció que estaba en los primeros días de su embarazo.

Steph se sentía atrapada. No quería volver a salir después de que un hombre prácticamente le hubiera plantado una cámara en la cara: y tampoco quería pedirle al chófer de Damen que la llevara a recorrer la ciudad. Estaba demasiado impactada.

Estaba embarazada. Horas después de haberse hecho la prueba, seguía sin asimilarlo. Se decía que hasta que lo confirmara el médico no podía estar segura; pero lo sensibles que tenía los pechos y la ausencia de periodo la habían llevado a la farmacia a primera hora.

Había sido bochornoso tener que explicar a un desconocido lo que quería y que le diera instrucciones.

¿Y si lo había hecho mal? Era su única esperanza.

Se asió a la barandilla de la terraza intentando poner freno a sus pensamientos. No tenía planes para el futuro. Estaba en shock. Y al tiempo, no podía negar un resquicio de felicidad ante la perspectiva de un bebé.

Se había dicho toda la vida que no cometería el error de su madre, que no tendría que sobrevivir manteniendo sola a una criatura. Era verdad que, gracias al dinero de Damen, no estaría arruinada. Pero seguiría estando sola. Y desempleada.

Respiró profundamente. No sentía solo el miedo de esa carga. Aunque fuera egoísta, también se preguntaba cómo afectaría la noticia a su relación con Damen. No se había hecho ilusiones de permanecer con él, pero la perspectiva de perderlo se le hacía insoportable.

Se rodeó la cintura con los brazos.

Era evidente que Damen había pasado a importarle más de lo que había querido creer. Lo que había entre ellos era frágil, pero lo percibía como profundo. ¿También él lo sentiría así?

—¿Disfrutando de la puesta de sol? —la voz de Damen le llegó desde atrás.

Steph se volvió con una sonrisa de alivio. A pesar de los nervios y la ansiedad, la llegada de Damen la tranquilizaba.

—¿Tienes algo que contarme, Stephanie? —Damen salió al sol como un guerrero, orgulloso y severo.

Un escalofrío recorrió a Steph. No era el amante con el que se había familiarizado en las últimas semanas. Ni siquiera el millonario arrogante, convencido de que aceptaría un plan disparatado. Era un completo desconocido.

—Damen, no te esperaba. ¿Ha pasado algo? —preguntó, acercándose a él. —Dímelo tú —dijo él con gesto severo—. ¿Tienes noticias para mí? —¿Cómo lo sabes? —preguntó Steph con ojos desorbitados. —Ha sido una intuición.

Steph frunció el ceño. Ella no se lo había dicho a nadie. Había necesitado asimilar la noticia antes de contárselo a él.

—¿Una intuición? ¿Cómo...?



–¿Qué tienes que contarme, Steph?

Ella lo miró con inquietud. Algo iba mal. Era imposible que Damen supiera lo del bebé. Sin embargo... –Será mejor que te sientes.

En lugar de hacerlo, Damen se cruzó de brazos. Su lenguaje corporal resultaba amedrentador, pero Steph quiso creer que solo era su imaginación. Respiró profundamente.

–Me he hecho una prueba esta mañana. Parece que estoy embarazada.

Silencio.

–¿Parece?

Steph parpadeó. Damen no parecía sorprendido.

–Estoy embarazada, aunque pensaba que debía confirmarlo un médico.

–Qué conveniente.

Steph sintió que se le quitaba un velo de los ojos y pudo interpretar la mirada de Damen: era de enfado y desdén... ¡Hacia ella!

–No creerás que lo he hecho a propósito –Steph retrocedió hasta que su espalda tocó la barandilla. Se le heló la sangre–. ¡Tú te has responsabilizado de protegerte!

Ese recordatorio pareció atizar el enfado de Damen. Entornó los ojos y apretó los dientes.

–¿De verdad crees que soy tan crédulo? –preguntó con una aparente calma que no encubría el tono de amenaza.

Steph tuvo que recordarse que Damen podía estar furioso, pero que no era peligroso.

–Puede que no quieras creerme, Damen, pero es la verdad –lo miró fijamente con rabia contenida–.

Puede que no te guste la sorpresa, pero no hubiera esperado una reacción así de ti.

Damen cortó el aire con la mano.

–¡Calla! Sé que es un engaño.

–¿Disculpa? –Steph no daba crédito a su actitud.

–Sé que lo has hecho a propósito.

Steph se enfureció. ¿De verdad creía que lo había hecho para... qué... conseguir atraparlo en una relación duradera? ¿Podía tener un ego tan monstruoso? Habría querido abofetearlo, pero, conteniéndose, fue con paso decidido hacia el interior.

–¡No se te ocurra irte! ¡No hemos acabado!

Steph no respondió. No estaba dispuesta a ser la diana de sus dardos envenenados.

Fue al cuarto de baño y tomó la prueba de embarazo de la encimera. Al volverse, Damen estaba a su espalda. Ella le puso la prueba en la mano.

–¿Qué es esto? –preguntó él, pero palideció al mirarla.

–La prueba –Steph se cruzó de brazos–. He ido a comprarla esta mañana a la farmacia.

Damen sacudió la cabeza.

–Puedes haber conseguido un resultado positivo de alguien. Solo así funcionaría el farol. –¿Qué farol?

–Eres una gran actriz, Stephanie. Pero sé que es mentira. ¿Por qué si no ibas a filtrar la noticia a la prensa? Para ponerme en un compromiso.

Steph sacudió la cabeza.

–Estás diciendo estupideces.

¿Había tenido un accidente? ¿Se había dado un golpe en la cabeza?

A modo de respuesta, él sacó el teléfono y le enseñó la pantalla.

¡Bebé sorpresa para el director de Nicolaidés!

Al ver el titular y la fotografía que lo acompañaba, Steph sintió que le temblaban las piernas y la cabeza le dio vueltas.

Unas manos fuertes la asieron y la llevaron a una butaca junto a la bañera. Damen le hizo agachar la cabeza entre las rodillas y el mareo fue remitiendo.

–Suéltame –Steph sacudió los hombros–. No voy a vomitar.

Pero la angustia no remitió. Respiró profundamente, asimilando que su secreto se había convertido en alimento de la prensa sensacionalista. Eso explicaba la actitud de Damen, pero ¿cómo...?

–¿Cómo han podido enterarse? –preguntó él–. ¿Por qué has sonreído al fotógrafo? –aunque seguía sonando severo, su mirada se había suavizado.

–He sonreído al portero. Siempre es muy amable conmigo y hoy me ha dado las indicaciones para ir a la farmacia. Pero al volver, un tipo con una cámara se ha puesto en medio cuando lo saludaba –Steph miró la fotografía. Sí, tenía que haberla tomado aquel hombre con una camiseta verde–. Tiene que haber sido él.

Damen se puso en cuclillas delante de ella. Steph miró sus brillantes ojos y pensó que, de no haber sabido la verdad, habría creído que estaba preocupado. Pero para eso, ella tenía que importarle algo, cuando en realidad la creía capaz de inventarse una historia así y venderla a la prensa.

–¿Crees que acudiría al prensa con la noticia de que estoy embarazada por el dinero de la exclusiva o para atraparte en una relación duradera?

Su voz apenas sonó audible, pero Damen la oyó con claridad y ella no necesitó respuesta para verla en su semblante. Le devolvió el teléfono y se reclinó en el respaldo, cerrando los ojos.

–Descríbeme al hombre, Stephanie –preguntó él con voz firme pero persuasiva.

Steph quería gritarle, decirle que la dejara sola, pero no tenía la energía necesaria.

–Stephanie, háblame.

Damen posó la mano en su mejilla, pero Steph echó la cabeza hacia atrás, rechazándolo.

–No-me-toques.

–Por favor, Stephanie –Damen la miró con una expresión indescifrable–. Describe a ese hombre.

Ella suspiró.

–Llevaba una camiseta verde. Estaba en la farmacia.

–¿Has hablado con él?

–No, solo con el farmacéutico. He tenido que preguntarle cómo usar la prueba –frunció el ceño. El hombre de verde buscaba entretanto algo en los estantes.

–¿Le has dicho algo al farmacéutico?

–No le he dado ni mi nombre ni el tuyo, si es a eso a lo que te refieres –Steph hizo una pausa–. Sí le he preguntado si servía para detectar

un embarazo temprano, porque solo podía estar en estado desde hacía unas semanas.

El rostro de Damen se ensombreció.

–Eso es precisamente lo que dice en el artículo.

–Así que fue el farmacéutico o el hombre de la cámara –Steph se irguió–. Yo no dije nada. De hecho, confiaba en que fuera una falsa alarma –acabó con un hilo de voz al darse cuenta de la gravedad de la situación–. Te aseguro que yo no se lo habría dicho a la prensa.

–Te creo.

Steph miró a Damen con tristeza. Él le mostró el teléfono.

–¿Es este el hombre que viste?

Steph observó una fotografía borrosa.

–Lleva otra ropa, pero es él.

–Es un paparazi. Ha estado merodeando desde que volvimos a Atenas. Debió de seguirte al apartamento –Damen exhaló lentamente–. Te debo una disculpa.

–Así es.

–Lo siento, Stephanie. No debería haber dudado de ti. Debería haber sabido que no eras capaz de hacer algo así.

–Efectivamente –había sido muy doloroso que Damen llegara a aquella terrible conclusión–. Creía que empezábamos a conocernos.

Él apretó los labios antes de asentir.

–Tienes razón –suspiró profundamente–. Llevo mucho tiempo sospechando de todo, sobre todo de las mujeres. Es un hábito difícil de romper. No sabes cuánto lo siento.

Steph habría querido saber a qué se debía su suspicacia, pero no era el momento de preguntarlo. Sentía la cabeza extrañamente ligera. Supuso que era el shock.

Como si le leyera la mente, Damen preguntó:

–¿Quieres echarte?

Steph asintió, pero antes de que pudiera ponerse en pie Damen la tomó en brazos. Steph no quería que cargara con ella, pero las piernas no la hubieran sujetado y resultó reconfortante descansar la cabeza en su

hombro. Ni siquiera protestó cuando la llevó al dormitorio. Ya lo haría más tarde, cuando recuperara la energía.

Damen la echó en la cama, le quitó los zapatos y la cubrió con una manta delgada. Steph pensó que era como cuando su abuela la metía en la cama, pero ni era una niña ni Damen era su abuela. Este la confundió aún más al besarle la frente.

–Descansa. El médico no tardará en venir.

–¿El médico? –Steph se incorporó sobre el codo.

–Has dicho que querías ver a uno. Y yo también lo prefiero. Estás muy pálida.

Steph lo miró mientras salía del dormitorio. Su rostro había reflejado preocupación. Pero ¿era por su bienestar o porque quería la confirmación de que estaba embarazada?

Abatida, se dio cuenta de que quería que fuera la primera razón, porque al menos eso significaría que ella le importaba. Pero ese era un pensamiento que solo podía llevarla a albergar esperanzas infundadas.

Y ya no había cabida para más errores. Porque lo quisiera o no, aquel día se había dado cuenta de algo que lo cambiaba todo.

Estaba enamorada de Damen Nicolaides.

## *Capítulo 12*

**D**AMEN seguía despierto, mirando el techo con los ojos abiertos en la oscuridad. Necesitaba dormir para las negociaciones que le esperaban al día siguiente.

Su mente repasaba los acontecimientos recientes. El médico había confirmado que Stephanie estaba embarazada y que, a pesar de su fragilidad, estaba bien de salud. Y Damen se avergonzaba de haber desconfiado de ella.

Desconfiar le resultaba natural después de una vida ahuyentando a quienes solo querían su dinero. Se había convertido en un instinto desde que Ingrid había pergeñado un plan para casarse con él, no por amor, como él creía, sino por su dinero. Que el engaño, del que era culpable por incrédulo, hubiera causado la muerte de su padre...

El pecho le pesó como plomo a medida que los recuerdos lo asaltaron. Pero no permitió que lo arrastraran al remolino negro de los remordimientos. Dadas las noticias de Stephanie, no podía permitírselo. Debía concentrarse en el futuro.

Estrechó el abrazo en el que la recogía, tan suave y confiada entre sus brazos. Se había acurrucado contra él, apoyaba la cabeza bajo su barbilla y le pasaba un brazo por la cintura.

El momento en el que había rechazado su mano como si fuera venenosa le había atravesado el corazón.

Aunque sabía que se merecía su desprecio.

Al día siguiente se enfrentaría a su enfado cuando descubriera que habían dormido juntos. Cuando él entró en el cuarto, estaba profundamente dormida, hecha un ovillo como si se defendiera del mundo. Se había sentido culpable y había notado un sabor acre en la lengua, sabiendo que era responsable de su angustia. Y aunque solo había acudido para comprobar qué tal estaba, no había sido capaz de marcharse al verla tan

vulnerable. Le había resultado lo más lógico desnudarse y meterse en la cama para asegurarse durante la noche de que seguía bien. Y para poder estrecharla contra sí cuando se volviera dormida hacia él, como solía hacer cada noche, y hacer lo que estuviera en su mano para aliviar el dolor que le había causado.

Pero su proximidad no lo calmó, sino que multiplicó la dimensión del problema. Hizo una mueca. ¿Qué decía de un hombre que considerara a un bebé un problema?

No se trataba de que no le gustaran los niños, sino que después del error de juicio que había cometido con Ingrid, había decidido no ser padre.

Pero iba a serlo. Intentó imaginar a un niño con su nariz y la característica tenacidad de los Nicolaidés.

O una niña con los rizos y los ojos marrones de Stephanie.

Se le cortó la respiración al tiempo que se removía en su interior una emoción de alegría y de posesividad.

No dudó ni por un instante que quería aquel bebé. Que haría lo que fuera para cuidarlo y protegerlo.

¿Querría Stephanie tenerlo? La mera noción de que quisiera acabar con el embarazo le heló la sangre.

Pero no era propio de Stephanie.

Por otro lado, él quería formar parte de la vida de su hijo. Quería ser su padre en todos los sentidos. Los lazos de familia eran fundamentales para él.

Tendría que convencer a Stephanie de que se quedara en Grecia. Y, si se negaba, la convencería para que dejara a la criatura con él.

Su mente pasaba de una posibilidad a otra. Podía ofrecerle dinero para que renunciara a sus derechos. ¡Como si fuera a aceptar algo así!

Solo había aceptado su dinero porque estaba en una situación desesperada. Si le hacía una oferta de ese tipo, la pondría en su contra. Stephanie era honesta y honrada. Sería una gran madre.

¿De qué otra manera podría convencerla? Tenía que haber alguna forma que no tuviera que ver con el dinero...

Hizo una mueca al sentir un familiar sabor amargo en la boca al tener una idea que aseguraría su presencia en la vida de su hijo.

Aquello que había jurado evitar en la tumba de su padre: el matrimonio.

Pero solo considerar esa posibilidad se le aceleraba el pulso y sentía pánico. Tenía que haber otra posibilidad.

–¡Ochi, Baba, Ochi!

Era la primera vez que Steph entendía las palabras que Damen había estado mascullando. Giró la cabeza y alargó un brazo hacia el lado de la cama.

Steph se había despertado por sus sacudidas. La habitación estaba a oscuras y se había preguntado por qué estaban durmiendo juntos, pero al instante se dio cuenta de que Damen sufría una pesadilla. Estaba ardiendo, como si tuviera fiebre, y agitaba las piernas como si intentara correr.

Steph se incorporó y él rodó hacia el lado, aferrándose al colchón, temblando. Ella sabía bien lo que era estar angustiado, y verlo así, a pesar de su enfado con él, le ablandó el corazón.

–Damen –lo sacudió por los hombros, que estaban sudorosos–. Despierta.

Él se giró y le dio con el codo en el brazo. Masculló y en la penumbra, Steph vio su rostro contraído en una mueca.

–Despierta. Tienes una pesadilla –Steph puso la otra mano en su mejilla, y sentir su incipiente barba le recordó las noches que habían pasado haciendo el amor.

Conocía a aquel hombre íntimamente, o eso había creído. Hasta que aquella tarde había irrumpido en el apartamento como un ángel vengador. Pero su furia no había durado. En pocos minutos se agachaba ante ella, preocupado por su bienestar.

Steph lo sacudió con más fuerza, negándose a buscar excusas para su comportamiento. ¿Cómo se atrevía a acusarla de vender su vida a la prensa?

Pero también recordaba cómo Clio le había detallado las barbaridades que habían hecho numerosas mujeres para comprometerlo: sobornar al personal de hoteles; denunciarlo por una falsa paternidad...

–¡Damen, despierta!



Él abrió los ojos y la miró sin verla. Entonces la tomó por los hombros.

–¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se sentó bruscamente y miró alrededor como si buscara el origen de una amenaza. Entonces la miró a ella.

–¿No te encuentras bien? ¿Qué necesitas que haga?

Y súbitamente la indignación de Steph se diluyó. Damen se preocupaba por ella sinceramente. –¡Stephanie, dime algo!

–Estoy bien. Tenías una pesadilla.

Damen la sujetó las muñecas con la respiración jadeante.

–Estabas retorciéndote –añadió Steph–. Debía de ser muy desagradable.

–¿De verdad? –Damen le soltó. Sonó apagado–. Siento haberte despertado. Necesitas descansar.

–¿Te pasa a menudo?

–Nunca.

–¿Qué soñabas?

–No lo recuerdo.

Damen se pasó la mano por la nuca, fingiendo que estaba calmado, pero Steph había percibido una gran agitación en su voz. Él tomó la almohada que había echado hacia un lado y se giró de costado, dándole la espalda.

La curiosidad de Steph se incrementó. ¿Qué lo habría perturbado tan profundamente? ¿Tendría que ver con el bebé?

–Siento haberte despertado, Stephanie. ¿Podemos seguir durmiendo?

Al menos tenía la decencia de no mentirle.

–Prometo no volver a despertarte –añadió.

Steph abrió la boca para seguir preguntándole, pero la cerró. Era evidente que Damen no iba a contestarle, pero, sin saberlo, había revelado algo. Aunque sabía muy poco griego, ella sabía que ochi era «no». También había oído a la hermana de Clio llamar baba a su padre, de lo cual dedujo que significaba «papá».

Damen había estado soñando con su padre y gritando: «¡No, papá, no!».

Algo relacionado con su padre lo angustiaba profundamente. ¿Algo que habían hecho uno u otro?

¿Habrían provocado aquella pesadilla las noticias del día?

Steph se giró sobre la espalda y miró el techo.

–Ya te he dicho que estoy perfectamente. Lo de ayer fue una excepción.

Steph vio que Damen apretaba los dientes, pero finalmente asintió. Era agradable que se preocupara por ella, pero no que quisiera impedirle moverse, cuando lo que necesitaba era ir a caminar o darse un baño.

–¿No vas a ir a trabajar?

Habían dormido hasta tarde y estaban desayunando en la terraza. Normalmente, Damen se iba pronto a la oficina.

–No, tenemos que hablar.

Steph sintió un nudo en el estómago.

–Pienso tener este niño –soltó a bocajarro.

–Me alegro –Damen sonrió.

–¿Seguro? –aunque fuera una locura, Steph sintió que se le alegraba el corazón al verlo sonreír.

–Desde luego. La familia es muy importante para mí. Claro que también quiero a ese niño.

–Nuestro hijo –dijo ella con énfasis.

–Exacto. Nuestro hijo es nuestra responsabilidad –Damen le ofreció más zumo de naranja–. Sé que es pronto, pero ¿has pensado en el futuro?

–Claro –Steph había bombardeado al médico a preguntas sobre el embarazo, la dieta y las vitaminas apropiadas.

Aparte del temor al parto, no tenía experiencia con niños, así que tenía mucho que aprender.

–Yo también –Damen hizo una pausa–. Tengo una proposición.

Steph alzó la mirada del cuenco con yogurt y miel y vio que Damen ya no sonreía, sino que la miraba con gesto preocupado. El corazón se le desplomó y se puso a la defensiva.

–¿Una proposición? –se irguió, respirando lentamente para frenar su corazón–. No pensarás ofrecerme comprar a mi hijo, ¿verdad?

Damen le tomó la mano.

–Nuestro hijo nos necesita a los dos, Stephanie. Como madre, ocupas un lugar que nadie puede llenar. Steph respiró aliviada al tiempo que despertaba en ella la esperanza. Amaba a aquel hombre y él... la apreciaba; se sentía atraído por ella. ¿Y si empezaba a sentir algo más, aunque no fuera todavía amor...? –¿Cuál es la proposición? –necesitaba oírla, no intentar adivinar.

–Que te quedes en Grecia conmigo –Damen la observó atentamente.

–¿Quieres que viva en Grecia? –preguntó ella con el corazón acelerado.

–Conmigo, Stephanie –Damen le acarició la muñeca con el pulgar–. Quiero casarme contigo. Steph se quedó paralizada. Sus pulmones se le vaciaron de oxígeno mientras observaba a Damen. Hablaba en serio; de hecho fruncía el ceño y apretaba los labios. Ella tragó saliva, expectante. Ese era el momento en el que él tenía que decir que no quería perderla, que significa mucho para él, que confiaba en que, con tiempo y el vínculo que representaría su hijo, llegarían a amarse.

Steph esperó.

Pero a expresión de Damen permaneció fría, impersonal.

–No pareces especialmente feliz con la idea –dijo ella.

Él se encogió de hombros.

–Es un asunto serio. No se trata de felicidad, sino de deber –dijo. Y como si interpretara la expresión de Steph, añadió–: La felicidad vendrá con el niño.

Esbozó una sonrisa, pero no resultó tranquilizadora. Pareció más bien una mueca de dolor.

Steph había imaginado que una proposición de matrimonio iría acompañada de alegría.

Pero la que acababa de recibir de su futuro esposo llegaba cargada de amargura.

No era una proposición, sino una propuesta, un acuerdo mercantil.

–¿Por qué tenemos que casarnos? –preguntó con la voz quebrada.

Damen bajó la mirada a sus manos unidas.

–Por muchos motivos; el más importante, hacer lo mejor para nuestro hijo. Necesita tener un hogar estable, sentirse amado –Damen clavó la mirada en Steph y ella asintió–. Casándonos podremos darle ese apoyo junto con nuestras familias. Podrás traer a tu abuela siempre que quieras; quién sabe, igual quiera instalarse aquí.

Steph se imaginó a su abuela viviendo en Grecia y le emocionó que Damen pensara en ello.

–Quiero lo mejor para nuestro hijo, Stephanie. Compartir las alegrías y preocupaciones de la paternidad no solo es justo, sino que es lo mejor para todos.

Sonaba como si hablara de una fusión empresarial, no de una familia.

–Sé que mudarte es un gran paso. Si quieres montar aquí tu negocio, yo te ayudaré. Y podremos viajar – Damen apretó la mano de Steph–. Puedo convertir tu sueño en realidad. Es una de las ventajas de casarte con un hombre rico. Puedo darte lo que necesites.

«Menos amor. No es a mí a quien quiere, sino al bebé».

Steph sintió un enorme vacío dentro de sí al tiempo que las preguntas se acumulaban en su mente. ¿Por qué quería casarse cuando, como padre, tenía derechos respecto al bebé? ¿Y si salía mal? ¿Y si Damen se enamoraba de otra? Porque lo que estaba claro era que no lo estaba de ella.

El sufrimiento no tardaría en llegar.

Miró a Damen; casi parecía enfermo, como si le horrorizara lo que estaba proponiendo. Entonces Steph comprendió que lo único que quería asegurarse era el acceso pleno a su hijo.

–Se ve que lo deseas mucho... –dijo. Y el destello en la mirada de Damen bastó como respuesta. –¡Desde luego que sí!

Ella sintió que se le retorcían las entrañas.

«Quiere al bebé, no a mí. No quiere casarse, pero lo hará por la seguridad de su hijo». –Lo siento, Damen, yo...

–¡No tienes que decidir ahora!

–Iba a decirte que necesitaba tiempo.

–Perfecto.

Pero no tenía nada de perfecto. Steph sentía que su corazón se había quebrado y que pronto podía romperse en añicos.

## *Capítulo 13*

**D**AMEN había aprendido a domar su impaciencia después de tantos años como director general de una gran empresa, y aquella era una ocasión en que debía ejercerla.

Stephanie estaba asimilando el hecho de estar embarazada. Aun así, su estado de abatimiento lo preocupaba.

Tampoco quería examinar su propio estado de ánimo, así que se centraba en cuestiones prácticas. Había empezado a buscar una casa a una distancia razonable de la ciudad, con playa privada y jardín. Quizá Stephanie querría ocuparse en renovarla; o podían construirla de cero. Eso la mantendría entretenida y la sacaría de su estado sombrío.

Además, se había dedicado a intentar persuadirla de que aceptara su propuesta demostrándole lo maravillosa que su vida podía ser junto a él. La llevó a pasar una noche a la pintoresca Hydra; en Atenas huía de los grandes eventos y le enseñaba sus restaurantes y rincones favoritos.

Como sabía cuánto le interesaba la cultura, solicitó una visita privada en el museo de Benaki. Fue la primera vez que Stephanie se animó al contemplar las exquisitas joyas antiguas y los vestidos y encajes tradicionales, las piezas de arte y otros tesoros nacionales.

Se planteó comprarle joyas, regalos, un coche, pero decidió esperar. Intuía que no servirían para convencerla.

¿Qué la animaría a aceptar?

Después de días en los que Stephanie había evitado tener una conversación seria, había llegado el momento de que le diera una respuesta. Estaba tan tenso con la idea de casarse que sentía los músculos a punto de estallarle. Apenas podía dormir, y cuando lo hacía, temía tener pesadillas.

Encontró a Stephanie sentada en un sofá, con una revista en el regazo.

–Tenemos que hablar, Stephanie.

Ella alzó la mirada cuando él se sentó enfrente. Entones vio que hablaba por teléfono.

–Tengo que dejarte, Emma, te llamo luego. Estoy muy bien, de verdad –terminó la conversación y lo miró con inquietud–. ¿Qué quieres, Damen?

Lo último que parecía era una mujer entusiasmada con la idea de pasar la vida con él. Damen sintió un nudo en el estómago. Tampoco él quería casarse, pero no era un capricho, sino una necesidad. Tenía que persuadirla.

–No me has dado una respuesta –dijo con dulzura.

Ella lo miró fijamente, impasible.

–Tú no quieres casarte conmigo.

–¡Claro que sí! ¿No te lo he pedido?

–No ha sido una proposición de matrimonio, sino empresarial.

Damen se preguntó si se había equivocado al no mandar flores; al no cortejarla. Sacó del bolsillo la cajita que llevaba días pesándole en la conciencia. Alargó la mano, pero Stephanie se puso en pie de un salto.

–¡No!

Damen frunció el ceño. Stephanie sonó ofendida. Se puso a su vez en pie.

–Stephanie, quiero casarme contigo y formar una familia para nuestro hijo.

Ella sacudió al cabeza con vehemencia.

–Esa es la cuestión, Damen. Solo te preocupa el bebé. Solo te intereso porque llevo en mi vientre a tu valioso heredero.

Damen dio un paso adelante sintiendo que se aligeraba el peso en su pecho. ¿Era eso lo que la preocupaba?

–He estado pendiente de tus necesidades, he...

–No es eso –dijo ella. Y suspiró–. Llevo días observándote y tengo una cosa clara; no quieres casarte conmigo. Lo supe el día que me lo propusiste y lo sé ahora. Lo leo en tu cara.

–Claro que quiero, Stephanie –insistió él.

–No. Tú quieres tener control sobre nuestro bebé. No quieres que me marche con él.

Damen tomó aire. Si Stephanie lo sabía, pero aun así no se había marchado, debía quedar alguna esperanza de vencerla. Pero ¿cuál? Su mente no conseguía dar con la clave para desbloquear la situación.

–No es cuestión de control, Stephanie, sino de afecto, de querer construir un futuro.

Steph cruzó los brazos con gesto desafiante.

–Pero no quieres ni casarte conmigo ni a mí.

Damen apretó los dientes. Estaban moviéndose en círculos. Claro que no quería casarse. La propia palabra estaba asociada para él a la culpabilidad y al dolor. Pero haría lo correcto.

–Te equivocas, eso es precisamente lo que quiero –dijo con voz ronca.

–Demuéstramelo. Dime por qué te pones enfermo ante la mera mención del matrimonio. –No creo...

–Necesito saber la verdad. ¿No lo entiendes? Sé honesto y déjame decidir.

Esas palabras lo sacudieron hasta la médula ante la perspectiva de tener que compartir su secreto más oscuro. Pero si no lo hacía, Stephanie se iría para siempre,

Tomó aire e indicó el sofá.

–Siéntate –dijo. Y se obligó a hacer lo mismo. Habría querido huir, pero continuó–: Una vez estuve a punto de casarme. Tenía veintiún años y estaba enamorado. Ingrid... era perfecta –hizo una pausa–. O eso creía yo. Era guapa, divertida y una gran compañera.

Aunque ya ni siquiera la recordara así. En su mente solo cabía Stephanie.

–¿Qué pasó?

–Mi padre me dijo que esperara, pero yo era demasiado joven e impetuoso.

–¿No le hiciste caso?

–No. Entonces, una semana antes de la boda, encontré el móvil de Ingrid, no el que usaba habitualmente, sino otro. Fui a dejarle un mensaje

sorpresa, pero el sorprendido fui yo –Damen desvió la mirada–. Encontré mensajes entre ellas y su novio.

Oyó exhalar a Stephanie.

–Resultó que nuestro romántico amor era una maniobra calculada para hacerse con mi dinero. A pesar de que firmó un contrato prenupcial, seguía correspondiéndole una buena cifra si rompíamos después de un año. Además de todo lo que le hubiera regalado.

–¿Iba a casarse contigo para luego huir con tu dinero junto a su amante? –preguntó Steph atónita.

–Exactamente. Pero la dejé cinco días antes de la boda.

–Me alegro de que te libraras de ella.

El destello en los ojos de Stephanie hubiera animado a Damen en otras circunstancias.

–Eso no es todo –miró hacia la ventana. El impulso de huir era casi incontenible, pero Stephanie merecía saber la verdad–. Mi padre me llamó a su despacho. Estaba muy enfadado con la inesperada cancelación y no me dejó explicarle lo que había pasado. Me recriminó por haber manchado el honor familiar y provocado un escándalo. Yo callé, orgulloso y enfadado porque se pusiera del lado de Ingrid sin preguntar mis motivos, esperando a que acabara y convencido de que se tendría que tragar sus palabras cuando le contara que Ingrid era una farsante.

–Y cuando se lo dijiste, lo comprendió.

Damen sentía el cuerpo pesado. Incluso respirar suponía un esfuerzo.

–No –tragó saliva. La emoción amenazaba con atenazarle la garganta–. Antes de que pudiera empezar, mi padre cayó al suelo. Había sufrido un ataque al corazón. Murió antes de que llegara la ambulancia.

Damen miró a Stephanie, pero no fue su rostro lo que vio.

–Yo causé su muerte –inspiró, pero el dolor que sentía en el pecho no disminuyó–. Por eso no puedo pensar en el matrimonio. Me recuerda una muerte que podía haber evitado. Mi comportamiento destruyó a mi padre.

Stephanie se removió. La angustia de Damen borró su enfado. Tenía ante sí a un hombre destrozado, sus facciones se contraían en un gesto de dolor, su voz era irreconocible.



Instintivamente fue hacia él, queriendo consolarlo. Pero él extendió un brazo para detenerla. Ella se paró. El gesto lo decía todo sobre su dolor y la capacidad que tenía de herirla a ella.

–Damen, no puedes sentirte responsable de la muerte de tu padre. Debía de estar...

–¿No me has escuchado? –Damen le dio la espalda y fue hacia el ventanal–. Ahora ya sabes lo que pasó.

Espero que estés satisfecha.

Steph miró aquel perfil orgulloso y sintió que el corazón le sangraba. Pero su actitud confirmó que la conversación había terminado.

Tras unos segundos, salió de la habitación, deseando que él la detuviera. Pero Damen ni la llamó ni hizo ningún gesto para que no se fuera.

Horas más tarde, descansaba bajo la sombra de un árbol, en las ruinas del antiguo mercado. Frente a ella tenía un templo de mármol, pero Steph era incapaz de admirar su belleza. Solo veía la angustia en la mirada de Damen.

La indignación y la rabia que había sentido se habían transformado en compasión. Habría querido aliviarlo de su carga, abrazarlo y consolarlo.

Amaba a Damen.

Pero en lugar de felicidad, ese sentimiento le causaba dolor.

Al menos había averiguado que era el matrimonio en sí lo que rechazaba. No era algo personal contra ella.

Ese era el problema. Ninguno de los planes de Damen que la implicaban era de naturaleza personal. No la quería a ella: quería a su hijo. Y la única manera de garantizar que permaneciera con él era casándose.

La angustia de Steph se multiplicó. Sabiendo que el pasado lo torturaba, abandonarlo era una crueldad. Pero ¿no sería cruel para su hijo y para ella quedarse y vivir una mentira que solo podía acabar en tragedia?

¿Podía aceptar la proposición y confiar en que el matrimonio condujera a Damen a amarla y no al aburrimiento o al rechazo? ¿O era preferible una ruptura radical?

–He decidido volver a Australia –dijo, girando la copa de agua sobre la mesa.

Las palabras resonaron en Damen como golpes de martillo. La cena se le revolvió en el estómago.

–Pero me quedaré hasta que se cumplan los dos meses –Steph esbozó lo más parecido a una sonrisa–.

Cumpliré nuestro acuerdo.

Damen separó la silla de la mesa; las patas rechinaron en las baldosas de la terraza. Pero en lugar de ponerse de pie, tomó la mano de Steph.

Tocar su piel de seda aplacó su alterado corazón. Había sido un día cargado de emociones. Había tocado fondo al contar la verdad. Sin embargo, ante lo que acababa de oír, el peso que había acarreado toda una década, parecía insignificante. Había aprendido a soportar la culpabilidad, pero sospechaba que no podría superar la partida de Stephanie.

Se le nubló la vista. Solo podía pensar en la marcha de Stephanie al otro extremo del mundo. Solo podría ver a su hijo, con suerte, seis meses al año. En cuanto a Steph... Mantendrían conversaciones intrascendentes cuando el niño fuera de una casa a la otra. Serían dos extraños, viviendo vidas separadas.

Ese perturbador sentimiento se intensificó, como si sus órganos y sus huesos, se fueran fragmentando. Un sonido ensordecedor ocupó su cabeza. La realidad se redujo a su corazón desbocado y al suave tacto de la mano bajo la de él

Algunos argumentos para convencerla tomaron forma en su mente. Tentaciones que solo el dinero podía comprar.

Pero al ver la expresión abatida de Stephanie, Damen supo que había sido derrotado. Y se sintió devastado.

Aun así, preguntó:

–¿Puedo hacer algo para hacerte cambiar de idea?

Ella lo miró con un brillo dorado en sus ojos marrones que se apagó al instante, y respondió:

–Nada.

## *Capítulo 14*

**U**NOS DÍAS más tarde, Damen fue a ver a su madre. Su mundo había colapsado cuando Stephanie le anunció que volvía a Australia. Por segunda vez en su vida, se sentía impotente.

Aun así, no podía culparla. ¿Quién querría atarse a un hombre que había matado a su padre?

Ante sí tenía un juicio más al que debía enfrentarse. Puesto que no podía hacer ya nada por su padre ni convencer a Stephanie de que se quedara, debía enfrentarse a la verdad y contársela a su madre.

Ver el cambio de expresión en el rostro que tanto amaba, le rompió un poco más el corazón.

–¡No Damen, no es verdad! –dijo su madre con voz temblorosa.

–Lo siento, mamá, pero lo es. Hace diez años te conté una versión parcial de lo sucedido –se acercó para tomar las manos de su madre–. Pensé que no podrías soportar saber que yo había sido responsable de la muerte de baba. Y luego fui demasiado cobarde para aclarártelo.

–Tonto, más que tonto –dijo ella. Y para sorpresa de Damen, se abrazó a él. Luego alzó la cabeza para mirarlo y añadió–: Te equivocas. Tú no mataste a tu padre.

Damen tomó aire.

–Sí, mamá. No atendí sus consejos, y el último día dejé que se enfureciera porque fui demasiado orgulloso para darle explicaciones.

–Llevaba tiempo sin ser el mismo –dijo su madre–. Los negocios lo tenían muy preocupado.

–Eso no es excusa para mi comportamiento.

Su madre sacudió la cabeza con tristeza.

–Tu padre era un buen hombre, pero estaba... asustado.

–¿Asustado? –preguntó Damen sorprendido. Le costaba pensar en su padre en esos términos–: ¿Por qué? –Yo quise decírtelo, pero él se negó. Los negocios no iban bien y tú eras relativamente inexperto. Tenía fe en ti, pero temía que fueras demasiado joven para ponerte al mando.

–Pero...

–Estaba malhumorado y deprimido. Los médicos le advirtieron de que tenía la salud frágil y que debía bajar el ritmo de trabajo. Ya había sufrido dos ataques al corazón.

–¿Dos? –preguntó Damen perplejo.

–Lo siento. Quise que os lo dijera a ti y a tus hermanas, pero se resistió. Fueron muy leves, pero tenía que trabajar menos y hacer más ejercicio. Prometió que lo haría, pero en lugar de eso, trabajó aún más porque quería resolver algunos problemas antes de entregarte la empresa.

–Nunca me habló de nada de eso.

–Iba a hacerlo después de la boda. Tú no tuviste la culpa; yo intenté persuadirlo, pero... –No fue tu responsabilidad, mamá.

–Ni la tuya. El estrés y la preocupación acabaron con él –la madre de Damen se secó los ojos–. Si hay algún culpable, fue él, por ignorar el consejo de sus médicos.

Damen la abrazó y musitó palabras de consuelo, mientras pensaba que aquella nueva perspectiva, sin llegar a exonerarlo, sí explicaba el extraño comportamiento de su padre, y parte de su sentimiento de culpa se aligeró. Y por primera vez, tuvo la esperanza de poder reconciliarse con el pasado; incluso de poder pasar página.

Steph se alisó el vestido rojo, evitando mirarse en el espejo para no ver el dolor y el cansancio reflejado en su rostro. Damen le había dicho que iban a una isla a una fiesta, y había elegido aquel vestido confiando en que el llamativo color desviara la atención de su cara.

Suspirando, se puso el brazalete que Damen le había regalado en Rodas, cuando todavía sentía la alegría de estar viviendo una aventura... que había acabado con su corazón roto y con la perspectiva de criar sola a su bebé.

Se había enamorado de un hombre cuyo primer amor había sido tan doloroso que ya no era capaz de amar. Y si algún día lo era, ella no lo

vería. No podía quedarse cuando todo lo que le ofrecía se debía a su sentido del deber y de la responsabilidad, no al amor.

Cuando dos semanas atrás le había anunciado que se marchaba, en Atenas, creyó por unos segundos que él intentaría impedirlo. Sin embargo, lo había aceptado con una decepcionante calma.

Steph ya solo podía confiar en llegar al final de su contrato con la mayor dignidad posible.

Un cuarto de hora más tarde Damen y ella llegaban a una isla pequeña, preciosa, con una bahía con un agua color esmeralda. En ella había una casa antigua con las paredes amarillas y tejas de terracota, y grandes ventanales con contraventanas blancas.

Steph inspiró profundamente el aroma a mar y hierbas aromáticas.

–¿Quién vive aquí? –preguntó, mientras buscaba en vano indicios de una fiesta.

–Pertenece a un almirante –dijo Damen, hablando por primera vez desde que bajaron del yate–. Según cuentan, también era un pirata. ¿Te gusta?

–Es preciosa –dijo Steph, concentrándose en el entorno para no pensar en él, tan próximo y, sin embargo, tan distante.

Llegaron a la puerta principal. Damen la abrió y dijo:

–Adelante.

Steph pasó a un vestíbulo cuadrado, con una elegante escalera en curva.

–Por aquí –Damen la guio a un salón con un envejecido, pero magnífico mobiliario.

No se oían voces, ni el entrechocar de cristal y porcelana. Solo silencio. Steph miró hacia la bahía. El único barco atracado era el de Damen. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–¿Qué es esto, Damen? –preguntó.

–La casa que he comprado; pienso vivir en ella e ir desde aquí a Atenas cuando sea necesario –miró a su alrededor–. Necesita una renovación, pero, una vez concluya, será un hogar muy especial.

Steph estaba de acuerdo, pero no quería hablar de algo que no le incumbía.

–No hay ninguna fiesta, ¿verdad? ¿Qué hacemos aquí?

Para su sorpresa, Damen sonrió. Fue la primera sonrisa genuina en dos semanas y bastó para relajar la tensión que Steph sentía.

–Es un secuestro –dijo él–. El primero fue un fracaso, pero esta vez estoy decidido a que salga bien –dejó de sonreír y, aproximándose con expresión solemne, añadió–: Vamos a quedarnos aquí hasta que aceptes mis condiciones.

Steph retrocedió espantada.

–¡No puedes hacerlo! –exclamó con los ojos llorosos–. ¿Qué quieres de mí? Jamás firmaré un contrato para cederte a mi hijo. Si es necesario, nadaré hasta la isla más próxima.

–No se trata del bebé.

Damen estaba tan cerca de Steph que esta tuvo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

–Entonces ¿de qué? –preguntó, intentando apagar la llama de esperanza que sintió brotar en su interior.

–Es a ti a quien quiero.

–No tiene sentido.

–Al contrario, por primera vez desde que nos conocemos, lo que digo tiene sentido –la promesa implícita en la mirada de Damen hizo que el corazón de Steph se dilatara–. Te quiero desde que te vi por primera vez.

–Te recuerdo que ya me has tenido.

Damen sacudió la cabeza.

–No me refiero al sexo, agapi mou. Quiero algo más que tu cuerpo.

–Sí, al bebé.

–Eso también, o mejor, quiero compartirlo contigo. Pero hay algo que quiero aún más –Steph frunció el ceño, expectante. Damen continuó–: Te quiero a ti, Stephanie. Te quiero a mi lado, conmigo, porque te amo. Si me das la oportunidad, espero hacerte feliz. Y puede que incluso llegues también a amarme.

Steph retrocedió hasta que se chocó contra un sofá.

–Estás mintiendo. No... me amas –se rodeó la cintura con los brazos como si se protegiera del dolor–. Es una crueldad que finjas lo contrario.

–Stephanie, te juro por el honor de los Nicolaides que jamás he sido más sincero: te amo –lo repitió lentamente y mirándola a los ojos.

–¡No! –Steph estiró el brazo para impedir que se acercara, aunque Damen no se había movido. Su mano aterrizó en su pecho–. Lo dices para que me case contigo y para que el bebé...

–Es verdad que quiero casarme contigo más que nada en el mundo – Damen cerró su mano sobre la de ella–. La idea de perderte ha curado mi fobia al matrimonio. La vida es demasiado corta para pasar ni un instante sin la mujer a la que amo.

Sus palabras devolvieron el aliento a Steph. Alzó la mirada.

–Tuve una conversación con mi madre, en la que me dijo que mi padre ya había sufrido dos infartos. Eso no es excusa, pero tenías razón: no debía haberme culpabilizado. Y aún menos, dejar que eso se interpusiera entre nosotros.

Steph lo observó asombrada, intentando procesar el cambio que se había producido en Damen. Él siguió:

–Desde el primer momento me sentí atraído por tu físico, por tu vitalidad y tu sentido del humor. Incluso por cómo te negabas a dejarte impresionar por mí. Ahora, además, sé que todo eso viene acompañado por un corazón honesto y cálido.

Steph sentía la respiración entrecortada. Quería creer las palabras de Damen, pero al mismo tiempo se resistía.

–Hace dos semanas ni me amabas ni querías casarte conmigo.

Damen posó su mano libre en la mejilla de Steph y la acarició.

–Claro que sí, solo que no quería saberlo. Por culpa de Ingrid creía que el amor solo conducía a la tragedia.

–¡No fue culpa tuya!

–Eso mismo dice mi madre. También me ha dicho que sería un idiota si te dejara ir sin decirte lo que siento por ti.

Steph abrió los ojos desmesuradamente y él continuó:

–No puedo dejarte ir porque te amo. No como creí amar a Ingrid, con un amor adolescente, sino con todo mi corazón, con todo lo que soy y confío en llegar a ser.

Sus palabras sonaron a plegaria.

–¡Oh, Damen! –exclamó Steph, parpadeando para contener las lágrimas–. ¿Cómo voy a ser fuerte y a resistirme si me dices cosas así?

–Quiero que seas fuerte, asteri mou. Que seas la mujer hermosa e independiente que ya eres. Pero no quiero que te resistas a mí –a Damen se le quebró la voz–. Quédate conmigo. Danos una oportunidad y puede que llegues a amarme.

Los últimos vestigios de oposición de Steph colapsaron. Había cometido errores en el pasado, pero aquel no lo era. Elegía al hombre con el que quería construir su vida, el hombre que había combatido con sus demonios y había emergido amándola. Un hombre cariñoso, decente y maravilloso, que merecía una segunda oportunidad.

–Ya te amo, Damen. Por eso he sido tan desgraciada.

El rostro de él se iluminó con una de aquellas sonrisas que elevaban el espíritu de Steph.

–Me amas –dijo Damen con una mezcla de asombro y felicidad. Y la abrazó.

–Y tú me amas a mí –dijo ella, percibiéndolo en sus ojos, en su abrazo, en el aire que respiraba.

–Deja que te demuestre hasta qué punto –Damen la tomó en brazos y subió las escaleras hacia los dormitorios del piso superior–. Nunca me cansaré de decírtelo, agapi mou, pero no hay nada mejor que los hechos para demostrarlo.

Y finalmente, convenció a Stephanie, tanto de palabra como con los hechos más persuasivos.



## *Epílogo*

UNA SUAVE brisa mecía los cipreses, pero hacía un día cálido y despejado.

Damen miró al jardín donde se reunían amigos y familia. La escalinata que daba acceso a la casa estaba bordeada de flores rojas, el color favorito de Stephanie. Lazos rojos decoraban la pérgola en la que él esperaba, junto a Christo.

Sus hermanas charlaban con Clio. Manos y su esposa, con unos amigos, y los niños correteaban en círculos. Su madre estaba sentada con la abuela de Stephanie y un amigo que la había acompañado desde Australia. Por las miradas que el hombre maduro dirigía la señora Logan, Damen dedujo que pronto habría otra boda.

–Emma ha hecho un gran trabajo con la decoración –comentó Damen.

–Se lo diré de tu parte –respondió Christo–. Estará aún más contenta que cuando supo que queríais casaros en Corfú.

–Es un lugar especial para nosotros –era donde se habían reencontrado, se habían peleado y habían acordado hacerse pasar por amantes–. Además, las obras en la villa no han concluido.

–Podéis celebrar allí el bautizo.

Damen sonrió a su amigo al tiempo que sonaban las primeras notas de la marcha nupcial. Se volvió y se quedó sin aliento. Stephanie estaba espectacular.

Su cabello brillaba como caoba y llevaba un ramo de flores rojas delante de su vientre levemente abultado. El vestido, de un crema intenso, dejaba los hombros al descubierto, se ceñía a la cintura y caía en pliegues de gasa hasta los pies. La gargantilla de perlas y rubíes que él le había regalado centelleaba contra su piel. Estaba tan elegante como una princesa, tan delicada como un hada. Era su sueño hecho realidad.

Cuando Stephanie llegó a su lado, su sonrisa lo derritió. Él le tomó la mano y le susurró al oído:

–¿Estás segura?

Le había dicho que podían retrasar la ceremonia hasta que naciera el bebé para demostrarle que quería casarse con ella y no por asegurarse de que no se marchaba con su hijo.

–Completamente –dijo ella con ojos centelleantes–. Ansío convertirme en tu esposa, Damen Nicolaides.

Damen sonrió de oreja a oreja.

–¿Y yo te he dicho que te adoro?

Saltándose la costumbre, la besó en los labios.

Un carraspeo de Christo le hizo alzar la cabeza a regañadientes. Stephanie sonreía con dulzura. Damen le tomó el brazo y se volvió hacia el oficiante.

¿Podía haber una perfección mayor?

No. Y no era más que el principio.